

*Selecta*



*Los cuadernos  
del chico francés*



SOLEDAD ENRIQUE GAITÁN

# Los cuadernos del chico francés

*Soledad Enrique Gaitán*

*Selecta*

SÍGUENOS EN  
**me**gustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

# I

## Lens (Norte de Francia)

10 de marzo de 1906

*Martin salió de su casa antes de amanecer y se dirigió a su trabajo en la mina de Courrières como venía haciendo todas las mañanas desde que era un niño. Cada día descendía a una profundidad de más de trescientos metros, pero esa misma semana se había declarado un incendio en una de las galerías y los ingenieros dieron orden de tapiarla hasta que se hubiera extinguido, por lo que él y algunos mineros más habían sido trasladados temporalmente a otra galería cerca de la bocamina.*

*Ese día empezó como cualquier otro, Martin estaba contento de trabajar a menos profundidad, le hacía sentirse un poco más libre, pero a las seis y media de la mañana una explosión lanzó hasta la superficie una de las jaulas del elevador subterráneo, llevándose por delante las obras de la bocamina y derribando los techos de la superficie.*

*El sonido de la explosión y un amasijo indescriptible envuelto en una nube de polvo y humo, era lo último que Martin recordaba cuando despertó en plena oscuridad, atrapado entre escombros y tablones.*

*De pronto reparó en que algo latía sobre su pecho desnudo (los mineros se quitaban la camisa para trabajar ya que el calor era infernal allí abajo). Lo palpó, estaba caliente probablemente a causa de la explosión. Tuvo la sensación de que se le había salido el corazón y creyó que estaba muerto.*

*Cuando pudo reaccionar lo levantó, no sabía lo que era, pero se percató de que no se trataba de su propio corazón. Exhaló un suspiro tan profundo como le permitió el escaso aire de la mina. Supuso entonces que sería algún tipo de mineral desprendido de las entrañas de la tierra, pero enseguida cambió de opinión ya que pensó que si latía tendría que estar vivo. Tenía la forma de una semilla gigante, y emitía una tenue luz, por lo que Martín decidió no soltarlo por nada del mundo, era toda la iluminación de la que podía disponer después de la catástrofe.*

*Oyó voces, no era el único superviviente.*

*Veinte días después Martín y otros doce compañeros más consiguieron salir de la mina por sus propios medios, después de haber recorrido kilómetros de galerías a oscuras, con la semilla que encontró como única fuente de luz y alimentándose de los restos de la comida de los mineros muertos que iban encontrando en su camino y de un caballo que sacrificaron.*

## Capítulo I

1 de julio de 2017

*El otro día, para mi cumpleaños, mi madre me regalo este diario. Desde que era pequeña siempre me ha gustado escribir lo que me pasaba a lo largo del día. Antes utilizaba los cuadernos que pillaba, con portadas de dibujos y cosas así. Escribía si la profesora era una imbécil o si se enrollaba, si me enfadaba con alguna amiga o si me había sentado al lado de Sergio o de Alejandro en alguna clase.*

*Otras veces hablaba de si había visto a mi padre o de lo que mi madre y yo habíamos hecho durante el fin de semana.*

*De vez en cuando me gusta releer esos cuadernos y me hace gracia lo tonta que era, ahora soy mucho más madura y espero escribir cosas más interesantes.*

*Bueno, lo cierto es que me conformo con pasar un buen verano y contarlo todo aquí. Por lo menos va a ser diferente a lo que hago todos los años desde que tengo recuerdos.*

*El caso es que este regalo me ha gustado, con sus tapas de cuero y una cerradura. Ahora me voy a dormir. Buenas noches, querido diario. Volveré mañana a contarte mis andanzas.*

ESPAÑA – 2017

Laura, nunca había tenido ocasión de pasar mucho tiempo junto a su padre.

Antonio y Victoria, los padres de Laura, se habían separado cuando ella era aún muy pequeña y él siempre estaba trabajando en una u otra ciudad resultándole complicado hacer coincidir sus vacaciones laborales con las vacaciones escolares de su hija.

Pero ese verano iba a ser diferente, Antonio se había quedado sin trabajo y se vio obligado a trasladarse a Vega de Aragón, el pueblo donde había nacido el abuelo Pedro, allí podría trabajar de camarero y vivir en una casa que había heredado cuando Pedro murió.

*La casa era bastante antigua y necesitaba alguna reforma, pero tirando algún tabique y con una mano de pintura quedaría como nueva. Tenía dos plantas separadas por una bonita escalera y un gran corral con suficiente espacio como para que el abuelo de Antonio construyera un taller.*

*Daniel, el abuelo de Antonio y primer propietario de esa casa, fue escultor y todavía quedaban restos de mármol. Él mismo talló la lápida para la tumba de su mujer. Cuando Antonio se lo contó a Laura, esta se estremeció, pensó que tuvo que ser muy duro para él hacer ese trabajo.*

*Una tarde Antonio llevó a Laura hasta el cementerio viejo para mostrarle la lápida, estaba todo en ruinas, había sido abandonado muchos años atrás, cuando inauguraron el nuevo. Pero la tumba de la abuela destacaba entre las demás. Se veía que había sido hecha con más esmero que el resto. Tenía un relieve impecable, las flores y las hojas brotaban de la piedra como si hubieran nacido de ella. Era una autentica obra de arte, digna de una reina.*

*Laura había suspendido cuatro asignaturas este curso, por lo que no le dieron opción de elegir vacaciones. Antonio buscó una profesora que le daría clases todo el verano.*

*Con la casa en obras, las clases y alejada de sus amigos y de su madre, el verano no pintaba muy bien, pero su padre permitió que invitara a Alba, una amiga de Madrid. Para una vez que podía estar con su niña estaba dispuesto a poner todo de su parte para no verla aburrida y triste.*

*Laura ansiaba la llegada de Alba. Estando ella todo será diferente.*

4 de julio de 2017

*Llevo tres días en el pueblo y aún no he hecho nada divertido. Aunque mi padre se esfuerza, me ha presentado a familiares, pero todos ellos viejos, excepto Miguel, el hijo de una prima suya, que tiene un año más que yo.*

*¡Qué mala suerte tengo! Ese Miguel debe de ser el chico más feo de todo el pueblo, además tiene pinta de ignorante. Se lo tengo que contar a Alba por wasap, para que vaya haciéndose a la idea de lo que va a encontrar en este aburrido pueblo y, además, para desahogarme; con mi padre no tengo demasiada confianza y no me atrevo a protestarle, si hubiera estado aquí mamá la historia habría sido muy diferente, la habría puesto verde por tener estos parientes...*

—¡Laura! Ven un momento. Tengo algo para ti. —Antonio se acercó a su hija con una pequeña caja en la mano, era de madera, pero la tapa estaba forrada de terciopelo verde oscuro con un relleno almohadillado.

—¡Qué caja tan bonita! Parece muy antigua —dijo la niña.

—¡Lo es! Pero mira lo que hay dentro. Es tu regalo de cumpleaños, me he retrasado unos días, estaba esperando la ocasión adecuada para dártelo.

Laura abrió la caja y sacó de dentro un colgante de oro con una piedra incrustada. Era una esmeralda, le pareció un poco ostentoso y anticuado. Pensó que jamás llevaría puesto algo así, pero supo reconocer su valor, había oído hablar del precio del oro y de las piedras preciosas.

—Esto tiene que costar mucho dinero, ¿no crees? ¿De dónde lo has sacado?  
—preguntó con entusiasmo.

—Es una joya muy antigua, perteneció a mi abuela. Es lo único que mi padre tenía de ella y ahora te pertenece a ti. Mi padre siempre la guardó y yo la heredé junto a la casa.

—¡Pero papá, es una pasada! ¿Qué va a pensar la abuela Asunción? ¿No



debería de ser para ella?

—Es un medallón de mujer, pero pertenecía a mi padre; mi madre tiene sus propias joyas. Desde que naciste, él quiso que fuera para ti, su única nieta. Supongo que a mi hermano y a tus primos les habrá dejado otras cosas de valor, pero este colgante es tuyo. Entiendo que no vayas a usarlo es demasiado antiguo, pero consérvalo. ¿Quién sabe? Tal vez algún día quieras venderlo o mejor aún, ponértelo para un acontecimiento importante en tu vida.

—¡Gracias, papá! No tienes que preocuparte, lo cuidaré bien —dijo Laura mientras abrazaba a su padre. Nunca antes le había oído hablar del medallón.

7 de julio de 2017

*¡Esta mañana me he levantado más contenta! Ya solo falta un día para que venga Alba, además ayer mi padre tuvo el día libre en el bar. Fuimos con su coche a recorrer algunos pueblos de la región. Es una zona muy bonita y me gustó mucho pasar el día con él, siempre he tenido la sensación de no conocerlo demasiado, pero creo que ahora eso va a cambiar.*

*Realmente me da mucha pena lo que ha pasado con su trabajo, él ha dedicado toda su vida a la empresa, creo que muchos de los problemas que tuvo con mamá vinieron por ahí, por culpa de su trabajo, y ahora van y le despiden. Siempre dicen que las cosas van mejor en este país, los últimos años algunas empresas se vieron obligadas a reducir personal y todo ese rollo, pero ahora... ¿por qué le ha tocado precisamente a él?*

*En fin, es una pena, pero como dice mi madre, todo tiene un lado positivo y creo que, estando aquí mi padre, puede empezar una nueva vida más interesante y podremos pasar más tiempo juntos.*

8 de julio de 2017

*Por fin llegó el día, Alba llegará esta misma tarde en el tren de las seis y media.*

*Durante los días que he estado sola, Miguel se ha preocupado de venir a*

*buscarme y pasar tiempo conmigo, se lo agradezco, pero sigue pareciéndome igual de estúpido; aunque conoce historias de mi familia que mi padre nunca me había contado. Me ha dicho que cuando mi abuelo Pedro nació, murió su madre el mismo día del parto y que por una extraña razón, al poco tiempo su padre, «el escultor», se fue del pueblo. Nadie sabe a dónde ni por qué, por lo que a Pedro le crio otra familia; precisamente la de Miguel. Antiguamente cuando una madre moría demasiado pronto y no podía amamantar a su hijo, se buscaba otra mujer que hubiera dado a luz por la misma época y que tuviera leche para dos, ese había sido el caso del abuelo Pedro que fue alimentado por Rosa, la bisabuela de Miguel y con la que vivió toda su infancia, por lo que la consideraba como una verdadera madre.*

*Eso significa que no somos familia de sangre. Me ha alegrado saberlo, no es que me guste, ni mucho menos, pero me alegra saberlo, nada más.*

*Y yo me pregunto: ¿por qué mi bisabuelo, querría abandonar a su bebé recién nacido y marcharse a vivir a otro lugar?*

Cuando Alba llegó las cosas empezaron a ser mucho más amenas para Laura. Miguel seguía yendo todos los días a buscarla, pero ahora, además, dos amigos suyos, Leo y Andrés, se habían unido al grupo.

Los cinco pasaban los días juntos, por las mañanas, cuando Laura terminaba sus dos horas de clase, se iban con las bicicletas hasta la piscina y cuando se iba el sol, paseaban o paraban en algún bar a tomar algo.

Una tarde organizaron una excursión a la cueva de la Tabarnera. Todo el mundo en el pueblo hablaba de la cueva. Era famosa por el efecto que la luz del sol producía en su interior, inundándola de color, pero también decían que no era conveniente entrar, ya que estaba custodiada por una serpiente de varios metros, con un solo ojo que se encendía, y que con su luz podía hipnotizar a todo aquel con el que cruzara la mirada, convirtiéndole en una presa fácil.

A pesar de la advertencia, los chicos del pueblo llevaban haciendo

excursiones a la cueva desde siempre, pero de la serpiente se empezó a hablar en la época en que el abuelo de Miguel era niño, de hecho, él mismo y sus amigos juraban haberla visto una vez allá por los años veinte.

Fueron muchas las veces que le contó su abuelo a Miguel que una vez vieron el resplandor del ojo hipnotizador moverse entre las piedras como un palpitar, y que tuvieron que salir de allí corriendo antes de ser capturados por semejante alimaña. Aun así, a los chicos les gustaba acercarse hasta allí de vez en cuando. A Alba, que era un poco miedosa, le asustaba solo pensar en ello, pero no dijo nada y aceptó ir a la excursión, pensando que se tratada de una leyenda como tantas otras.

El camino hasta la cueva fue realmente complicado, primero tuvieron que hacer un buen recorrido en bicicleta, hasta que llegaron a un punto en que la abrupta vegetación les obligó a seguir a pie. Las zarzas les llenaron de arañazos brazos y piernas enganchándoles la ropa a cada paso; después, en un terreno pantanoso se llenaron de barro hasta las rodillas. Empezaron a dudar de que hubiera sido buena idea esa excursión.

Laura estaba insoportable, culpando a Miguel de la idea tan estúpida que había tenido:

—Espero que al menos sepas a dónde te diriges —protestó—, y lo más importante, espero que luego sepas volver a casa.

—No te preocupes, sé perfectamente dónde estoy. Lo que pasa es que el camino está peor de lo que yo recordaba —se excusó Miguel.

—Antes venía más gente aquí. Cuando nuestros padres eran pequeños, venir aquí era lo más emocionante que podían hacer, ahora las cosas han cambiado y el camino está más salvaje de no utilizarlo —intervino Leo.

—Este camino es demasiado duro para las niñas delicaditas de la capital —añadió Miguel, haciendo un gesto con las cejas señalando a Laura.

—¡¿Perdona?! Ni soy una niña ni mucho menos delicadita. ¡Habrased visto el petardo este! —se defendió Laura.

—¡Por favor, haya paz! —suplicó Alba—. Bastante costoso es el camino

como para encima andarnos con broncas, si no avanzamos se nos va a hacer de noche, así que ¡venga!, poneos las pilas porque yo, de noche, aquí no me quedo. De eso ya os podéis ir haciendo a la idea.

Por fin consiguieron llegar a la cueva, tanto Miguel como Andrés y Leo ya habían estado en otras ocasiones, pero igualmente les impresionó, era más grande de lo que recordaban. El agua se filtraba del río que pasaba justo al lado y por encima en algunos tramos, produciendo un efecto de lluvia constante. Una sucesión de piedras formaba una especie de escalinata que llevaba a un agujero absolutamente oscuro, iban bien preparados con linternas, cuerdas y el equipamiento que habían considerado necesario, por lo que no dudaron en subir.

Las rocas estaban resbaladizas, frías y mojadas, muy lisas, como talladas por el agua. Tenía cierto peligro subir por ellas, por lo que echaron las manos al suelo y avanzaron a gatas, era la mejor forma de sujetarse y no perder el equilibrio.

En ese momento el sol entró en la cueva atravesando las gotas de agua y creando un efecto arcoíris que inundó la cueva de colores.

—Bueno, ¿qué me dices ahora, antipática? —Miguel se dirigió a Laura con cara de satisfacción.

—He de reconocer que no está mal. No me imaginaba esto. Yo me pasaría aquí todo el día, es muy bonito —afirmó Laura—. ¿Y por qué no viene más gente? ¿Es por lo que cuentan de la serpiente?

—No creo que sea eso —dijo Andrés—. Es más bien por lo que hablábamos antes, que ahora hay otras diversiones.

—Pues yo pienso que es por la serpiente —dijo Leo.

La noche se les estaba echando encima sin darse cuenta, los rayos de sol habían abandonado la cueva llevándose con ellos los colores y dejando una luz gris.

—Nos queda lo mejor—dijo Andrés señalando el agujero—: tenemos que entrar por ahí.

A Alba no le entusiasma la idea, pero no quería fastidiar a sus amigos por lo que siguió los pasos de Andrés resignadamente. La siguió Leo, después Laura y por último Miguel.

Entraron a un espacio completamente oscuro, lleno de estalactitas que podían ver gracias a las linternas. En algunas zonas, el suelo estaba encharcado y las estalactitas se reflejaban en el agua.

De repente una mancha negra se soltó del techo y una masa oscura empezó a revolotear alrededor de los chicos.

—¡Es la serpiente! —gritó Alba—. ¡La he visto y tenía un solo ojo!

Otro grito mucho más grave rebotó en las paredes de la cueva, formando con el eco un estruendo que estremeció a todos. Era Andrés.

Con la luz de las linternas habían despertado a una bandada de murciélagos, que intentaron huir tropezando directamente con las caras de los chicos.

—¡Andrés, por Dios! ¿Qué te pasa? —exclamó Laura sin poder evitar reírse de la reacción de sus amigos—. ¡Alba, cariño! Si son murciélagos, aquí no hay ninguna serpiente y si la hay, desde luego no tendría un solo ojo hipnotizador. Eso son fantasías.

—Pues yo la he visto —aseguró Alba.

—Y a mí no me gustan los murciélagos —dijo Andrés—. Además, si Alba dice que ha visto la serpiente por algo será. Yo prefiero que nos vayamos de aquí.

—¡Vaya dos caguetas! —dijo Laura—. De Alba ya lo sabía, pero Andrés...

—¡Venga, vámonos ya! —intervino Miguel

—¿En serio? Miguel, ¿tú también? Pero si solo son animalillos —dijo Laura. Cuando se quiso dar cuenta todos habían salido corriendo de allí.

Las obras de la casa avanzaban, los días también, Alba no tardaría en marcharse y a Laura se le venía el mundo encima solo de pensar que su amiga se iba a ir, con ella todo era mucho más fácil y divertido.

Laura trató de convencer a su padre para que la dejara quedarse unos días más y Alba hizo lo mismo con los suyos. El problema era que Antonio no veía

estudiar a su hija tanto como a él le gustaría, con cuatro asignaturas suspensas no podía pretender pasarse el verano como si no pasara nada. Laura prometió a su padre que si su amiga se quedaba, dedicaría el tiempo necesario a sus estudios, además, incluso Alba podría ayudarla, ella era una buena estudiante, pero no fue un argumento suficientemente convincente.

Pronto ocurriría algo que cambiaría las cosas.

13 de julio de 2017

*¡Hoy ha pasado algo increíble! Ernesto, el albañil que trabaja en la obra de la casa, estaba picando una mancha de humedad en una pared cuando ha descubierto una ventana tapiada. Probablemente en su día la tapiaron para evitar corrientes de aire porque está justo enfrente de un balcón en la misma habitación. Bueno, el caso es que mi padre ha decidido abrirla para que entre más luz.*

*El muro de la pared debe de tener más o menos unos sesenta centímetros, Ernesto, dice que estos muros están hechos de adobe y por eso son tan anchos. Lo increíble ha sido que en el hueco entre los tabiques que la tapiaban había cajas de madera, parecidas a los cajones de fruta, pero sin espacio entre las tablas. Hemos necesitado un destornillador para hacer palanca y poder abrirlas. Por dentro las habían untado con cera para impermeabilizarlas y que la humedad no estropeará el interior.*

*Estaban llenas de cuadernos escritos en francés, firmados por un tal Denis. Papá no tiene ni idea de quién pueden ser, dice que no tiene ningún familiar francés, al menos que él sepa y que tampoco le suena ese nombre. Lo mejor de todo es que Alba entiende perfectamente el idioma y ha sido la excusa perfecta para conseguir que se quede unos días más, ella se va a encargar de traducirlos.*

*Parece un diario porque hay fechas al comienzo de cada hoja. Alguien relacionado con esta casa tenía la misma afición que yo.*

## Capítulo II

14 de octubre de 1916

*Ha vuelto a amanecer nublado. Aquí, en el norte de Francia, amanece nublado trescientos días al año, o quizás alguno más. Pero eso no es lo importante; lo importante es que ha vuelto a amanecer.*

*Hoy es un día especial, es uno de esos días que pasarán a la historia (a mi historia): por fin me marchó de este hogar para huérfanos, he dejado de ser un niño, he cumplido dieciséis años y tengo que empezar una nueva vida.*

*Mi hermano Jérôme se fue de aquí hace dos años y hace un tiempo se alistó en el ejército, pero ha vuelto a visitarnos a mi hermana Bérénice y a mí siempre que ha podido. Sin embargo, hace dos meses que no sé nada de él. ¿Dónde estará?*

*Esta guerra es la culpable, los soldados van al frente y la mayoría no vuelven.*

*He intentado respirar profundamente. Coger una bocanada de aire que inundara todo mi cuerpo de frescura. He intentado imaginar que estaba en un prado lleno de flores, que el aire era limpio, pero el polvo me ha llenado la boca de un sabor amargo. Es por las obras. Han traído una cuadrilla de obreros neozelandeses para trabajar bajo las plazas. Cuentan que tienen pensado aprovechar los antiguos subterráneos de la ciudad de Arrás, para llegar hasta campo abierto y allí sorprender a las tropas enemigas.*

*¡Ha vuelto a amanecer! ¡Sí! Y una suave luz se empieza a filtrar por las ventanas.*

*Todos duermen todavía; mi amigo Vincent, que siempre se deja los pies destapados; Marcel, que ronca como si tuviera treinta años más de los que tiene; Claude...bueno este sí que duerme de verdad, se tapa hasta la cabeza y es como si no estuviera. Todos duermen menos yo. Estoy impaciente por vivir este día, por saber cómo será mi vida a partir de hoy y sobre todo... por saber dónde está mi hermano.*

*Pero lo más importante, es que ha vuelto a amanecer.*

## FRANCIA – 1916

En ese momento de la historia en Europa, la vida no era fácil para nadie. La gran guerra había hecho ya sus estragos y escaseaban los bienes de primera necesidad, pero para Jérôme y Denis, dos hermanos huérfanos de madre y abandonados por su padre diez años atrás, las cosas se complicaban cada día que pasaba. Durante su infancia vivieron en un hogar para huérfanos al amparo de sor Piedad, una monja española amiga de la familia, pero ya no tenían edad para continuar allí. Solo Bérénice, la hermana pequeña, que todavía no había cumplido los once años, podía permanecer en el orfanato de Sainte Catherine.

Aunque un orfanato no era el mejor lugar para criarse, gracias a la protección de sor Piedad, los hermanos tuvieron una niñez mucho mejor que la mayoría de los huérfanos que por aquel entonces habitaban en Francia. Ella, había evitado en más de una ocasión que *sus niños* (como ella les llamaba) recibieran castigos desmesurados o bofetadas sin venir a cuento, sobre todo por ensañamiento de don Pascal, el capellán.

Denis, el menor de los chicos, siempre quiso escribir un diario. Le gustaba leer y muchos de los libros que cogía prestados en la biblioteca, basaban sus aventuras en diarios de jóvenes como él. Algunos habían vivido en otros países o en otras épocas, pero todos tenían algo que contar.

Pensó que había llegado su momento ya que al día siguiente comenzaría una nueva vida. Se las arregló para conseguir un viejo cuaderno y decidió que le acompañaría en su camino y que en él dejaría constancia de lo que sería su



vida a partir de entonces.

Jérôme, el hermano mayor, se había alistado en el ejército tiempo atrás, como muchos de los jóvenes cuando la Gran Guerra empezó. Pensó que pronto llegaría a ser un héroe defendiendo a su país del terrible ejército alemán. Pronto vería su sueño convertido en pesadilla. Una pesadilla de la que ya no podía salir, lo único que si podía hacer era proteger a Denis, procurar que no tuviera la idea de alistarse y conocer el horror de primera mano, como le pasaba a él.

Su madre murió muy joven, al poco tiempo de nacer Bérénice y su padre les abandonó poco tiempo después, cediendo a sor Piedad la responsabilidad de sacar adelante a los tres niños de la mejor manera posible. Jérôme no podía entender por qué su padre había tomado esa decisión, le culpaba por ello y, además, por ser el mayor se sentía obligado a cuidar de sus hermanos.

Hasta que llegó la guerra. Pensó que alistarse también era una forma de cuidarles, de proteger los derechos de todos. Pronto se daría cuenta de que estaba equivocado, cuando su batallón recibió la orden de trasladarse a Verdún.

En Verdún encontró la cara más amarga de la realidad, los ataques eran implacables: gases tóxicos, lanzallamas... el armamento de los alemanes había sido superior y aunque, después de mucho tiempo de batalla, los franceses empezaban a ganar posiciones, la moral de los soldados estaba muy dañada ya.

El ruido de las ametralladoras no cesaba, hasta que un golpe seco en el pecho convirtió el sonido en silencio. Jérôme solo pudo escuchar el interior de su cuerpo, el crujir de sus costillas al fracturarse y el bombeo de su corazón.

23 de octubre de 1916

*El mes pasado, cuando Jérôme vino a vernos, llevaba las manos llenas de heridas, las palmas completamente desgarradas, me dijo que había sido por*

*el alambre de espino que usan para cubrir las trincheras.*

*Le pregunté cómo era esa experiencia, la de vivir en una trinchera, pero no quiso darme detalles, él siempre ha preferido guardarse sus emociones. Después de mucho insistir conseguí que me contara que duermen en el barro y que el frío por las noches es insoportable. Dijo que el invierno pasado a algunos soldados se les congelaron los pies... ya no quiso contarme nada más, terminó la conversación en seco.*

*Necesito encontrarle, he estado preguntando en la oficina del Estado Mayor, pero me han dicho que no les consta dónde está y que vuelva la próxima semana. Tendré que esperar, a ver si llegan noticias, si no la próxima semana volveré.*

## FRANCIA – 1916

—Quiero ver a mi hermano —dijo Jérôme a *monsieur* Destón sin darle opción a negativa alguna.

Jean Claude Destón era un hombre de mediana edad con una barriga prominente y aspecto de bonachón. Discutía con Jérôme casi cada día desde que le acogió.

Jérôme era un muchacho vanidoso, soberbio y de carácter seco y a veces antipático, un poco amargado por las circunstancias de su vida, brillante en todo aquello que se proponía, a veces a su hermano Denis, más humilde, torpe en algunas ocasiones y con alma de artista, le resultaba difícil soportarle, pero a pesar de sus diferencias se querían de verdad y Jérôme, que se sentía responsable por ser el mayor, no estaba dispuesto a abandonarle.

—Me voy a buscar a mi hermano, lo siento, pero no seguiré aquí mientras él esté pensando Dios sabe qué, ya debe de estar fuera de Sainte Catherine y con los tiempos que corren, a saber en qué circunstancias —insistió Jérôme.

—Estás todavía muy débil, tu herida no ha cicatrizado lo suficiente. Si no puedes ni siquiera levantarte, ¿cómo vas salir? ¿Qué pasaría si siguieras en el frente? Tampoco podrías estar con él —respondió *monsieur* Destón.

—Pero no lo estoy, estoy aquí tirado como un inútil, le estaré siempre agradecido, pero necesito irme.

—No puedes irte, Jérôme. ¿Es que no te das cuenta de tu estado? De todas formas, no te preocupes, mandaré a alguien a buscarlo y lo traeré. Pronto tendrás aquí a tu querido hermano.

A Jean Claude no le quedó más remedio que aceptar, si quería mantener a Jérôme a su lado tenía que contar también con Denis... Además, pensándolo bien, era mejor tener a los dos hermanos controlados. El estado de Jérôme, con un pulmón aniquilado por la metralla, no le daba garantías de que fuera a sobrevivir.

Ese mismo día ordenó a sus colaboradores que comenzaran a buscar a Denis por toda la ciudad de Arrás. No sería difícil encontrarle.

1 de noviembre de 1916

*Continúo sin tener noticias de Jérôme. Hoy he vuelto a la oficina del Estado Mayor y otra vez me han dado largas.*

*Los soldados que vuelven del frente llegan mutilados y muchos han perdido la razón. Cada día rezó porque mi hermano esté bien, y para que pronto volvamos a estar juntos los tres, con Bérénice, como cuando éramos niños.*

*Todo el mundo habla de lo mismo, de la carnicería de Verdún, con casi cuatrocientos mil soldados muertos o heridos y de lo que está pasando en el Somme, eso está muy cerca de aquí. En el periódico Le Petit Parisièn dicen que los ingleses están perdiendo la batalla y que están reclutando a más franceses para que vayan en su ayuda.*

*El otro día pasé por delante de una oficina de reclutamiento, recuerdo que hace dos años, cuando la guerra empezaba, había cientos de hombres dispuestos a alistarse. La cola daba la vuelta a la manzana, incluso algunos de los chicos del colegio se alistaron en cuanto cumplieron los catorce años.*

*Cuando las primeras tropas partían al frente, los soldados iban felices y*

*orgullosos con sus pantalones rojos y sus casacas, dispuestos a pelear y matar a todos los alemanes con los que se cruzaran para volver a casa convertidos en héroes. Nadie imaginaba que las cosas terminarían siendo así, ahora los reclutamientos ya no son voluntarios. Me llamarán a filas cuando menos me lo espere, aunque he oído que antes de cumplir los dieciocho los reclutamientos sí siguen siendo voluntarios. No sé si será verdad, la información que se escucha a veces es contradictoria.*

28 de noviembre de 1916

*Me paso el día trabajando, ayudo a un zapatero a coser y cortar el cuero para las botas de los soldados, todavía estoy aprendiendo, pero me gusta este trabajo, he tenido mucha suerte en encontrarlo. Por las noches, cuando termino, vengo caminando hasta la casa de una familia que utiliza habitaciones para alojar a gente a modo de pensión, aquí es donde vivo ahora, paso mis días como puedo, sobreviviendo y nada más. Pero lo que me ha pasado hoy...*

*Acababa de salir de la zapatería cuando, de repente, alguien me cogió por un brazo, luego me cogieron por el otro y me llevaron casi en volandas, sin darme tiempo a reaccionar.*

*Entre zarandeos y empujones me metieron en un coche, me he llevado el susto más grande de mi vida, hasta se me ha pasado por la cabeza que eran alemanes y que me secuestraban para hacerme prisionero. Dentro del coche, una mujer con un sombrero ajustado a la cabeza me ha dicho que había llegado el momento de encontrarme con mi hermano y el coche se puso en marcha.*

*He ido temblando todo el camino, por el susto que llevaba en el cuerpo y por los nervios de pensar que, por fin, iba a encontrarme con Jérôme. Lo peor ha sido que no sabía si mis raptos eran realmente alemanes y tenían a mi hermano por la fuerza o simplemente eran sus amigos.*

*La mujer trató de tranquilizarme y fue muy amable durante todo el*

*camino, pero no sabía si podía fiarme de ella y creer lo que me estaba diciendo, aunque no la escuché en absoluto.*

*Llegamos hasta la rue du Deversoir, a una casa grande, más por dentro de lo que parecía por fuera, entramos directamente a un recibidor, a mano izquierda una verja negra de hierro forjado separaba la estancia de un gran salón con una chimenea al fondo, el fuego estaba encendido, lo que agradecí sinceramente, entre los nervios y el frío me estaba empezando a entumecer.*

*Dentro de la casa me tranquilicé, se veía claramente que era un hogar, no un zulo, ni una madriguera de espías. Bajo una escalera había una puerta, reparé en ella porque estaba abierta, me asomé un poco, daba a otras escaleras que bajaban a una bodega, si la puerta hubiera estado cerrada nadie podría haber imaginado que estaba ahí.*

*Entramos a un pequeño cuarto de estar, tenía dos puertas más, una iba a un jardín que se veía desde todos los ventanales, nunca había visto una casa así, tan bonita y grande y con tantos rincones. Pensé que era perfecta para pasar una guerra, si alguien estaba en peligro podía esconderse en la bodega o en cualquier otro rincón, y con ese pensamiento volví a sentir miedo por si tenían a mi hermano escondido o prisionero.*

*Finalmente entramos a otro cuarto en el que estaba Jérôme, postrado en una cama, pero sonrió al verme, lo que me tranquilizó. A su lado había un hombre que se presentó como Jean Claude Destón.*

—Muy bien, ya tienes aquí a tú hermano tal y como querías—dijo Jean Claude a Jérôme, después se dirigió a Denis—: Denis, tu hermano ha querido que tú estés aquí, espero que nos perdones por la manera en la que te hemos traído.

—¿Qué le pasa a mi hermano? ¿Jérôme, por qué estás en esa cama? —preguntó Denis haciendo caso omiso de las disculpas de *monsieur* Destón.

Al ver a su hermano, Denis sintió que le faltaba el aire, trató de tragar saliva, pero le raspó la garganta como si hubiera tragado una piedra. Se

abalanzó sobre él y le abrazó con todas sus fuerzas hasta que Jérôme gritó de dolor.

—¡Tranquilízate, muchacho! Le vas a abrir más la herida con tanto ímpetu —dijo Jean Claude—. Tu hermano ha luchado en la batalla de Verdún, es todo un héroe.

—Menudo héroe, me hirieron el primer día —dijo Jérôme. Tanto él como Denis soltaron una carcajada.

—¿Pero de qué os reís? —preguntó Jean Claude.

—No lo sé... me he puesto nervioso —respondió Jérôme con una sonrisa.

—Yo también —respondió Denis con el semblante más serio.

—No te quites mérito, Jérôme —dijo Jean Claude—. Has estado solo un día en Verdún, pero llevas más de un año luchando por tu país.

—Nada de lo que había visto hasta ahora ha sido como Verdún, se lo aseguro.

—¿Qué clase de herida tienes, hermano? —preguntó Denis.

En ese momento la mujer que había ido en el coche hasta allí, entró en la habitación. Se había quitado el sombrero dejando ver su melena pelirroja, Denis recordó los cuentos que le contaba sor Piedad en los que las brujas siempre eran pelirrojas y pensó que si era una bruja era muy guapa.

—Jérôme tiene metralla alojada en un pulmón, no conseguimos que le baje totalmente la fiebre —dijo la mujer—. Adema de tres costillas rotas, pero eso ya lo hemos superado.

—Denis, ella es Corinne. Bueno ya sé que os habéis conocido antes —dijo Jean Claude.

—Denis, tienes que disculpar a mis compañeros —dijo Corinne—, su trabajo es proteger a Jean Claude y sus modales algunas veces no son precisamente delicados.

—No se preocupe, lo único importante ahora es que estoy aquí, junto a mi hermano. ¿Desde cuándo está así? —dijo Denis.

—Desde primeros de octubre. Pero permítame que te explique, yo soy

colaboradora de *monsieur* Destón y estoy aquí para cuidar a tu hermano hasta que se reponga.

—Pues en mi nombre y en el de mi hermano le quedo muy agradecido.

—Estamos encantados de ayudarle —dijo Corinne—, además necesitamos que se recupere cuanto antes. También a ti te necesitamos.

—¿Ustedes me necesitan? ¿Por qué? —preguntó Denis sorprendido. De pronto una duda le asaltó: ¿por qué razón esas personas podrían necesitarles tanto a su hermano como a él? Se veía a la legua que don Jean Claude tenía dinero, posición y gente a su servicio como Corinne, el chofer o los hombres que le habían metido en el coche a la fuerza, sin embargo, llevaban tiempo cuidando de Jérôme.

Todos los días llegaban soldados heridos del frente y acababan amontonados en los hospitales de campaña ¿Qué podían ofrecer dos hermanos huérfanos que interesara tanto a don Jean Claude como para ocuparse así de Jérôme?

—Por lo que veo en sus ojos, Denis está algo desconcertado. Me gustaría explicaros muchas cosas, pero creo que hay una forma más fácil de que entendáis de qué va esto. Lo mejor será que empecemos por leer esta historia. Es un cuento. Un cuento para niños, pero encierra un gran secreto.

Jean Claude cogió un libro de una estantería y lo abrió por la página que estaba marcada con un cordoncito que colgaba del lomo del propio libro. Se lo ofreció a Corinne, que comenzó a leer en voz alta:

## LA LEYENDA DEL JANTUNG

*Cuenta una leyenda que una vez en Oriente vivió un rey bondadoso y caritativo, que se preocupaba por su pueblo y que consiguió durante el periodo de su reinado que la paz y la abundancia predominaran entre sus gentes, fue un gran gobernante y sus súbditos estaban dispuestos a hacer cualquier cosa por complacerle.*

*Un día el rey enfermó y poco a poco sus fuerzas y su cuerpo se fueron deteriorando. Un dolor terrible le acompañaba día y noche, nadie entendía*

*por qué un hombre tan bueno y que había pasado la vida pensando en los demás tenía que sufrir ese castigo. Sus gritos de dolor atravesaban los muros de su palacio y todo el pueblo sufría con él. «Es como si me mordieran mil perros las entrañas» es la única frase que repetía una y otra vez cuando conseguía articular palabra.*

*Entonces, su esposa, la reina, decidió pedir ayuda a los brujos y adivinos del reino, a ver si ellos podían encontrar una solución, ya que los químicos y médicos se daban por vencidos. Durante varios días con sus respectivas noches una asamblea de extravagantes personajes, estuvieron reunidos en las estancias del palacio. Cada uno utilizaba su oráculo, hasta que finalmente, Lestari, conocida en toda la región por sus dotes adivinatorias, dio con la solución. En un momento de trance tuvo una revelación y los espíritus de sus antepasados le hablaron de una semilla de la que nacería una planta, cuyos frutos poseían la facultad de devolver la salud.*

*La ingesta de dichos frutos podía curar cualquier enfermedad o herida y en algunos casos también mantener la juventud, lo que podría llegar a convertir a una persona en eterna. Solo existía una semilla, por lo tanto su valor en incalculable. En su trance pudo verla como en un sueño, era de un color que no sabía definir, pero que resplandecía en la oscuridad, su tamaño más parecía el de una fruta que el de una semilla y latía, lo que la hacía diferente a todas las semillas del mundo vegetal y demostraba la vida que contenía. También vio dónde podían encontrarla y cómo: en Occidente.*

*Algunos de los asistentes exaltados y entusiasmados por tal visión empezaron a opinar con respecto a lo que había que hacer. Estaba claro que había que enviar una expedición a Occidente de la cual Lestari tenía que formar parte.*

*—Pero viajar a Occidente es una temeridad. ¿Sabéis lo que hacen allí con las personas como nosotros? Las queman vivas, primero las torturan y después las queman en las plazas públicas para que todo el mundo pueda verlo y disfrutan con ello como si de un espectáculo se tratara. ¡No! Lestari*



*de ninguna manera puede ir allí, ni ella ni ninguno de nosotros —dijo uno de los asistentes a la asamblea.*

*—No tenemos más remedio mi sabio compañero —replicó Kusuma, otro de los asistentes—. El estado del rey se agrava cada día, tenemos que solucionarlo de prisa o morirá. Él es nuestro bastión y el pilar sobre el que se sustenta nuestro pueblo, nuestros enemigos esperan al acecho como buitres a que él muera para invadirnos, no tendremos paz ni volveremos a ser tan prósperos si el rey no está.*

*—Todos tenemos que morir. El rey un día u otro morirá, al igual que todos nosotros.*

*—No necesariamente —dijo Kusuma—. Lo que Lestari ha visto en su revelación es una solución, no solo a la enfermedad, sino también a la vejez, nuestro rey podría vivir muchos años más, tal vez cientos. ¡Debemos ir! Protegeremos a Lestari, su protección será nuestra prioridad. ¿Quién está dispuesto a acompañarnos?*

*Cuatro voluntarios levantaron la mano. Comenzaron a preparar la expedición sin demora, consideraron que con cuatro voluntarios sería suficiente para proteger a Lestari. Hasta seis personas era un número prudente, pero más llamarían demasiado la atención.*

*El viaje fue difícil, tuvieron que atravesar islas, océanos, la India, Arabia y el mar.*

*En cuanto cruzaron los confines de Oriente, el paisaje, las gentes, todo cambió. Atravesaron pueblos en los que la suciedad y las ratas era lo que predominaba, vieron enfermedades de todo tipo y mucha pobreza, en contraste con los fabulosos palacios y la riqueza de los vestidos de las personas poderosas.*

*Pero a medida que avanzaban iban perdiendo el objetivo, ya no pensaban tanto en salvar a su rey y a las gentes de su pueblo, como en los beneficios que ese objeto podría depararles, todos empezaron a albergar un sucio pensamiento que no compartían con sus compañeros, pero que día a día*

*coabraba más fuerza.*

*Habían pactado no utilizar la magia mientras estuvieran lejos de Oriente, dados los problemas que ello les podría acarrear; si se delataban podían acabar en una hoguera.*

*Pero la ambición les pudo e iniciaron una guerra entre ellos poniéndose trampas unos a otros a base de hechizos y magia.*

*Sus trucos y brujerías pronto llegaron a oídos del inquisidor, que no tardó en poner en marcha los medios necesarios para localizar y capturar uno a uno a los voluntarios. Hacerles hablar fue cosa fácil, la Inquisición sabía muy bien cómo tratar a extranjeros indeseables que osaran practicar herejías en territorio cristiano.*

*Finalmente, Lestari y Kusuma fueron los únicos que quedaron de la expedición. Se las arreglaron para escapar, pero tuvieron que marcharse sin el tesoro que habían ido a buscar.*

*El secreto quedó entonces en conocimiento de los torturadores, pero por mucho que buscaron nunca lo llegaron a encontrar.*

*La leyenda permaneció en el tiempo y el rumor llegó a la gente del pueblo que empezó a decir que la maravillosa semilla no era otra cosa sino el propio CORAZÓN DE LA TIERRA, por eso le dieron el nombre javanés de «JANTUNG» o lo que es lo mismo «el corazón».*

—¡Qué bonito cuento! —dijo Denis sin poder evitar un tono sarcástico.

—Al parecer no tan cuento —respondió Jean Claude—. En el año 1484 seis extraños personajes llegaron al reino de Aragón desde Valencia, procedentes de algún país de Oriente. Buscaban, como tantos otros a lo largo de la historia, el secreto de la salud y la eterna juventud. Se dirigían hacia el norte, muy cerca de donde estamos nosotros ahora, pero fueron capturados por colaboradores de Pedro Arbués, el inquisidor de Zaragoza. El día diez de mayo de ese mismo año, cuatro conversos fueron quemados en un auto de fe. —*Monsieur Destón* hizo una pausa para observar la reacción de los chicos y

Corinne tomó la palabra:

—Existe la creencia de que esos conversos no eran otros que los cuatro voluntarios que acompañaban a Lestari y que su ejecución dio pie a un periodo de ansiedad y trifulcas, provocado por el rumor de que el inquisidor tenía en su poder una semilla milagrosa —continuó Corinne—. Hacer pasar a los voluntarios por conversos proporcionaba una doble jugada, por un lado, infundir animadversión hacia los judíos mostrándoles como brujos y hechiceros y, por otro, acallar los rumores y ocultar el secreto tras una cortina de humo.

Ambos hermanos escuchaban con atención los argumentos que exponían los anfitriones de la casa. Denis quiso interrumpirles varias veces porque no entendía por qué les contaban esa historia, pero prefirió dejarles terminar.

—Un tiempo después el inquisidor fue asesinado, ocho hombres lo apuñalaron mientras rezaba en la Seo de Zaragoza. Al parecer, Pedro Arbúes no destacó precisamente por su crueldad, de hecho, está considerado como santo por la Iglesia Católica, por lo que su asesinato no estaba del todo justificado, a no ser que hubiera otra causa —continuó Jean Claude.

—Robarle el secreto del paradero del Jantung —afirmó Corinne.

—¡Eso es! —exclamó Jean Claude—. Al cabo de un tiempo, los asesinos fueron detenidos y quemados en la hoguera, así como sus familias y todo aquel sospechoso de haber tenido relación con el asesinato, pero Juan Pedro Sánchez, hermano del tesorero del rey Fernando y partícipe del crimen, consiguió escapar.

»La Inquisición no pudo encontrarle, pero hay fuentes que aseguran que vino hasta aquí, al norte de Francia y pasó el resto de sus días buscando el gran tesoro del cual tuvo conocimiento en España. ¿Por qué se dirigió hacia este lugar? Probablemente pudieron sacar información a Pedro Arbúes antes de matarle y fue aquí donde situó el paradero de la semilla. Esa búsqueda la continuaron muchos hombres a lo largo de la historia, hasta que un minero trabajador de las minas de Lens, tras una explosión encontró algo

incomprensible para él y para los que no conocían previamente su existencia.

—Ese minero fue nuestro padre —afirmó Jérôme con gesto de seguridad, Denis por el contrario no salía de su asombro.

—¡Exactamente, así es! Queridos Jérôme y Denis, ese es el motivo por el cual vosotros estáis aquí ahora mismo —afirmó Jean Claude—. Tenéis que encontrar el Jantung.

—¿Y cómo pretende que hagamos eso? —replicó Denis.

—No lo sé aún, pero vosotros hallaréis la manera. Cuando vuestro padre os dejó en manos de la monja española le dijo que uno de sus hijos tenía en su poder la respuesta a todas las preguntas y lo sabría cuando creciera. Pues bien, ya habéis crecido, uno de vosotros tiene las respuestas, solo tenéis que buscarlas. Quizá deberíais empezar por buscar a vuestro padre, vosotros le podréis encontrar, seguro que os dejó alguna pista de su paradero.

—Ya le he dicho mil veces que no es así —aseguró Jérôme.

—Pensad un poco, tal vez a Denis se le ocurra algo. Ahora os dejo a solas, seguro que tendréis muchas cosas de las que hablar. —Jean Claude salió de la estancia y Denis salió corriendo tras él.

—¡*Monsieur* Destón! —gritó Denis.

—Dime, muchacho. —Jean Claude se volvió a mirarle.

—¿Cómo sabe todo eso? Quiero decir, no solo lo que encontró mi padre, sino también lo de sor Piedad, o como usted dice... la monja española, y lo que mi padre le dijo cuando nos dejó.

—Busqué a tu padre durante mucho tiempo, pero desapareció, me resulto imposible dar con su paradero, hasta que el destino puso a Jérôme en mi camino. Lo encontró Corinne, malherido en un hospital improvisado en el edificio del Teatro. Deliraba, no paraba de hablar y dijo algo sobre vuestro padre que llamó la atención de Corinne, luego una cosa llevo a la otra. El secreto del Jantung llegó hasta nuestros días y desde que tuve conocimiento de su existencia he dedicado mi vida a buscarlo. Cuando leí en los periódicos la noticia del derrumbe en las minas de Courrières, hablaban de tu padre y de

cómo trece hombres consiguieron salir ilesos cuando ya se había retirado la ayuda exterior dándoles por muertos. Enseguida me di cuenta de que tu padre, sin saberlo, había encontrado el tesoro que yo llevaba tantos años buscando.

—No ha respondido a mi pregunta. ¿Cómo sabe lo que mi padre dijo a sor Piedad? —insistió Denis.

—Para un hombre de mi posición no es difícil tener ojos y oídos en todas partes.

—¿Tan necesario es para usted ese Jantung?

—¿Lo estás preguntando en serio? Ahora más que nunca. Mira a tu alrededor, mira cómo está Francia, cómo está el mundo entero. El Jantung marcaría la diferencia entre continuar en esta guerra o terminarla con una aplastante victoria. Podríamos curar a nuestros soldados de forma inmediata, no morirían más hombres en el bando de los aliados. Todo eso solo con los frutos de esa maravilla de la naturaleza. ¡Podríamos ser absolutamente poderosos!

—Es usted muy ambicioso, señor —respondió Denis.

—Podríamos curar a tu hermano —replicó Jean Claude.

Denis permaneció en silencio durante un instante.

—No se preocupe. Lo encontraré —afirmó mientras Jean Claude daba la vuelta y se alejaba, luego volvió a entrar en el cuarto a sentarse junto a su hermano.

—¿Tú sabías algo de esto, Jérôme? —le preguntó.

—Solo que Jean Claude busca algo relacionado con nuestro padre y con lo que encontró cuando explotó la mina. ¿Tú lo recuerdas? —dijo Jérôme.

—No, yo era muy pequeño entonces —respondió Denis.

—¡Yo sí! Lo guardaba en el cajón de su mesilla y al abrirlo salía una luz como la de las figuras esas fosforescentes. ¿Sabes las que te digo? Las que pones delante de una luz durante un tiempo y luego iluminan por sí solas.

—¡Ah! ¡Ya! Las he visto alguna vez. —Denis recordaba haber visto ese tipo de figuras en Sainte Catherine, pero no haberlo visto en su propia casa—. ¿Y

te crees la historia de que esa semilla fuera mágica?

—Yo creo que padre encontró en la mina algo de mucho valor y que Jean Claude lo quiere, pero no creo en la magia. Le estoy muy agradecido a este hombre y en el tiempo que llevo en esta casa, aunque discuto mucho con él, puede decirse que le considero un amigo. Pero la gente que tiene tanto dinero nunca se da por satisfecha. Pienso que lo del Jantung es una excentricidad que se le ha encaprichado y no parará hasta conseguirlo.

—¡Pues yo voy a buscarlo! Tú no crees en la magia, pero puede que exista. Sé que te vas a poner bien, pero tal vez si lo encuentro puede ayudar a que te recuperes antes. Creo que ha llegado el momento de que vaya a visitar a nuestra hermana y de paso tenga una conversación con sor Piedad.

—Escucha, Denis, no te metas en complicaciones, lo mejor será esperar a que yo me recupere y podamos ir juntos.

—¿Ir juntos cuando te recuperes? ¿Es que no vas a tener que volver al frente?

—¡No! Me han licenciado. Me han dado la categoría de mutilado de guerra. Tendré la posibilidad de acompañarte en tus pesquisas.

—¡Me alegra oír eso! Es una buena noticia. Bueno, ya hablaremos. Ahora descansa, yo vendré a visitarte todo lo que pueda, tú ocúpate de curarte cuanto antes.

A Jérôme le fallaban las fuerzas y no tenía muchas ganas de seguir hablando, habían sido demasiadas emociones en un solo día. Hacía tiempo que anhelaba ver a su hermano y la visita le alegro mucho, pero la lectura de Corinne, así como el resto de la historia del Jantung le desconcertó y le preocupó que su hermano pudiera verse implicado en problemas o ser utilizado por Jean Claude, un hombre al que apenas conocían, excepto por la ayuda que le estaba prestando teniéndole en su casa y proporcionándole todos los cuidados que necesitaba. Todo le resultaba muy extraño.

—Voy a dormir un poco, creo que me ha vuelto a subir la fiebre —dijo Jérôme—, pero vuelve pronto a verme, ¿de acuerdo?

—Claro, hermano, en cuanto pueda, y traeré noticias de esa semilla y de nuestro padre, ya lo verás.

## Capítulo III

5 de diciembre de 1916

*Desde que tengo conocimiento del Jantung he estado haciendo averiguaciones por mi cuenta, pero no quiero hablar de ello con monsieur Destón.*

*El otro día fui a la biblioteca pública, he tenido suerte de que a pesar de la guerra todavía se encuentre abierta y entera. Busqué el libro en el que venía escrita la leyenda, pero no lo encontré, ni ese ni ningún otro que pudiera arrojar luz sobre este asunto. Entonces se me ocurrió mirar periódicos antiguos en la parte de la hemeroteca.*

*Me dirigí directamente a los de 1906, el año de la explosión de Courrières, por si hablaban de algo que me diera alguna pista o que pudiera estar relacionado, y lo que encontré me dejó helado.*

*Vi un artículo en un periódico, busqué la portada para saber de qué periódico se trataba, pero estaba arrancada. Por el formato de la edición no me resultó familiar. La forma en que estaba redactado también me pareció extraña. Eché un vistazo en general y todas sus noticias eran fantásticas, hablaba de cosas raras, de pirámides, de lugares exóticos... hasta que di con lo que estaba buscando, decía que la tierra había perdido su corazón a causa de una explosión, que en una tierra sin corazón solo cabe esperar sangre y dolor.*

*Inmediatamente vinieron a mi cabeza las trincheras, lo que me contaba Jérôme cuando venía a visitarnos y yo le preguntaba cómo era la vida en el*



*frente, hablaba de sangre y dolor, igual que el periódico. Pensé que era una forma metafórica de hablar de lo que está pasando por causa de la Gran Guerra, pero entonces recordé que estaba mirando un periódico de 1906, varios años antes de la guerra y las trincheras. Quien escribió ese artículo conocía algo que iba a pasar años después.*

*De pronto recordé lo que me había llevado hasta allí, buscar información acerca del Jantung, pensé en mi padre y me asustó la idea de que el corazón del que hablaba el artículo, el que había perdido la tierra, fuera la semilla que él encontró. Entonces miré la fecha del periódico, era concretamente del 15 de marzo de 1906. Aquel día mi padre ni siquiera había salido de la mina y nadie tenía ni idea de lo que llevaría consigo cuando lo hiciera.*

## ESPAÑA - 2017

El hallazgo de los diarios de Denis, cambió radicalmente el rumbo del verano. Gracias a ello, Alba, pudo prolongar su estancia en el pueblo y a partir de ese momento comenzaron a reunirse los cinco amigos cada noche, encandilados por la vida de un chico que tenía la misma edad que ellos, pero al que le tocó vivir una época mucho más difícil.

Por qué estaban los diarios en la casa y quién fue Denis eran las preguntas que tanto Laura como los demás se hacían cada noche mientras escuchaban a Alba traducir los cuadernos.

Para Laura el verano se ponía cada día más interesante, estaba contenta de tener una excusa para prolongar la estancia de Alba en el pueblo y tanto con Miguel como con Andrés y Leo se sentía cuidada y acompañada, aunque no podía evitar criticar a Miguel y discutir con él por todo. Estaba consiguiendo el reto que se propuso, cuando el día de su cumpleaños su madre le regalo el diario con tapas de cuero: llenarlo de aventuras interesantes.

—¿Será verdad todo lo que cuenta este diario? A lo mejor estamos ante el hallazgo de un gran tesoro —dijo Alba emocionada con la historia.

—¡Olvídate de eso! Si fuera verdad lo que cuenta y que en algún momento

hubiera existido algo tan fantástico, ya tendrá dueño, ¿no crees?

—Pero ¿quién es ese Denis? ¿Por qué guardó sus diarios en esta casa? — preguntó Alba.

—Ni idea, mi padre dice que no lo sabe tampoco y Miguel le ha preguntado a su madre, pero nada, parece que nadie en este pueblo recuerda que aquí haya habido ningún chico francés.

12 de diciembre de 1916

*Hoy he vuelto a Sainte Catherine. Necesitaba hablar con sor Piedad para que me aclarara algunas cosas.*

*Le he contado lo de Jérôme y monsieur Destón y lo que encontré en la biblioteca, y ella como siempre me ha tranquilizado. Al leer el artículo sentí una gran responsabilidad, como si mi propio padre tuviera parte de culpa de la guerra que estamos viviendo y todo por haber encontrado algo que, no solo no había buscado sino que ni siquiera sabía lo que era, pero sor Piedad me ha dicho que no piense en eso, que ese tipo de publicaciones están escritas por visionarios que cuentan historias alarmistas a las que no hay que prestar mucha atención.*

*Antes de marcharme de Sainte Catherine he visto a Bérénice. El corazón me ha dado un vuelco, pobrecita, antes estaba con nosotros todos los días y ahora está sola. Aquí está bien cuidada y tiene amigos, eso lo sé, pero Jérôme y yo somos su única familia. ¡Se ha puesto tan contenta cuando me ha visto! Pero de momento está mejor donde está, ya tendremos tiempo de llevárnosla con nosotros cuando las cosas estén un poco más calmadas y si Jérôme se recupera, porque ahora no sé qué va a pasar.*

## FRANCIA—1916

El verdadero nombre de sor Piedad era Paula, pero cuando empezó el periodo de noviciado la congregación le cambió el nombre por otro más adecuado a su nueva condición.

Antes de ser sor Piedad, Paula vivía con sus padres en un gran piso del centro de Madrid, pero la llamada de la vocación la llevó a abandonar su casa y hasta su país. Sus padres la enviaron a estudiar al norte de Francia y allí conoció a la madre superiora de Sainte Catherine, que no necesitó mucho esfuerzo para convencerla de que Sainte Catherine era el hogar al que debía dedicar su vida.

Le dio mucha alegría volver a ver a Denis. Desde que salió del colegio no había vuelto por allí. Ella sabía que los tiempos eran difíciles, pero le gustaba que sus niños fueran a visitarla de vez en cuando, especialmente si se trataba de Jérôme o Denis que eran, junto a Bérénice, como los hijos que nunca tendría. Conocía a Martin desde que llegó a Francia y posteriormente a su esposa y madre de los niños. Para sor Piedad, Martin llegó a ser como un hermano y le consideraba la única familia que tenía en Francia.

Atendiendo a las preguntas de Denis, le contó la historia de su padre tal y como la recordaba:

—Poco tiempo después de la explosión de Courrières, Martin empezó a sentirse perseguido, sospechaba que dicho acoso estaba relacionado con lo que encontró en la mina, fuera lo que fuese. Él ni siquiera sabía que lo que encontró tenía un nombre, Jantung, y que algunas personas pensaban que era, ni más ni menos, que el propio corazón de la Tierra. No sabía qué hacer, nunca se había imaginado en una situación así. Se le ocurrió que una gitana que vivía al otro lado de la calle le podría ayudar. Decían de ella que había llegado desde Hungría, que al principio vivía en un carromato con su gente pero que cuando los otros se marcharon, ella se quedó escondida entre las minas y los pajares hasta que su clan dejó de buscarla. Al parecer un apuesto francés tuvo más fuerza que su familia y sus costumbres. Entonces se instaló en Lens, pero su historia de amor no resultó como ella esperaba y terminó quedándose sola. Empezó a ganarse la vida con sus cartas de Tarot y sus mejunjes para curar males de poca importancia, la posibilidad de pagar un médico cuando alguien enferma no están al alcance de todo el mundo en Lens, por lo que la gitana y

sus remedios empezaron a hacerse muy populares.

Denis escuchaba embelesado a sor Piedad. Siempre le había gustado su acento español y la pronunciación fuerte y rotunda de algunas consonantes.

—¿Y esa gitana le pudo ayudar? —preguntó Denis.

—La mujer hizo sus averiguaciones a través de sus cartas —continuó la monja—, Martin no pudo ver nada que le pudiera dar la más mínima pista, pero ella no tardó en obtener la más completa y rigurosa información.

—¿Qué información? —interrumpió Denis con impaciencia.

—Lo que la gitana advirtió a Martin fue que estaba en peligro y que no tenía más remedio que esconderse si quería salvar su vida y protegeros, tanto a vosotros como al Jantung, de caer en malas manos.

—Por eso se marchó. Ahora entiendo todo.

—Más de mil mineros murieron el día 10 de marzo de 1906 a consecuencia de la explosión —continuó sor Piedad—. Solo 576 sobrevivieron, entre ellos vuestro padre, que junto a otros doce compañeros, consiguió milagrosamente salir de allí por su propio pie e ileso. Esa hazaña levanto muchas sospechas y el rumor de que un minero en Lens había encontrado el Jantung se extendió en determinados círculos de personas conocedoras del secreto. Eso fue lo que llevó a vuestro padre a la situación de verse obligado a abandonaros. Pero mi niño... Yo no sé dónde está. Dijo que volvería a por vosotros cuando se sintiera a salvo, pero no lo ha hecho todavía. Tal vez nunca lo haga.

Cuando terminó la narración de sor Piedad, Denis se despidió de ella y de Bérénice dejando atrás Sainte Catherine.

17 de diciembre de 1916

*Las calles de Arrás no se parecen a lo que eran cuando de niños nos llevaban hasta la plaza los días que había mercado, para volver cargados con el peso que las monjas no podían llevar; como si nosotros, niños de treinta kilos, sí pudiéramos.*

*Los soportales están protegidos por barricadas y las aceras levantadas*

*por alguna que otra bomba. Los mineros neozelandeses trabajan a destajo para terminar cuanto antes de acondicionar los subterráneos. Me han contado que tienen luz eléctrica, cocinas y todo tipo de acondicionamiento para posibilitar la vida de tropas enteras en su interior.*

*Hay muchos soldados en las calles, las mujeres trabajan en las fábricas de armamento o se ofrecen como enfermeras voluntarias, curando heridas tan espantosas que harían estremecerse al mismísimo Vlad «el Empalador» y fuera de la ciudad son ellas las que se ocupan del campo. Apenas quedan hombres para hacer ese trabajo ni ningún otro, entre los veinte y los cuarenta y cinco años, están todos reclutados o han vuelto a sus casas mutilados o locos.*

Denis visitaba a su hermano siempre que podía, y le parecía que cada vez le encontraba más enfermo. La prisa por encontrar el Jantung era evidente, no solo para curar a su hermano, también para devolverle a la Tierra su corazón. Creía que de esa manera terminaría con la guerra. A sus dieciséis años recién cumplidos, estaba dispuesto a salvar el mundo de la barbarie.

La conversación con sor Piedad le había gustado mucho, pero no resolvió las dudas acerca de dónde estaba ahora su padre y que había hecho con la ansiada semilla.

De pronto se dio cuenta de que sí, le había dado la pista necesaria, aunque no había reparado en ello hasta ese momento. Tenía que ir a Lens y buscar a la gitana, ella sabría las respuestas.

No disponía de mucho tiempo libre, trabajaba todos los días y en cuanto tenía un momento visitaba a Jérôme, pero lo más importante ahora era comenzar lo que ya se había adjudicado como su misión, por lo que decidió que al día siguiente no iría a su trabajo.

Cómo llegar a Lens no era un problema, muchas cosas se habían estropeado o no funcionaban bien desde la guerra, pero el ferrocarril no era una de ellas. Los trenes se movilizaban a cientos todos los días por todo el país, transportando soldados, comida, armamento, caballos y todo lo que se podía

necesitar en una contienda. Denis no era ni soldado ni mercancía, pero colarse entre los vagones de un tren o metido en un cajón entre coles y lentejas no entrañaba la más mínima dificultad para él.

20 de diciembre de 1916

*Hoy he estado en Lens, he visitado la casa donde nací, estaba cerrada, pero he podido colarme por una ventana.*

*Ahora la casa está vacía, pero se ve que ha vivido otra familia después de nosotros. Estas casas son propiedad de la compañía de minas de Courrières, se las prestan a los mineros para que vivan con sus familias mientras están trabajando, luego pasan a ser utilizadas por otros mineros, pero con la guerra y después de la catástrofe de 1906, la mina está prácticamente cerrada y la mayoría de las casas abandonadas.*

*No he encontrado nada que me sirviera de orientación, todos los trastos que quedaban debían pertenecer a la última familia que la ocupó. Es curioso, pero después de tanto tiempo y con lo pequeño que era cuando viví allí, aún podía recordar cada rincón, incluso las grietas de la pared, aunque ahora no me parecen tan grandes.*

*Lo que no sabía era en qué casa vivía la gitana. Empecé a preguntar a todo aquel con el que me crucé, pero nadie sabía de quien estaba hablando, o simplemente no querían darme explicaciones. Finalmente, un hombre mayor, con el pelo y el bigote canosos, me dijo que la conocía, pero que se había marchado de Francia, que era húngara y que desde que estalló la guerra comenzó a ser víctima de hostilidad y hasta de insultos, la consideraban «el enemigo» y se tuvo que marchar antes de sufrir alguna agresión.*

*El hombre me preguntó por qué la estaba buscando, que quería de ella y quién era yo. Lo cierto es que acabó haciéndome más preguntas él a mí que yo a él. Le dije que era hijo de un minero, que habíamos vivido ahí diez años atrás y que mi padre se llamaba Martin. Cuando oyó ese nombre le cambio*

*completamente la expresión de la cara.*

Denis se sintió decepcionado. En un principio parecía que el primer movimiento en su misión había fracasado, tendría que empezar de cero y otra vez no sabía por dónde, cuando oyó a su espalda un susurro:

—¡Martin! ¡Martin! ¡Eh, Martin! —Alguien estaba llamando a su padre.

Sintió tirones en la pernera de su pantalón. Era un niño. Le estaba llamando Martin, pero se refería a él.

—¡Ven conmigo, Martin! —dijo el niño.

—Pero yo no soy Martin, me llamo...

—No importa, ¡ven conmigo! —insistió el niño haciendo caso omiso de las aclaraciones.

Denis le siguió, entraron en una casa de un estilo diferente al de todas las demás en ese barrio. Se veía que estaba habitada y era más grande, además no tenía ningún distintivo que la identificara como propiedad de Courrières.

Según entraron, a mano derecha había una escalera, el hueco de debajo servía de leñera, Denis pensó que era paradójico, un pueblo minero donde todo lo que había era carbón y sin embargo se calentaban con leña. Sentado en una mecedora al lado de una mesa camilla, estaba el anciano con el que había hablado momentos antes en la calle.

—Siéntate aquí a mi lado, muchacho —dijo el anciano al tiempo que acercaba una silla hacia la mecedora—. ¿Qué es lo que necesitas de esa gitana?

El anciano se levantó y sirvió dos vasos de vino, le ofreció uno a Denis y cogió el otro haciendo el amago de brindar. Denis hizo lo mismo y chocaron los vasos.

—Siempre hay que brindar muchacho, eso es lo más importante —dijo el anciano.

Animado por el vino, contó al anciano su historia con todo lujo de detalles, luego pensó que tal vez había hablado demasiado. De pronto los troncos de la leñera se desplazaron en el aire. No era magia, aunque lo parecía, estaban

pegados a una puerta y al abrirse daba la impresión de que flotaban. A Denis le vino a la memoria la primera vez que estuvo en la casa de monsieur Destón y la puerta que daba a una bodega bajo la escalera, de no haber estado abierta no habría reparado en ella, pensó que en este caso debía ser algo parecido, un cuarto escondido tras una puerta camuflada.

Del cuarto salió una mujer con el pelo muy negro recogido en un moño, ropa de varios colores y abalorios en las muñecas. Denis inmediatamente supo que se trataba de la gitana.



## Capítulo IV

16 de julio de 2017

*Esta noche han puesto cine de verano en la plaza, la película era un poco antigua, pero lo hemos pasado genial*

*También estaban el hermano mayor de Andrés y sus amigos, es una pena que no quiera juntarse nunca con nosotros porque está muy bueno, pero creo que ni a Alba ni a mí nos ha llegado a mirar, me parece que le gustan las chicas un poco más mayores que nosotras.*

*Me gustaría conocer a alguien interesante este verano, el hermano de Andrés es el único que me gusta un poco, pero ni siquiera me ve.*

## ESPAÑA - 2017

—¡Laura! ¡Alba! ¡Despertad, perezosas! Han venido a buscaros vuestros amigos y aún estáis en la cama. ¿Por qué no habéis puesto un despertador? Si habíais quedado os teníais que haber levantado por lo menos una hora antes, ¿no os parece? ¡Vamos! No hagáis esperar a los chicos.

—¡Ay, papá! No des la brasa, por favor, estoy de vacaciones y madrugo todos los días para dar clase. Hoy es sábado, quería dormir un poco más.

—Desde luego mira que eres desagradable, hija. No sé cómo todavía te soporta el bueno de Miguel.

—¡Porque está enamorado de ella! —exclamó Alba inesperadamente.

—Sí, eso debe ser —respondió el padre de Laura.

—¡No digáis tonterías! —dijo Laura mientras se incorporaba de la cama al mismo tiempo que lanzaba su almohadón hasta la cama de su amiga, disparándole directamente a la cabeza.

Laura llevaba varias noches soñando con Denis. En su sueño, Denis era Miguel que buscaba incesante un objeto de mucho valor en plena Guerra Mundial. Necesitaba llegar al final de la historia cuanto antes, pero ese día era sábado y sus amigos empezaron a decir que querían ir de fiesta esa noche. Era el día del patrón del pueblo y todo el mundo se disponía para una romería en la que se comía y bebía durante todo el tiempo hasta el anochecer y después, una vez terminada la hora de la cena, el ayuntamiento había contratado una orquesta que actuaría en la plaza hasta altas horas de la madrugada.

Laura tuvo que rendirse a la evidencia, el plan de ese día y de su noche era mucho mejor que estar escuchando a Alba traducir historias ocurridas más de cien años atrás, además podría descansar una noche de soñar con Denis. ¿O era Miguel?

El día fue muy divertido, los chicos disfrutaron de la compañía los unos de los otros, la romería era para todos, mayores, jóvenes y pequeños, mezclados, comiendo y bailando durante toda la jornada. Antonio también estaba allí. Laura pensó que era una pena que sus padres se separaran tan pronto, tuvo la sensación de que cuando ella volviera a Madrid su padre se quedaría muy solo, además había perdido su trabajo, sintió un poco de pena y se hizo el firme propósito de volver al pueblo para estar con él todo el tiempo que pudiera.

## FRANCIA - 1916

La gitana cogió una silla y se sentó al lado de Denis.

—¿Eres el hijo de Martin? —preguntó.

—Sí, señora.

—¿Cuál de los dos?

—Denis, el pequeño.

—Te recuerdo bien, igual que al resto de tu familia, también a tu madre.

—¿Se acuerda de mi madre? —pregunto Denis ansiosamente. Aparte de sor Piedad no había conocido a nadie que pudiera hablarle de ella.

—Sí, me acuerdo de ella, tenía el corazón muy débil, yo traté varias veces de darle algún remedio para su mal, pero no fue suficiente, el parto de tu hermana Bérénice la debilitó todavía más. Pero supongo que no habrás venido aquí para preguntarme por ella. Dime, muchacho, ¿qué te ha traído hasta mí?

—Es una larga historia. —Denis contó a la gitana sus inquietudes esperando respuestas que solucionaran todas sus dudas.

La gitana extendió sobre la mesa su baraja de Tarot y comenzó a interpretar lo que en las cartas veía:

—Tu padre se marchó lejos, muy lejos, a otro país —dijo la gitana—. En las cartas veo la ciudad de Zaragoza, en España.

—¿Zaragoza? ¿Está segura? ¿No puede ser un error? —preguntó Denis decepcionado.

—No, hijo, las cartas nunca mienten ni se equivocan—dijo la gitana—, pero tu padre dejó un legado para sus hijos antes de marcharse, y uno de vosotros lo va a encontrar.

Denis tenía muchas más preguntas, quería saber el cómo, el dónde y por qué y qué podía hacer para encontrar el legado del que hablaba la gitana, que sin duda era el Jantung, pero se le hizo un nudo en la garganta al pensar que volver a ver a su padre no estaba a su alcance. Las lágrimas empañaron sus ojos y no pudo hablar más. ¡Zaragoza! Eso estaba demasiado lejos. Pensó que las cosas se complicaban más de lo que había previsto.

La gitana recogió su baraja, la guardó envuelta en un paño de seda rojo sin darle opción a seguir con las pesquisas, pero le dijo que podía volver otro día si quería. Denis pago la sesión con su sueldo de la semana, se despidió de ella y del hombre que aún seguía sentado en su silla, agradeciéndoles la ayuda y volvió a Arrás como había venido, escondido entre las juntas de un vagón.

24 de diciembre de 1916

*Ha llegado la Navidad un año más, pero no hay nada en las calles ni en la gente que haga pensar que es así. Recuerdo cuando era un niño, en el colegio cantábamos y la cena era especial, había alegría en las caras de todos incluso en las de las monjas. Esta Navidad parece más triste, todo el mundo está en sus casas y en silencio.*

*Sin embargo, yo estoy contento hoy, Jérôme se encuentra mejor y don Jean Claude nos ha invitado a pasar la noche en su casa todos juntos, incluso a Bérénice. He podido salir antes de la zapatería y dentro de un rato voy a ir a buscarla, sé que pasar una noche fuera de Sainte Catherine con nosotros la va a hacer feliz.*

*Corinne me ha dado un abrigo para ella, me ha dicho que quería hacerme un regalo pero que había pensado que la niña lo necesitaría más que yo.*

*Hace mucho frío, si alguna parte de la piel se queda al descubierto estando en plena calle, parece que se vaya a congelar. He recordado lo que me contó Jérôme acerca del invierno pasado en las trincheras. Lo siento por los hombres que tengan que pasar la noche en el frente, pero me alegra que Jérôme ya no tenga que volver allí más.*

*Cuentan que en la Navidad del 14 los soldados ingleses y los alemanes hicieron una tregua, sin pedir permiso a los mandos superiores, solo los soldados por su cuenta. Todo empezó cuando los alemanes se pusieron a cantar villancicos, después los ingleses hicieron lo mismo y comenzaron a hablarse y a desearse buenas nuevas los de un bando a los del otro, hasta que perdieron el miedo y salieron de sus respectivas trincheras para compartir cigarrillos y alcohol en la tierra de nadie. Está claro que los alemanes son humanos también, aunque en las películas que proyectaban en Sainte Catherine nos trataban de convencer de que no lo son.*

*Sí, definitivamente el abrigo es un regalo muy adecuado para un día como hoy.*

*Sé que Corinne es un poco mayor para mí, pero me gusta mucho. Me gustaría saber si yo a ella le gusto un poco también.*

Esa Navidad fue muy especial para Denis, Jérôme pudo levantarse y tanto Jean Claude como Corinne y el resto de miembros de la casa, compartieron la cena con los tres hermanos. Mientras, en la calle no paraba de nevar, a través de las ventanas se veía el jardín cubierto por un manto blanco, y desde la casa podían imaginar el frío que hacía fuera, pero con la chimenea encendida todo el tiempo y a gran intensidad, todos sentían calor. La leña escaseaba en el norte de Francia mientras duró la guerra y los alimentos también, pero esa noche no faltó de nada en esa casa.

Al terminar de cenar Jean Claude abrió una botella de champán que guardaba en su bodega para una ocasión especial. El primer brindis se lo dedicaron a sus soldados, pero después no volvieron a pensar en la guerra durante el resto de la noche.

Al día siguiente cada uno volvió a su lugar, pero con un poco más de ilusión.

El tiempo pasaba rápidamente. Pasaban las semanas y los meses sin que Denis apenas reparara en ello, pero si se ponía a pensar sentía que el tiempo corría y los acontecimientos no, Jérôme seguía convaleciente, Bérénice en el colegio, Corinne, que cada día le parecía más guapa, no le hacía ningún caso y don Jean Claude empezaba a ponerse nervioso y a presionarle por la falta de resultados con respecto a la búsqueda del Jantung.

Volvió a Lens en dos ocasiones más, la gitana le contó que vivía en la casa de un buen amigo y de su nieto, escondida por miedo a que algún vecino conocedor de su origen húngaro decidiera pagar con ella los sinsabores de la guerra, pero no le dio ninguna información nueva sobre los paraderos de Martin ni de la semilla.

Cuando Denis se quiso dar cuenta había llegado la primavera.

## Capítulo V

22 de julio de 2017

*Hemos conseguido que Alba se quedara con nosotros quince días más, pero se acabó, sus padres la reclaman. Mañana la acompañaremos hasta el tren que la llevará de vuelta a Madrid y yo me quedaré sola en esta casa, completamente aburrida y sin saber cómo termina el diario de Denis, el cual, por cierto, seguimos sin saber quién es. Estoy enfadada con el mundo, encima me va a tocar aguantar todos los días al imbécil de Miguel y el hermano de Andrés sigue ignorándome completamente. Aunque debo ser sincera conmigo misma, el verano no está resultando tan mal, estos chicos son divertidos y también mi padre es más divertido de lo que yo pensaba. Mi madre nunca habla de él, me pregunto cómo sería mi vida si hubieran seguido juntos, yo habría podido tener hermanos y no me sentiría tan sola como me siento algunas veces. Alba tiene muchos hermanos, son cinco contándola a ella, le pasa todo lo contrario que a mí, yo a veces me quejo por ser hija única y no tener con quien compartir mis cosas, mis padres o mi casa, y ella se queja porque tiene que compartirlo todo, dice que sus padres no dan abasto para atenderles a todos por igual y que a veces tiene la impresión de que la olvidan, como ella es la del medio no es tan importante como los hermanos mayores, ni tan mimada como los pequeños. Dice que por eso le gusta tanto estar aquí, porque comparte su tiempo solo conmigo y cree que mi padre está mucho más pendiente de nosotras de lo que lo están los suyos. A mí también me gusta estar con ella, tenemos que hacer todo lo*

*posible para que la dejen volver. Estoy segura de que podremos convencer a nuestros padres.*

*Y hablando de padres... me gustaría hacer algo para arreglar la historia de mis padres. Todavía tengo tiempo de pensar alguna estrategia, que queda mucho verano por delante.*

23 de abril de 1917

*La batalla ha llegado hasta la ciudad de Arrás. Hace tres años que empezó esta guerra y no se está produciendo ninguna evolución, los alemanes atrincherados en los puestos que tomaron hace ya tiempo, los aliados lo mismo y nadie avanza, nadie gana, todos pierden.*

*Pero en las dos últimas semanas la ofensiva aérea está bombardeando las calles que ya están destrozadas, llenas de edificios rotos, polvo y barro, hay soldados británicos y canadienses en cada rincón, es muy difícil ver a un hombre sin uniforme.*

*Esto se está poniendo muy feo, ahora es mucho más peligroso estar aquí.*

## FRANCIA - 1917

La batalla de Arrás continuaba y la ciudad se hallaba destrozada. Muchos de los edificios se habían convertido en ruinas y escombros, hasta la torre del campanario en Plaza de los Héroeos había desaparecido casi por completo.

Una mañana un bombardeo derribó varias casas en la misma calle por la que pasaba Denis.

Denis trató de protegerse de las bombas, echó a correr sin rumbo, pero el derrumbamiento de una de las casas le alcanzó en la cabeza y en una pierna. Al volver la calma le recogieron los voluntarios de la Cruz Roja, que le llevaron a un hospital de campaña del cual no pudo moverse durante siete días.

Cuando por fin se levantó lo primero que hizo fue ir a casa de monsieur Destón, tenía muchas ganas de ver a su hermano y contarle lo que le había

sucedido, pensaba que debía de estar muy preocupado por él.

Al llegar allí, encontró que la casa ya no estaba. La calle había sido atacada, algunos edificios se mantenían en pie, pero apuntalados para evitar que acabaran por caerse totalmente, a otros les faltaba una parte de la fachada o del tejado.

A la casa de *monsieur* Destón una bomba le había dado de pleno, pulverizando toda la parte derecha de la casa y dañando la estructura de forma que solamente se mantenían en pie algunos tabiques sin tejado. La calle estaba desierta, casi por completo, salvo por algunas personas buscando entre los escombros de sus casas los objetos que se hubieran podido salvar de los ataques, pero en lo que quedaba de la casa de *monsieur* Destón no había nadie, era imposible buscar nada porque si hubiera quedado algo estaría enterrado entre los restos de tabiques, cornisas y tejado.

Denis cayó de rodillas frente al lugar donde antes estaba la casa, se quedó paralizado mirándolo durante un instante. Pensó que si alguien estaba dentro cuando la bomba cayó, no habría sobrevivido. Sabía que Jérôme no salía nunca de esa casa, después de tanto tiempo todavía permanecía convaleciente y aún hacía frío para salir en su estado. Pensó que su hermano había muerto por su culpa, por no haber dedicado más empeño en encontrar lo que ya hacía tiempo le podía haber curado completamente. Se agarró la cabeza con las manos y se dobló por la cintura poniendo la frente en el suelo.

Se sintió tan triste como culpable, no cesaba de repetirse que, si hubiera encontrado ya el Jantung, Jérôme ya se habría recuperado totalmente y no habría tenido la necesidad de permanecer encerrado tanto tiempo. Se puso a llorar con desesperación como un niño huérfano. Como el niño que hasta ese momento todavía era.

De pronto alguien le agarró con fuerza por el hombro y le incorporó de un tirón.

—¿Se puede saber dónde te habías metido, enano? —Denis reconoció inmediatamente la voz de su hermano Jérôme.



—¿Enano yo? ¡Pero si te saco un palmo! —Denis y Jérôme se abrazaron con toda la fuerza que les quedaba.

—Serás más alto que yo, pero lloras como una nena —dijo Jérôme en tono jocoso.

—¡Pensé que estabas muerto, hermano! ¡Creía que estarías dentro de la casa cuando la bombardearon!

—Pues ya ves que no, estoy perfectamente y casi entero, solo me falta un pulmón y con el que me queda me llega suficiente aire como para vivir hecho un toro.

Los dos hermanos se rieron. La felicidad inundó el corazón de Denis igual que un momento antes lo había hecho la tristeza.

Jérôme empezó con la rutina de ir hasta el alojamiento de Denis en el momento en que dejó de tener noticias suyas, ese fue el motivo por el cual no estaba en la casa cuando la bomba la derribó. Todas las mañanas se acercaba hasta la pensión en la que vivía su hermano, pero allí siempre le daban la misma respuesta: «¡No! Esta noche tampoco ha venido a dormir».

Después del bombardeo en la casa de don Jean Claude, Jérôme permaneció varios días en la calle, recorría Arrás con la esperanza de encontrarle. Luego volvía a la rue du Deversois y se refugiaba del frío entre las ruinas de alguna de las casas que todavía mantenían el tejado.

—¿Qué ha pasado con los habitantes de la casa? —preguntó Denis.

—Jean Claude ha muerto. Estaba dentro cuando cayó la bomba, también ha muerto la cocinera. Corinne está bien, sé que te gusta, aunque te da vergüenza preguntarme directamente por ella. ¡Y yo, ya me ves!... Llevaba días buscándote, me fui cuando los bombardeos se intensificaron y de repente dejé de saber de ti, tuve que salir a buscarte, no podía estar tranquilo sin saber que estaba pasando contigo. Se puede decir que me has salvado la vida.

—¿Qué sabes de Bérénice? Tenemos que ir Sainte Catherine, hay que averiguar si está bien —dijo Denis que de pronto recordó a su hermana.

—¡No, tranquilo! No va a ser necesario. Se han llevado a los niños a otro

hogar de la congregación en Suiza. Sor Piedad cuidará de ella, estará bien — dijo Jérôme—. Escúchame, hermano ¿recuerdas cuando de niños sor Piedad nos hablaba en español? Ella se sentía cómoda hablando su lengua y nosotros lo aprendimos bien, aunque no le veíamos otro sentido que no fuera para conquistar a alguna chica haciéndonos pasar por españoles, ¿recuerdas? — dijo Jérôme.

—Pues claro, ¿cómo iba a olvidarlo?

—Bien, pues ahora, además de deslumbrar a las chicas, le vamos a dar al idioma otra utilidad.

—¿Qué estas tramando? —preguntó Denis.

—Venga, vamos hasta la casa esa donde vives, a ver si con un poco de suerte sigue en pie y podemos recoger tus cosas. Mañana mismo nos marchamos de aquí. Vamos a salir de esta guerra —respondió Jérôme.

—¿Nos vamos? ¿A dónde?

—¿Dónde va ser?... A España.

## Capítulo VI

31 de julio de 2017

*El primer mes del verano se acaba hoy. He tenido muchas experiencias durante este tiempo, he conocido un poco más a mi padre y tengo nuevos amigos, no me puedo quejar.*

*Pero hay varias cosas que me tienen preocupada, aunque lo más importante es el curso, claro. Si aprobara todo, pasaría a primero de Bachillerato, casi todos mis compañeros de clase van a pasar y yo me siento como una torpe. Ahora lo pienso y no entiendo cómo he podido dejar que esto ocurriera, perder el curso así. La profesora que me ha buscado mi padre es bastante buena y no cobra mucho por las clases, si estuviera en Madrid cobraría por lo menos el doble. Me alegra eso porque no sé cómo está su situación económica después de que le despidieran y mamá tampoco está para muchas fiestas. Papá dice que no debo preocuparme por eso porque le han dado una indemnización y ahora con el nuevo trabajo en el bar puede pagar eso, el arreglo de la casa y hasta unas vacaciones. Dice que si apruebo todo, antes de empezar el curso, podemos hacer una escapada los dos. ¡Ay, qué presión! No me gustaría defraudarle, pero tampoco irme de vacaciones con él sola me apetece mucho, si ya voy a pasar aquí dos meses, no necesito más.*

2 de agosto de 2017

*Hoy he ido a la piscina con los chicos como casi todos los días y Leo me ha*

*preguntado por Alba durante toda la tarde: ¿qué hace en Madrid?, ¿sale con algún chico allí?, ¿cómo es su familia? Me tiene frita con tanta pregunta. Ya nos hemos enterado todos de que le gusta, pero por lo menos se podía esforzar un poco en disimular. No sé si estos dos hablarán porque se dieron los teléfonos, pero ni Leo ni Alba me han dicho nada de eso. Si no han hablado, Leo se va a llevar una sorpresa, porque he estado convenciendo a papá para que la dejara volver con la excusa de que necesitamos traducir lo que queda de los cuadernos de Denis y ha dicho que por él no hay problema y Alba me ha dicho que sus padres la dejan, asique dentro de quince días va a venir para pasar aquí el final del mes de agosto.*

8 de agosto de 2017

*No he podido esperar a que vuelva Alba y he descargado en mi móvil una aplicación de traductor automático. He metido algunos párrafos y lo que he averiguado es que bombardearon la ciudad en la que vivían los hermanos y Jérôme quiere salir de Francia y venirse a España con Denis. Esa puede ser la explicación de que los cuadernos estén aquí. Esa o que se los robaran por el camino o los perdiera y de alguna manera llegaran hasta esta casa. ¡A saber! Estoy deseando que vuelva Alba para que continúe ella haciendo una traducción en condiciones, porque así es un rollo.*

Miguel iba a buscar a Laura todos los días desde que Alba se fue, la recogía en casa y después se juntaban con el resto de los amigos, pero una tarde tuvo una idea y propuso a Laura hacer algo diferente los dos solos.

En el pueblo había un antiguo palacio, en su momento perteneció a una familia aristocrática, los marqueses de Villasanco, que tenían casas y palacios en diferentes puntos de España. Pero una terrible desgracia acabó con todos los miembros de esa familia y desde entonces el palacio se encontraba abandonado.

Los chicos del pueblo, desde pequeños solían colarse por alguna de las ventanas que con el tiempo habían ido perdiendo fuerza en cerraduras y

cerrojos.

Para llegar hasta el edificio principal había que atravesar lo que en su momento fue un magnífico jardín, con todo tipo de flores y estatuas en mármol, algunas de las cuales había realizado el bisabuelo de Laura.

En el interior no había apenas muebles, todo lo de valor se lo habían llevado ya los rateros o algún familiar lejano de los marqueses que en algún momento pasara por allí.

A Laura la encantó la idea de visitar el palacio, así que en cuanto Miguel se lo propuso aceptó sin dilación. Recordó a Alba y le brotó una sonrisa, sabía que a su amiga no le gustaban nada ese tipo de aventuras y pensó que era un buen momento para ir, ahora que Alba estaba en Madrid porque en cuanto volviera seguramente no estaría de acuerdo con ese plan.

Laura y Miguel entraron en el palacio por la puerta principal, no tuvieron más que empujar un poco y la puerta cedió.

El recibidor era enorme. Una gran lámpara de araña colgaba del techo y frente a la puerta una escalera ancha, con aspecto de ser fácil de subir, parecía invitar a los chicos a hacerlo.

Miguel se dirigió a las ventanas y abrió para que entrara más luz. Subieron al piso de arriba, a una estancia que parecía un salón de baile. Todavía se conservaban algunos cuadros colgados en las paredes, retratos de familia, señores con bigote o señoras muy encopetadas. Parecía que los antepasados de los marqueses estaban ahí para vigilar a los intrusos que tuvieran la osadía de entrar sin permiso.

—¡Vaya mansión, ¿no?! —dijo Laura.

—Bueno, te dije que te iba a traer a un palacio. Pues aquí estamos, todo para ti —dijo Miguel.

—Qué bien te ha quedado la frasecita, no sabía que podías llegar a ser amable.

—¡A ver! Es una forma de hablar. No es que pretenda ser amable contigo ni mucho menos —respondió Miguel.

—Ya me extrañaba a mí —dijo Laura acompañando la frase con una dulce risa.

Los chicos continuaron su inspección por el palacio, primero por toda la parte de arriba, llegaron hasta los dormitorios de los señores. Todavía se conservaban algunos muebles y objetos personales, probablemente los que no tenían apenas ningún valor.

—¿Qué pasó con estas personas? —preguntó Laura—. Yo no me acuerdo de su historia. Recuerdo que desde que era pequeña mi abuelo hablaba del palacio y de los marqueses, que antiguamente pasaban temporadas aquí, pero no recuerdo que me contara nunca nada de sus muertes.

—Pasó hace mucho tiempo, pero yo sí conozco la historia que se contaba —dijo Miguel.

—Pues cuéntamela —increpó Laura.

—No eran buena gente. Dicen que el marqués pegaba a la marquesa con un cinturón.

—¿En serio? ¿Eso también pasaba en la gente tan rica?

—Claro que sí. ¿Qué pensabas? —respondió Miguel.

—¡Qué horror! —exclamó Laura escandalizada.

—La cuestión es que al parecer una de las hijas estaba enamorada del encargado de la finca, pero era un hombre casado y fiel a su mujer por lo que la hija, que estaba acostumbrada a tener siempre todos los caprichos, se amargaba sintiéndose rechazada una y otra vez.

—¿Y qué pasó?

—La marquesa quería despedirle para poner fin al asunto, pero el marqués no quería ni oír hablar de eso. Para el marqués el encargado era imprescindible, además sabía demasiado de sus andanzas y de su mala vida y temía que si le despedía pudiera irse de la lengua. El marqués estaba metido en asuntos muy turbios, incluso parece que financió ciertas actividades políticas que ocurrieron en España por aquella época, dicen que un golpe de Estado o algo así. El caso es que el hombre sabía demasiado para ser

despedido.

Laura escuchaba atentamente a Miguel. Nunca había reparado en el tono de su voz, ni en su forma de hablar. Tenía un tono grave para ser tan joven, por un momento se le pasó por la cabeza la idea de que era un chico interesante, pero enseguida apartó ese pensamiento y se concentró en el relato de los marqueses de Villasancho.

—¡Sigue! No te hagas el interesante y termina la historia.

—Un día la marquesa le pidió al encargado que cambiara una bombilla fundida en una lámpara de techo.

—¿Una bombilla fundida? ¿Ya había luz eléctrica en ese momento? —preguntó Laura.

—En el palacio sí. En otras casas del pueblo no lo creo, puede que en alguna pero no estoy seguro —respondió Miguel.

—¿Y qué pasó? —volvió a preguntar Laura.

—Dicen que...—En ese momento Miguel se quedó callado, mirando de reojo a la lámpara de la habitación en la que estaban y mostrando una sonrisa socarrona—. Mejor no te lo cuento, no vayas a tener pesadillas esta noche. ¡Anda! Vámonos que se nos está haciendo un poco tarde.

Laura cogió del brazo a Miguel que se disponía a salir de la habitación y tiró de él acercándole hacia ella.

—¡No, no, no! ¡Ni hablar! ¡Cuéntame lo que pasó! Si no, no te mueves de aquí —afirmó Laura.

—El encargado cogió una escalera y se puso a cambiar la bombilla justo aquí, donde estamos nosotros ahora —continuó Miguel—. Dicen que la marquesa había preparado los cables para que quedaran desprotegidos y en el momento en que el hombre estaba sujetando la lámpara, dio a la llave de la luz para que se electrocutara.

—¿Y lo mató? —preguntó Laura con expectación.

—Sí, el hombre recibió una descarga que le quemó por dentro, además salió despedido de la escalera y se golpeó con la pared.

—¡No sé para qué me cuentas esas cosas! ¡Qué desagradable puedes llegar a ser! —dijo Laura.

—¿Será posible? Te dije que no te lo quería contar. Tú me has obligado a hacerlo, pues no te quejes ahora.

—Claro, porque una vez que has empezado no podías dejarlo a medias. Pero la culpa es tuya por haberme traído aquí.

—¡Mira, déjalo! Vámonos, se me está haciendo tarde —dijo Miguel con evidente desagrado.

De repente un fuerte golpe sonó en el piso de abajo asustando a Laura, que corrió hacia Miguel abrazándose a él con todas sus fuerzas.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

Miguel soltó una carcajada.

—Ahora no pareces tan valiente como en la cueva con los murciélagos.

—Una cosa son los animales y otra muy distinta esto.

—Esto no es más que el viento que ha cerrado una de las contraventanas, nos hemos dejado la puerta abierta y hay corriente. Anda vámonos ya.

—¿No me vas a contar lo que pasó con los marqueses? ¿Y cuál fue la desgracia que acabó con todos ellos? —preguntó Laura.

—¡Claro que no! —dijo Miguel—. Ya no te cuento nada más.



## Capítulo VII

13 de mayo de 1917

*Hace muchos días que salimos de Arrás, no entiendo como Jérôme tiene fuerzas para seguir este camino. Algunas veces conseguimos colarnos en algún tren, pero la mayoría de los días caminamos y caminamos y parece que el camino nunca acaba.*

*Cada vez veo más lejano nuestro objetivo: llegar a España.*

18 de mayo de 117

*Parece que hace una eternidad desde que dejamos atrás Paris, los días que pasamos allí han sido lo más divertido de este viaje. Durante ese tiempo pensé que no había guerra y estábamos viviendo una aventura.*

## FRANCIA – 1917

Cuando Jérôme decidió que era hora de marcharse, podía haber optado por dirigirse a Suiza, estaba más cerca geográficamente y allí se encontraba Bérénice, pero pensó que lo que debían de hacer era ir a España. La gitana le había dicho a su hermano que Martin fue hasta Zaragoza y tenía sentido que así fuera, probablemente también él hizo sus averiguaciones y encontró alguna información que le llevó hasta esa ciudad, en la cual comenzó a darse a conocer la leyenda. Querían encontrarle, tanto a su padre como al Jantung. Jérôme pensaba que cuando hallaran a su padre, este podría explicarles

muchas cosas y que tenían que seguir la única pista.

Entrar en España no fue difícil para los dos hermanos. El rey Alfonso XIII, aunque políticamente neutral, sentía más afinidad hacia el bando de los aliados y elaboró una campaña de ayuda humanitaria para refugiar a los afectados por la guerra. El problema fue atravesar Francia, a pesar de que los ataques a las ciudades o a los civiles no eran una práctica habitual durante la Primera Guerra Mundial, en algunos lugares se daba. Además, podían meterse en un campo de batalla si se desviaban del camino.

Algunos días los pasaron enteros escondidos en lo que habían sido trincheras, todavía había restos de los soldados que habían vivido y muerto en ellas.

En algunas poblaciones por las que pasaron, fueron sorprendidos por batallones, pero siempre se las arreglaban para no ser vistos. Incluso huían de sus propios compatriotas que podían tomarles por desertores. Jérôme tenía un documento que confirmaba su exención del ejército por haber sido herido en Verdún, pero el caso de Denis podía dar lugar a dudas, a pesar de que era todavía muy joven.

Era una aventura peligrosa, pero Jérôme sabía muy bien cómo funcionaban las cosas y que Denis no podía permanecer en el país por más tiempo o acabaría siendo reclutado. Eso es el mejor de los casos, porque también existía la posibilidad de que acabaran siendo ambos, víctimas de una bomba el día menos pensado.

A medida que avanzaban hacia el sur, la lluvia y la bruma se intensificaban. La noche se les echaba encima y tuvieron que buscar un refugio para dormir un poco y secar sus ropas empapadas.

A pocos metros de donde se encontraban se divisaban un conjunto de casitas blancas con flores en las ventanas y en medio de lo que parecía ser un caserío, una pequeña torre coronada por una cruz. Si no encontraban nada mejor, una iglesia sería un buen sitio para refugiarse.

Se acercaron con sigilo, como venían haciendo desde que salieron de Arrás

y en el trayecto encontraron un refugio mucho mejor que la iglesia. Un pajar y justo al lado un corral lleno de ovejas y gallinas, en los tiempos que corrían que alguien pudiera mantener ese rebaño era un lujo.

No lo dudaron, se escondieron entre la paja y allí pasaron la noche, secos y calientes. Pensaron matar un cordero, pero no podían asarlo, si encendían un fuego todo el poblado se enteraría de que estaban allí y de que les habían robado y no saldrían vivos de esta. Sin embargo, meter un pollo en el morral y llevárselo para asar más adelante era otra cosa.

La mañana llegó, pero la lluvia y la bruma no cesaron. Denis y Jérôme salieron del pajar tal y como habían entrado sin que nadie se percatara de que estaban allí, cuando inesperadamente oyeron una voz que les estremeció. Venía de la plaza que formaban las casas alrededor de la iglesia. Una cuadrilla de alemanes había cogido prisioneros a los hombres del caserío. Les habían atado las manos a la espalda y les empujaban y daban patadas haciéndoles avanzar hacia un camión.

Los dos hermanos podían ver perfectamente lo que estaba pasando desde el lugar en el que se encontraban. Las mujeres y los niños estaban también en la calle observando con horror cómo los alemanes golpeaban a sus hombres y cómo saqueaban las casas y los corrales. No tardarían en llegar hasta el pajar en el que se encontraban los dos hermanos y no había salía, en cuanto dieran un solo paso más les descubrirían.

Los alemanes seguían gritando, ni los hermanos, ni probablemente ninguno de los habitantes del caserío entendían lo que decían, pero lo podían imaginar.

De repente se abrió la puerta de la iglesia y de ella salieron dos hombres armados con rifles. Se pusieron a disparar a los soldados alemanes alcanzando a varios que cayeron al suelo desplomados. El resto de los alemanes comenzaron a disparar indiscriminadamente a las gentes del poblado. Jérôme y Denis vieron su oportunidad y salieron corriendo de allí, hasta llegar a un lugar en el que se sintieron seguros.

Cuando por fin pudieron parar, vieron que tenían ante sus ojos una enorme

montaña. Habían conseguido llegar hasta los Pirineos.

## II

### Montejalón (Norte de España) 1917

*María tuvo una infancia feliz mientras vivió su padre. Tenía un hermano mayor y vivían en una de las casas más grandes del pueblo, propiedad de la familia de doña Lucía, su madre, aunque conseguían sacarla adelante gracias al trabajo de don Bernardo, su padre.*

*Doña Lucía procedía de familia adinerada, pero entre que a unos les gustaba beber, que a otros les gustaba jugar y más vicios inconfesables, fueron dilapidando la fortuna familiar, hasta que don Bernardo se hizo cargo de la casa.*

*Pero un día, don Bernardo se cayó de un manzano con tan mala suerte que se golpeó la cabeza y se mató, María estaba con él, quería una manzana y su padre habría hecho todo lo que ella le hubiera pedido para complacer a su duende de ojos verdes, como él la llamaba. María no tenía más de ocho años, pero trató de levantar a su padre con todas sus fuerzas. Como no pudo corrió y corrió hasta llegar a su casa para avisar a su madre. Cuando esta llegó al lugar donde yacía su marido y entendió lo ocurrido, una nube de odio invadió todo su ser culpando a María del accidente.*

*De repente todo cambió, doña Lucía tuvo que ponerse a trabajar, cosía los encargos que le hacían y la contrataron de planchadora en el hotel que había en el pueblo, pero su sueldo no daba para mucho, por lo que unos tíos*

*se llevaron al hermano de María a Madrid con el fin de hacer de él un hombre de provecho.*

*La gran casa tuvo que ser vendida y María y doña Lucía se mudaron a una mucho más pequeña, con un pequeño huerto en lugar del jardín, una cuadra dentro de la propia casa en lugar de las caballerizas y un par de cubos para el agua en lugar de la elegante bañera de hierro esmaltado. Doña Lucía dejó de llamarse doña Lucía y paso a ser simplemente «Lucía la planchadora». En muy poco tiempo María perdió a su padre, su casa, su hermano y por supuesto a su madre que nunca más la volvió a mirar.*

*La vida de María transcurrió duramente a partir de ese momento, todo eran escaseces y sobre todo y lo más importante, la escasez de cariño.*

*Don Bernardo le había enseñado a leer y a ella siempre le gustó, pero a partir de la muerte de este, tenía que hacerlo a escondidas de su madre. Un día la sorprendió leyendo en lugar de remendar una camisa como le había ordenado, (a veces le gustaba desafiarla, llamar su atención de la forma que fuera y desobedecer era una forma más). Doña Lucía le arrebató el libro y lo tiró a la chimenea directamente y sin contemplaciones. Ella trató de recuperarlo, era un regalo de su padre. Se quemó las manos, pero su madre la apartó del fuego con un bofetón. Se quedó con sus manos quemadas y con el bofetón que le dio su madre, pero sin el libro.*

*Desde ese día se cuidó mucho de que no la volviera a sorprender leyendo, aunque no dejó de desafiarla. Una vez se atrevió a decirle que la comida que había cocinado era una porquería, María lo único que quería era que la mirara, pero lo más que podía conseguir era que la encerrara en el sótano, a oscuras y sin comer como ese día en cuestión. Por más que lo intentaba no lograba verle los ojos.*

## Capítulo VIII

12 de agosto de 2017

*Desde el otro día cuando estuve con Miguel en el palacio de los marqueses me he estado preguntando cuántas historias encerrarán las casas de este pueblo, algunas de ellas muy duras, como lo que me estuvo contando Miguel acerca de estas personas; otras seguramente mucho más divertidas.*

*Me pregunto cómo sería la vida de mis antepasados aquí, de los abuelos de mi padre de los que tan poco sabemos. Ojalá se pudiera viajar en el tiempo y verlo todo como un espectador, saber si eran guapos, feos, si hablaban con cultura y si se divertían o sufrían penalidades. ¿Serían felices? ¿Se amarían?*

## ESPAÑA - 1917

—No es niebla. Lo parece, pero no lo es. Es vapor. La temperatura del lago es, por lo menos, cuarenta veces superior a la temperatura del aire, dicen que hay un volcán en constante ebullición bajo las aguas y que el día menos pensado explotará y enterrará a todos los habitantes de este pueblo y sus alrededores. El contraste con el frío de este febrero hace que el vapor se convierta en bruma espesa.

Ramón trataba de explicar a María en qué consistían las peculiaridades del paisaje de su tierra. A Ramón le gustaba llamar su atención y a veces contaba historias fantásticas para asustarla, pero en este caso no era una fantasía, el

lago termal y sus alrededores era realmente un lugar hermoso, aunque el frío del invierno no permitía pensar en la belleza, solo en resguardarse y salir de aquel paraje cuanto antes.

—¿Quieres meterte en el lago? —preguntó Ramón—. Darse un baño en estas aguas calientes es una sensación reconfortante. Lo peor es cuando tienes que salir, pero será rápido, iremos deprisa hasta mi casa y allí nos secaremos bien junto al fuego de la chimenea.

A María no le hacía ninguna gracia la idea de quitarse la ropa y meterse al lago con el frío que hacía, pensaba que era una idea desagradable, pero lo hizo, no quería contradecir a Ramón. Al instante se alegró de haberlo hecho, el calor del agua estimuló sus sentidos y de pronto se dio cuenta de todas las maravillas que rodeaban al lago.

Ramón y Amparo eran los mejores amigos de María. Gracias a ellos pasaba sus días con alegría, siempre tenían alguna idea para hacerla reír.

Una vez Ramón le regaló un cachorro. Era un cruce de razas indefinidas, pero de pequeño era tan peludo y suave que María no se pudo resistir a llevárselo. Ramón le dijo que si ella no lo quería probablemente acabaría ahogado en el río dentro de un saco. Así que se las arregló como pudo para criarle y mantenerle al margen de su madre. Doña Lucía, no consentía que un animal entrara en las habitaciones de su casa, pero no dijo nada con respecto a las cuadras ni al corral y mientras no le viera mucho y no la molestara, el cachorro estaría a salvo, por lo que María le preparó allí su alojamiento. Más de una noche sacrificó el confort de su cama con colchón de lana por estar en la cuadra junto a su perro.

—¡Bonito perro! ¿Cómo se llama? —preguntó don Ignacio a María en cierta ocasión.

—Tristán—respondió ella.

—¿Tristán? Qué curioso nombre. ¿De dónde lo has sacado?

—De un libro: *Tristán e Isolda* se titula.

—¿Pero tú sabes leer?



—¡Sí, señor! Me enseñó mi padre y dejó muchos libros en casa cuando murió.

—¡Qué guapa estás cuando te peinas las trenzas!

—Muchas gracias, don Ignacio —respondió María al halago inesperado, pero ni a Amparo, que la acompañaba en ese momento, ni a Tristán, pareció gustarles es repentino cambio de tercio que tomó la conversación. Tristán, que ya pesaba más de cuarenta kilos, modificó su postura relajada y se colocó delante de María, formando una barrera entre ella y don Ignacio, el cual no sentía demasiada simpatía por los perros, por lo que decidió alejarse.

—No entiendo por qué le respondes siquiera —dijo Amparo cuando don Ignacio se dio la vuelta y ya no podía escucharla.

—Pues no lo sé, supongo que por educación —respondió María—. Lo cierto es que asusta un poco la forma que tiene de mirarme, pero mi madre siempre me dice que procure ser amable con él.

—Yo creo que no deberías hacerle mucho caso a tu madre, no te trata bien y deberías hacerte respetar.

—¿Hacerme respetar por mi madre? ¿Dónde se ha visto eso? Las madres son las que mandan y a mí me ha tocado una muy mandona.

María había tenido que madurar muy deprisa, las circunstancias en su casa así lo requerían. Su madre vivía en una constante amargura desde que perdió a su marido y su hijo mayor, su favorito y el bien máspreciado para ella, se había marchado del pueblo en busca de una vida mejor.

María pagaba los sinsabores de su madre con mucha frecuencia. Trabajaba duramente y no tenía demasiado tiempo para sociabilizarse con las chicas de su edad, pero aun así tenía buenas amistades, sobre todo Amparo.

—Hoy te espera un trabajo diferente —increpó doña Lucía a su hija—: la Matilde, la mujer del Severo, se encuentra enferma. Ha venido el Severo a decirme si podemos hacer nosotras el trabajo de su mujer, porque tiene que seguir con lo suyo. Nos pagará bien. Le he dicho que tú lo harás.

—¿Y qué trabajo es ese, madre? Que yo sepa, la Matilde se dedica a cuidar

sus campos y a arar con los bueyes.

—Así es, eso es lo que vas a hacer tu hoy —respondió la madre.

—¡Pero madre! No sé cómo hacerlo, además no puedo ponerme delante de un buey, podría embestirme y matarme.

—No digas tonterías niña y vete, que ya vas tarde.

María creía que no tenía otra alternativa en la vida que no fuera obedecer a su madre, siempre que había intentado lo contrario había salido mal parada, pero tenía miedo de los bueyes. Aun así, fue; intentó hacer el trabajo tal como el Severo le explicó, pero fue incapaz, pasó todo el día aterrada, cada vez que uno de los bueyes la miraba, ella cerraba los ojos y pensaba que había llegado su final.

Cuando el Severo volvió se dio cuenta de la situación, y de que el trabajo no había avanzado nada. El hombre prefirió no darle importancia y le pago lo estipulado, no quería ser responsable de la furia de doña Lucía hacia su hija, bien sabida por el resto del pueblo.

Los días pasaban despacio y tranquilos en los pueblos de España por esa época, si bien en las ciudades había tensión política y se oía hablar de lo que ocurría en el resto de Europa pero las calamidades no llegaban hasta Montejalón. Si no hubiera sido por la dureza de su madre, María, siempre acompañada por sus inseparables amigos habría tenido una vida feliz.

—Tengo un regalo para ti, preciosa —dijo Ramón.

—¿Otro? ¿Qué es esta vez?

—¡Mira lo que he encontrado! —Ramón puso sobre las manos de María un pequeño gazapo que había encontrado en el monte.

—¡Oh! ¡Qué bonito! ¿Pero dónde pretendes que lo meta? ¿No te parece que mi madre ya ha tenido bastante con Tristán? A ver qué hago yo con el ahora. —María no pudo resistirse y se llevó la cría de conejo a su casa. Hizo lo mismo que había hecho con Tristán, le preparó un refugio en las cuadras sin decir nada a su madre.

A medida que pasaban los meses el pequeño gazapo crecía hasta que se

convirtió en un robusto conejo, María le puso como nombre Fermín y le mantuvo escondido en la cuadra entre paja, a salvo de las inclemencias del frío.

Un domingo, María, salió con sus amigos después de misa, había tenido una dura semana de trabajo y dio por sentado que merecía un respiro. Caminaron hasta el pueblo de al lado, allí encontraron a unos conocidos de Ramón, con los que se juntaron y se les fue la noción del tiempo. Los paisanos les invitaron a un vino y después a otro. María no estaba acostumbrada y el efecto que le produjo le resultó tremendamente divertido, pero Ramón consideró que no estaba en condiciones de presentarse delante de su madre, conociendo a doña Lucía, supuso que tomaría represalias contra ella si llegaba a casa así. Optaron por esperar un poco hasta que María estuviera despejada. Cuando quisieron darse cuenta era casi de noche.

María abrió la puerta de su casa temerosa de lo que iba a encontrar, pensó que su madre la esperaría con una escoba en la mano dándole escobazos o tal vez con la zapatilla. Pero para su sorpresa, doña Lucía había preparado la cena y esperaba la llegada de su hija sentada a la mesa, en silencio y muy seria como era su costumbre.

—Siéntate a la mesa, la cena se está enfriando —dijo doña Lucía.

—Sí, madre —respondió María mostrando obediencia y esperando algún comentario de su madre o una palabra de reproche, pero en ningún momento llegó.

—¡Qué bien huele la cena que ha preparado, madre! ¿Qué es?

—Come y calla —dijo doña Lucía con la antipatía que la caracterizaba.

María cogió un trozo de carne y lo metió en su boca, pero no reconoció el sabor.

—¿Es pollo? No sabe como siempre.

Su madre siguió comiendo sin responder, con la mirada perdida en el plato.

—¡No me gusta el sabor! ¿Qué es esto madre? —insistió María en un tono mucho más tajante.

Al no obtener respuesta, se levantó de la mesa y bajó corriendo hasta el corral en busca de Fermín, pero cuando llegó encontró la jaula vacía. Enseguida comprendió que doña Lucía no iba a perdonar tan fácilmente su retraso de varias horas después de misa y había elaborado su castigo, esta vez a costa de Fermín.

23 de mayo de 1917

*Hoy por fin hemos llegado a Zaragoza. El sol me ha golpeado la cara en cuanto he puesto un pie en el andén, hemos conseguido salir del infierno, aunque en algún momento pensé que sería imposible llegar hasta los Pirineos. Nos ha llevado casi un mes atravesar Francia, pero ha merecido la pena. Aquí la gente se ríe y hablan en voz muy alta llamando a los familiares al bajar del tren, hacía tiempo que no veía a la gente reír en la calle.*

*Pobre Bérénice, me hubiera gustado que ella hubiera estado aquí con nosotros, pero ha llegado el momento de tomarnos en serio la misión que nos ha sido encomendada y ella es una niña aún.*

*Ahora, con Jérôme recuperado, todo va a ser diferente. Seguro que los dos juntos encontramos a nuestro padre y que él nos mostrara el paradero del Jantung.*

## ESPAÑA - 1917

A medida que los días pasaban, los dos hermanos se iban acostumbrando a España, su clima, su idioma y sus gentes y poco a poco se fueron sintiendo felices con su nueva vida. Zaragoza era una ciudad acogedora y bonita, con un gran patrimonio arquitectónico por lo que Denis, amante del arte, disfrutaba paseando, contemplando el Pilar, la Aljafería y cada calle bañada por el sol.

Visitaron la Seo con la intención de conocer algo más acerca de Pedro Arbúes. Enseguida dieron con la capilla en la que se hallaba la tumba del inquisidor, justo a la derecha del altar mayor, delante del cual había sido asesinado. Observaron con detenimiento cada inscripción y cada detalle.

Tras varios intentos preguntando a todo aquel que parecía tener relación con la catedral, conocieron a don José, un fraile con la nariz muy roja y cara de que le gustaba el vino para algo más que la comunión. Les contó que unos años atrás, otro francés, un minero del norte de Francia concretamente, anduvo indagando por allí y fue a preguntarle lo mismo que le estaban preguntando ellos. Tanto Jérôme como Denis pensaron inmediatamente que el francés del que hablaba el fraile se trataba de su padre, y que el destino les había llevado a conocer, exactamente, a la misma persona que Martin conoció cuando estuvo en el lugar en el que ellos se encontraban en ese momento.

El fraile, les dijo que al principio le resultó extraño que un extranjero y con aspecto humilde, necesitara esa información acerca de un suceso que ocurrió tantos años atrás y que se sintió un poco receloso hacia él. Creyó que tal vez era un loco o por lo menos un personaje un tanto extraño, pero después acabaron haciéndose grandes amigos, tuvo la ocasión de conocerle y descubrir que era una gran persona. Los dos chicos se sintieron orgullosos de los comentarios que el fraile hacía sobre Martin, aun sin saber que estaba hablando con los hijos de este. Les contó que aquel francés a veces le acompañaba por los pueblos de los alrededores en busca de dádivas para los pobres y que en una ocasión le llegó a salvar la vida.

—En julio de 1909 tuvo lugar una revuelta en Barcelona conocida como «la semana trágica» —les explicó don José—. Los altercados alcanzaron también a otras ciudades de España, entre ellas Zaragoza, en cuya estación de ferrocarril nos encontrábamos Martin y yo cuando estalló una trifulca. Al verme vestido de fraile, un grupo de exaltados quiso tirarme a las vías del tren. Martin lo impidió salvándome la vida y arriesgando la suya, ya que el tren pasó justo en ese momento.

Jérôme recordó a sor Piedad, y pensó que por alguna extraña razón, su padre siempre se había llevado bien con el clero, sin embargo, a él, a excepción de la monja española, no le gustaba mucho. De niño con frecuencia se había llevado algún bofetón por parte de don Pascal, el capellán de Sainte Catherine

o de alguna hermana de la congregación.

—Y decidme, muchachos ¿Qué necesitan en vuestro país del inquisidor de Zaragoza, que es la segunda vez que vienen preguntándome por él?

—Somos los hijos de Martin. Es una curiosidad familiar —respondió Jérôme rotundamente.

El fraile se cogió la cara con las manos y abrió los ojos con expresión de sorpresa.

—¿Sois los hijos de mi amigo? ¿Sus dos hijos mayores? ¡Dios mío, cómo hubiera él deseado estar aquí ahora mismo! Hablaba tanto de vosotros y de la niña pequeña. Tenía tantas ganas de volver a por vosotros.

Don José se abalanzó sobre los dos chicos abrazándoles y besándoles, dando muestras de la gran alegría que suponía para él tenerles allí.

—¿Usted podría decirnos dónde encontrar a nuestro padre? —preguntó Jérôme—. Hemos venido hasta Zaragoza a buscarle.

—Hijo... no sabéis nada, ¿verdad?

—¿Qué es lo que debemos saber? —intervino Denis.

—Vuestro padre murió. —El fraile se sintió muy desafortunado teniendo que ser él quien diera esa noticia, y ver las caras que se les quedaron a los hermanos no le ayudó. En ese momento Denis sintió un mazazo en el pecho y se le nubló la vista. Sospechaba que su padre podía estar muerto y al fin y al cabo no se acordaba mucho de él, pero nunca había perdido la esperanza de volver a verlo. Jérôme era mucho más frío y no exteriorizaba sus emociones, pero sintió cómo se rompía una parte de su corazón y don José pudo percatarse del efecto que sus palabras estaban causando en ellos.

Don José les contó que Martin había vivido en Zaragoza, pero luego se marchó a trabajar como jornalero en el campo, a un pueblo al norte de la provincia llamado Montejalón. Al parecer, su intención era pasar unos años y hacer algo de dinero para después volver a Francia y recuperarles. Quería esperar a que se calmaran las cosas y que se olvidaran de él. Les dijo que, a pesar de su amistad, Martin, nunca le confesó la razón por la que quería que le

olvidaran y que murió en el pueblo por culpa de un dolor muy fuerte en el abdomen, antes de poder regresar a Francia.

Don José les explicó que conoció la noticia de su muerte porque en 1914 cuando estalló la gran guerra fue hasta Montejalón a buscarle, para interesarse por él. Quería saber si tenía intención de viajar a Francia para unirse a su familia allí, o para alistarse, ya que se oían rumores de que había muchos franceses que se apuntaban a la lucha como voluntarios, pero cuando llegó los paisanos que le conocían le dieron la mala noticia. Llegó demasiado tarde, había muerto casi un año atrás.

Cuando se despidieron, don José aseguró que siempre se había sentido en deuda con Martín desde que le sacó de las vías del tren, una deuda que no tuvo oportunidad de saldar y que estaba dispuesto a hacerlo con sus hijos. Si alguna vez le necesitaban estaría ahí para ellos. No les resultaría difícil encontrarle y si no le veían podían preguntar a cualquiera por él, porque ya no salía por los pueblos como antes y casi siempre se encontraba cerca de la catedral.

Acababan de dar con la segunda pista acerca de su padre: Montejalón, pero esta vez la pista estaba acompañada de una amarga noticia.

—¡Estoy pensando en algo! —dijo Denis a su hermano cuando salieron de la Seo—. Si nuestro padre enfermó y murió, solo puede significar una cosa, que no llevaba el Jantung con él.

—O sí lo llevaba, pero no funcionó —añadió Jérôme—. En cualquier caso, lo mejor será que sigamos buscando. Iremos a Montejalón y a ver qué nos encontramos allí.

Dos días después emprendieron de nuevo un viaje, sin embargo, sentían que habían perdido el rumbo ya que sin su padre muchas preguntas quedarían sin respuesta.

Jérôme y Denis, encontraron en Montejalón a las personas que habían convivido con su padre en sus últimos días. Eso les dio paz, supieron que había sido un hombre apreciado por todos los que le conocían.

Pero no llegaron a encontrar ninguna pista relacionada con el Jantung.

Empezaron a pensar que la búsqueda era inútil, que nunca lo encontrarían porque lo más seguro es que fuera solo una fantasía que algún iluminado había inventado, como el artículo que Denis leyó en el periódico de la biblioteca de Arrás, y que algunas personas como don Jean Claude, excéntricas y sin grandes preocupaciones en la vida, habían tomado como ciertas dándole sentido a sus actividades y ocupando su tiempo en quimeras inalcanzables.

Pensaron que lo mejor sería instalarse en el pueblo y dejar que las cosas transcurrieran según la providencia decidiera, ya que la posibilidad de volver a Francia quedaba descartada mientras durara la guerra.

En el pueblo había un hombre que tallaba la piedra. Era capaz de sacar una mujer de un trozo de mármol, Denis estaba deslumbrado, siempre había querido ser un artista e iba a visitarle con frecuencia para verle trabajar. Jérôme sin embargo no se asombraba por nada, a él le gustaba más lo que tuviera que ver con las finanzas que con el arte.

La cuestión fue que el escultor necesitaba un aprendiz. Se encargaba de hacer las lápidas para los cementerios en toda la región y no daba abasto. Denis se quedó con él y poco a poco fue aprendiendo el oficio de marmolista y escultor.

Al poco tiempo Jérôme encontró trabajo como contable en una fábrica de motores. En ese momento la industria crecía en cada rincón de España, que suministraba constantemente motores para los aviones de guerra a Francia e Inglaterra.

Entre sus trabajos, las gentes del lugar y el sol, pasaron su primer año lejos de la guerra y sin volver a recordar el motivo por el cual habían elegido España cuando decidieron salir de ella: encontrar a su padre... y al Jantung.



## Capítulo IX

13 de mayo de 1918

*Esta mañana me siento más feliz de lo que me sentía hace tiempo. En Montejalón estamos empezando a conocer el mundo, a ver que hay vida más allá de Sainte Catherine y de Arrás.*

*El sol brilla con intensidad y la gente canta cuando trabaja en el campo, hasta mi hermano Jérôme parece tener mejor carácter desde que estamos aquí. No hace más que hablarme de mujeres, siempre he envidiado la forma en que le miran, he de reconocer que es más guapo que yo, aunque sor Piedad decía que no. Hoy ha conocido a una morena, dice que se ha enamorado, ayer decía lo mismo, pero de una rubia. A ver cuándo me pasa a mí algo así.*

—Jérôme ¿de dónde vienes a estas horas? Como sigas así acabarán por echarnos de la pensión, ya has oído a la dueña mil veces, siempre dice que esta es una casa decente. ¿Y por qué estas empapado? —preguntó Denis a su hermano cuando le vio llegar de madrugada y calado hasta los huesos. A Jérôme le gustaba llegar tarde por las noches y en alguna ocasión ni siquiera iba a dormir si tenía buena compañía. Le encantaban las mujeres españolas y lo apasionadas que eran, pensaba que había encontrado su lugar en el mundo. Pero sabía que antes o después tendría que volver a Francia, sentía que habían dejado una gran responsabilidad allí: su hermana Bérénice.

—No preguntes. Vamos a dormir que es muy tarde —respondió Jérôme.

—Ni hablar, cuéntame por qué vienes así. ¿Te has metido al lavadero? — Jérôme miró a Denis de reojo y frunciendo el ceño, pero no le contestó. —¿O más bien será que te han tirado al lavadero? —insistió Denis soltando una carcajada al mismo tiempo.

—No sé qué te hace tanta gracia. El agua está bastante fría a estas horas de la noche.

—Querrás decir de la mañana, por si no te has dado cuenta esta amaneciendo. Pero ¿qué has hecho para molestar tanto a las gentes del lugar?

—Ha sido por la chica de la que te hablé el otro día. Se llama Pilar —aclaró Jérôme—. Tiene unas curvas impresionantes y está bien dura. Además, no veas cómo besa.

—¡Ummm! ¿Y qué más? —preguntó Denis conteniendo la risa.

—Pues que su novio también está bien duro y no le ha hecho mucha gracia que besara a su chica. —Denis soltó una carcajada, le hubiera gustado ser como su hermano en lo que a mujeres se refiere. Siempre que conseguían alguna conquista era gracias a él y a la seguridad que tenía en sí mismo.

Fue esa misma semana cuando Denis conoció a María.

30 de mayo de 1918

*Ayer conocí al amor de mi vida. Cuando la vi el viento movía su falda, y dejaba ver sus pantorrillas y sus zapatos de tacón atados a los tobillos. Parecía que bailaba a cada paso que daba.*

*Haciendo un gran esfuerzo conseguí levantar la vista de sus piernas. Quise reparar en su cintura, pero tropecé con sus ojos y me perdí.*

*Tenía los ojos verdes y el pelo recogido por detrás de sus orejas que terminaban un poco en punta, como las de los duendes de los que a veces nos contaba historias sor Piedad.*

*Escuché que la mujer que la acompañaba la llamaba María. Después la vi alejarse calle abajo y supe que la volveré a encontrar y cuando se dio la vuelta y me miró dedicándome su espléndida sonrisa, supe que además no*

*me separaré de ella jamás.*

## ESPAÑA - 2017

—¡Abuela tengo tantas cosas que contarte! —Laura llamó su abuela Asunción por teléfono y habló con ella durante un buen rato. Pensó que tal vez ella podría arrojar un poco de luz sobre el asunto del chico francés, pero el resultado de la conversación fue el mismo que en los otros intentos realizados, no sabía nada. También hablaron de por qué el bisabuelo se fue del pueblo dejando al abuelo Pedro abandonado cuando era solo un bebé recién nacido y además habiendo perdido a su madre al nacer.

Laura empezó a pensar que tenía que haber algún motivo por el cual los protagonistas de la historia prefirieron callarse y echar tierra sobre ese asunto. Además, estaba segura de que Denis tenía alguna relación con todo ello.

19 de agosto de 2017

*Estoy harta de este pueblo, nunca pensé que diría esto, pero echo de menos a mi madre. Miguel no le quita el ojo de encima a una chica que ha venido al pueblo a pasar estos quince días de agosto. Sus abuelos son de aquí y al parecer viene todos los años. Más fea no puede ser y sin embargo a Miguel parece que le gusta. Si yo siempre lo he dicho, este chico es tonto.*

—¡Escucha, papá! He estado pensando y creo que deberíamos de invitar a mamá a pasar unos días aquí con nosotros. ¿Qué te parece? —dijo Laura a su padre poniéndole a prueba para ver su reacción.

—Pues no creo que sea buena idea, la verdad. ¿A qué viene eso? Estás con tu madre todo el año. Ahora estás conmigo.

—¿Dónde te has metido, Laura? —La voz de Alba irrumpió desde el fondo del pasillo.

—Estoy aquí, hablando con mi padre.

—¿Nos vamos a la piscina? Leo me ha puesto un *wasap*, dice que está ahí

con los chicos y que el agua está estupenda.

—Sí, ahora vamos, pero antes me tienes que explicar... Tienes que contarme que está pasando con Leo. No me muevo de aquí hasta que no me lo digas.

—Bueno, la verdad es que estamos saliendo —afirmó Alba con una sonrisa y un brillo en los ojos que mostraban su felicidad.

—¿Y cómo no me habías contado nada? Eres una borde.

—Te lo quería contar, pero es que no veía el momento. Como ahora Miguel está así, medio tonteando con la niñata esa.

—¿Y eso qué tiene que ver con nosotras? —replicó Laura con el ceño fruncido.

—¡Se nota que te gusta, Laura! Me dices a mí que no te cuento, pero tú tampoco quieres reconocer lo que es evidente. Cada vez que le ves cerca de esa chica te cambia la cara.

—A ver, la verdad es que no sé si me gusta. A veces creo que sí y otras me parece un imbécil.

—Sí, pues tú sigue mareando la perdiz y verás qué pronto te lo levantan. Esa chica parece muy cariñosa.

—¡Vale! ¿Y qué quieres que haga yo? No sé cómo actuar —se justificó Laura.

—Para empezar, píntate un poco. Y ponte unos tacones. Siempre vas vestida como un chico. Ya verás la cara que se le queda a *tu Miguel* cuando te vea.

Laura hizo caso a su amiga y esa noche se arregló más de lo que era habitual en ella, pero Miguel no se presentó. Laura se enfadó tanto que habría dado patadas contra la pared, sin embargo, supo disimular muy bien su enfado y nadie lo notó. Durante los tres días siguientes tampoco vieron a Miguel.

—Laura, ¿no te parece extraño que Miguel lleve tres días sin aparecer por aquí? —preguntó Alba—. ¿Por qué no le llamas? O mándale un *wasap* por lo menos.

—¿Yo? No pienso hacer eso —respondió Laura.

—Si quieres lo hago yo, no me importa, pero creo que deberíamos

preocuparnos por él, ¿no te parece? Tal vez esté enfermo.

—No está enfermo, está tonteando con su amiguita nueva, estoy completamente segura. No le llames, no se lo merece.

—¡Qué cabezota eres! Pues le preguntaré a Leo, si no van a pensar que somos unas raras, de repente deja de venir Miguel y parece que nos da exactamente igual.

2 de junio de 1918

*No dejo de preguntar por María a todos los que conozco en el pueblo, quiero saberlo todo de ella, es en lo único que pienso. Los amigos que he hecho aquí dicen que les mareo hablando siempre de lo mismo, pero es que desde que la vi por primera vez ella es lo más importante en mi vida.*

*La dueña de la pensión donde vivimos Jérôme y yo me ha contado que la vida de María no es muy fácil. Que su madre es una mujer muy dura y amargada desde que murió su marido, cuando María era una niña. Dicen que a veces la encierra y la obliga a trabajar sin cesar durante horas. Si eso es cierto algún día esa mujer tendrá que vérselas conmigo.*

*Cada vez que cierro los ojos imagino sus manos tocándome, sus labios, sus piernas... Los pensamientos más lascivos invaden mi cuerpo y mi alma también.*

*Sueño con tenerla cerca y cada vez que la sueño puedo oler su pelo, aunque no esté en mi cama y me siento renacer.*

*Todo tiene sentido si la veo cruzar por delante del taller. La vida, la muerte, la guerra y hasta el sol, todo se mueve al compás de sus caderas cuando anda y solo ella emite luz. Solo el pensar en ella ilumina mis días.*

## ESPAÑA - 1918

—¡Han abierto una nueva taberna! ¿Recuerdas a Ricardo, el chico que trabajaba en la fábrica? El que decía que había nacido para tabernero. Pues al final ha hecho realidad su sueño y ha cogido el local de la cacharrería para

convertirlo en taberna —dijo Jérôme a su hermano.

—Ya sé lo que estás pensando: ¿quieres que vayamos a estrenarla? —respondió Denis.

—Pasas demasiado tiempo entre piedras. Te vendrá bien divertirte un rato.

Cuando Denis y Jérôme entraron en la nueva taberna se encontraron con sus amigos habituales, a los que habían ido conociendo durante el tiempo que llevaban viviendo en Montejalón, pero también se encontraron con el novio de Pilar, la morena que tanto había gustado a Jérôme.

Tomaron los primeros chatos de vino entre risas y el arropo de sus compañeros, hasta que los ánimos se empezaron a caldear y Jérôme hizo el intento de ir hacia al novio de la chica. Pensó que había llegado el momento de devolverle la baza de la noche en que le tiró al lavadero. Pero Denis le impidió acercarse. Desde que trabajaba modelando piedras su fuerza había aumentado considerablemente. Consiguió frenar a su hermano mayor con una sola mano y el intento de pelea quedó reducido a un cruce de miradas y algún gesto de desprecio.

De pronto la puerta de la taberna se abrió y un hombre de mediana edad, vestido con un elegante traje y un sombrero, entró en el local, tenía un cuidado bigote y una cadena de oro asomaba de uno de los bolsillos de su chaleco sujetando un reloj.

Todos se fueron apartando a su paso según se iba acercando hasta la barra, como muestra de respeto. Era don Ignacio, el patrón de casi todos los que se encontraban allí.

Don Ignacio era el hombre más rico del pueblo, hacía varios años compró una pequeña fábrica con los ahorros que fue haciendo, trabajando de marchante entre los agricultores del pueblo y los mercados de abastos. Al principio fabricaba pequeños motores acordes con el desarrollo industrial del país, pero con la guerra en Europa los motores empezaron a tener más categoría y la distribución a los ejércitos fuera de España se acrecentó de igual forma que su fortuna.

Se quedó viudo con un hijo todavía adolescente, pero ahora que el chico ya había crecido lo suficiente como para irse a estudiar fuera del pueblo, don Ignacio se sentía solo. Necesitaba una mujer a su lado y la que más le gustaba era María.

6 de junio de 1918

*Esta mañana en el mercado de la plaza he vuelto a verla, hemos coincidido en el mismo puesto de fruta. Los dos hemos ido a coger la misma naranja a la vez y nuestras manos se han rozado, nos hemos mirado y me ha vuelto a sonreír, durante un instante no ha apartado la mano ni yo tampoco, hemos sostenido la naranja los dos como quien sostiene al mundo. Al final se la he cedido, pero me hubiera gustado quedarme con ella y comérmela como si así pudiera mantener algo de María en mí para siempre.*

*Tengo que hacer algo para salir con ella, cada vez que la veo me bloqueo y no soy capaz de hablar, pero ya no puedo seguir así. Necesito más que una sonrisa o un roce en una naranja.*

—¿Tú eres Denis? —Denis estaba trabajando en el taller cuando oyó la voz de María a su espalda. Supo que era ella, aunque no la había oído antes desde tan cerca, solo en la distancia, pero no lo dudó. Le tembló todo el cuerpo, casi no era capaz de darse la vuelta para mirarla.

—Sí, soy yo. ¿Quién me busca? —dijo, es lo único que se le ocurrió,

—Vamos, no disimules. Sé que llevas un tiempo preguntando por mí. Pues bien, aquí estoy. ¿Qué quieres saber? ¿Estás interesado en mí? —respondió María con descaro.

—Bueno, veras...—Denis se sintió más seguro cuando la miró y la vio sonreír—, he preguntado por ti, es cierto. Me pareces muy guapa. ¿Y tú? ¿Por qué has venido hasta este taller? ¿Estás interesada en mí?

—Eres un insolente, ¿lo sabías?

—¡Respóndeme!

—Solo quería saber por qué preguntas tanto.

—¿Eso es un sí? —dijo Denis con una sonrisa.

—No me interesas en absoluto —afirmó María—. ¿En qué estás trabajando? Eso sí me interesa, es muy bonito. —María se acercó a contemplar la piedra que Denis estaba tallando. Era un encargo de una familia adinerada de Zaragoza, habían ido hasta Montejalón solo para contratar a su maestro, pero Denis estaba alcanzando un buen nivel y muchos de los encargos los hacía ya él, aunque los firmara su jefe.

—Es una *venus* para un jardín. ¿Te gusta?

—Sí, mucho —respondió María.

—Algún día esculpiré algo para ti.

María sonrió mientras se daba la vuelta para marcharse:

—Si quieres puedes invitarme a merendar una tarde —dijo antes de abandonar el taller.

—Claro —respondió Denis. Cuando quieras, ¿te parece bien hoy?

—Hoy está bien. Nos vemos a las cinco en la puerta de la iglesia.

Las horas se hicieron eternas para Denis que no veía el momento de volver a estar con María.



## Capítulo X

23 de agosto de 2017

¡Qué rápido se está pasando el verano! Parece que hace un rato que vine a esta casa por primera vez y la próxima semana ya tengo que volver a Madrid.

*Ya está terminada la obra, ¡por fin! Han tardado bastante, porque al parecer Ernesto tenía otros trabajos y repartía su tiempo entre todos, pero al final ha quedado muy bien. Creo que mi padre se adaptará pronto a vivir aquí, pero no me puedo hacer a la idea de cómo serán los inviernos en un pueblo tan pequeño. Lo que si tengo pensado es venir de vez en cuando a verle... bueno y a ver al imbécil de Miguel. Seguro que Alba querrá venir conmigo alguna vez porque esta atontada con Leo, se les ve muy bien juntos, tienen un buen rollo cuando hablan o cuando se miran que me gustaría poder tener a mí con alguien, pero yo debo de ser un poco rara porque creo que soy la única de mi clase que no se ha enrollado todavía con ningún chico, a veces me da un poco de vergüenza confesarlo porque la mayoría ya se han enrollado con varios. ¡Ay, Dios mío, qué dura es mi vida!*

## ESPAÑA – 1918

—¿A dónde vas tan elegante? Y te has perfumado. ¿Me he perdido algo? —preguntó Jérôme.

—¡Tengo una cita! —respondió Denis que no cesaba de dar vueltas contemplándose delante de un espejo.

—¿En serio? ¿Con quién?

—Con María.

—¿María, la chica de la que hablas todo el día? ¿La mujer de tu vida?

—¡Sí! Sé que te crees muy gracioso, pero es así. Vamos a vernos dentro de media hora en la puerta de la iglesia.

—¡Perfecto! Voy a arreglarme —afirmó Jérôme.

—¿Arreglarte? ¿Para qué?

—Iré contigo.

—¡Ah! Ni lo sueñes.

—Claro que voy, no puedo dejarte solo, seguro que te pones nervioso y metes la pata. Además, no pienso perderme este acontecimiento. Mi hermano enamorado como un colegial. Quiero ver la cara que se te queda cuando la veas.

—Eres un payaso —dijo Denis a Jérôme mientras le apartaba de un empujón, ya que se había plantado delante del espejo impidiéndole mirarse—. Te estoy agradecido, de verdad, pero no vas a venir.

Media hora después, Denis y Jérôme estaban en la puerta de la iglesia como dos clavos, esperando la ansiada llegada de María.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Denis repentinamente con cara de haber visto un fantasma.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jérôme.

—Ahí viene María... con su madre.

—Bueno, ¿y qué esperabas? Tú vienes con tu hermano mayor —dijo Jérôme tratando de disimular la risa—. Sabía que no te podía dejar solo. No te preocupes, yo me encargaré de entretener a la vieja.

A Denis se le salía el corazón del pecho cuando María se acercó, tan cerca que casi podía sentir su piel. Olía a jazmín y a almizcle. El mundo podía haber explotado en ese momento si tan solo hubiera quedado ella.

—¡Hola, Denis! —dijo mostrando la sonrisa que le cautivó desde el primer día que la vio.

—¡Hola, María! Ha venido a acompañarme mi hermano, y veo que tú has venido acompañada también —dijo Denis entre nervios y titubeos.

—Sí, bueno pues... qué bien, ¿no?

—Sí, muy bien —reiteró Denis—. Te lo presento, él es Jérôme.

—¡Encantada, Jérôme! —dijo María tendiéndole la mano—. Ella es Lucía, mi madre.

—*¡Enchanté, María! ¡Enchanté, madame!* Es un placer para mí conocerlas —dijo Jérôme dirigiendo su mirada a doña Lucía.

—¿De dónde has sacado esa forma de hablar? Aquí hablamos en español —dijo Denis a su hermano cuidando que ambas mujeres no le oyeran—. Ha sonado bastante pedante.

—Somos franceses, ¿no? Tú déjame a mí —dijo Jérôme.

Decidieron merendar en la chocolatería, era el único lugar al cual doña Lucía estaba dispuesta a ir.

Al principio la situación resultó bastante violenta, sobre todo para Denis, hasta que doña Lucía rompió el hielo:

—Dígame Delis, ¿son ustedes católicos?

—¡Denis! Mi nombre es Denis.

—¡Oh, perdón! —exclamó doña Lucía—. ¿Qué tipo de religión tienen en su país?

—Somos católicos, señora —intervino Jérôme.

—Pensaba que no estaban tan civilizados.

—Pues ya ve que sí —continuó Jérôme.

—¿Y usted va a misa los domingos, Delis?

—¡Denis! —repitió Denis.

—Pero ¿va a misa los domingos? —insistió doña Lucía.

—Verá madre, yo pienso... —intervino María.

—Tú cállate, él sabe hablar español, ¿no? —Doña Lucía corto tajantemente el intento de María por dar su opinión.

—Va a misa todos los domingos —respondió Jérôme provocando en doña

Lucía una mirada desafiante.

Denis miró a su hermano sorprendido. No entendió el porqué de la mentira.

—Verá Del... —Doña Lucía hizo una pausa en ese momento, justo antes de volver a pronunciar mal el nombre de Denis—. La cuestión es que yo soy muy devota de San Judas Tadeo, el patrón de los imposibles. ¿Lo sabía usted, Delis?

—Nosotros sabemos todo lo relacionado con el santuario *madame* —volvió a intervenir Jérôme con otra mentira.

Doña Lucía le ignoró.

—Quería decirle que puede ir usted poniéndole unas velitas a San Judas Tadeo si quiere volver a ver a mi hija.

—¿Por qué razón? ¿Hay algún probl...? —preguntó Denis, pero fue interrumpido por su hermano antes de terminar la frase.

—¿Le gustaría tomar un coñac, *madame*?

—No tomo ningún licor, solo anís —respondió doña Lucía.

—Pues tomaremos una copa de anís —dijo Jérôme.

—¡Está bien! Además, rima con Denis. —Tanto Jérôme como Denis se sorprendieron del comentario de doña Lucía, no sabían si estaba tratando de bromear, pero desde luego no parecía que fuera su estilo.

—¡Vaya, parece que por fin se ha aprendido tu nombre! —dijo Jérôme con ironía.

Doña Lucía volvió a lanzar una mirada desafiante a Jérôme, pero no dijo nada.

—¿A qué te dedicas, María? —preguntó Jérôme.

—Ayudo a mi madre. Ella cose encargos de la...

—¿Qué han venido ustedes a hacer a España? —Doña Lucía cortó inmediatamente la respuesta de María.

Ambos hermanos comenzaron a titubear y a buscar una respuesta satisfactoria sin tener que dar explicaciones del verdadero motivo de su viaje, cuando la camarera les llevó la botella de anís y doña Lucía se distrajo

ignorándoles por completo.

Detrás de una copa de anís vino otra y otras más, hasta que entre ella y Jérôme dieron buena cuenta de la botella.

—Discúlpeme un momento, tengo que ir al baño —dijo Jérôme que empezó a sentirse mareado y a soltar una risa floja sin venir a cuento.

—Perdón, voy a acompañar a mi hermano —dijo Denis—, creo que no se encuentra bien.

Los dos hermanos se levantaron y se alejaron de las mujeres un momento.

—¿Qué haces? ¿Estás borracho? Estamos haciendo el ridículo —protestó Denis.

—Bueno, bueno, no exageres, no creo que sea para tanto —replicó Jérôme. Es culpa de esa bebida, el anís. Me estoy poniendo hasta malo.

—¿Y por qué lo tomas?

—Es por doña Luci, a ver si así se relaja un poco y se suaviza. Pero no hay forma, es de piedra la muy bruja. La he calado nada más verla.

—¿Doña Luci...? —preguntó Denis.

—Sí, de Lucifer —respondió Jérôme y Denis soltó una carcajada—. ¡Calla! Te van a oír desde fuera.

—Sin embargo, María es un ángel, ¿cómo habrá podido nacer de una mujer así esa criatura? —dijo Denis—. ¡Anda!, volvamos antes de que piensen que somos todavía más ridículos de lo que yo creo que ya piensan.

—Vale, pero di algo tú, no has abierto la boca desde que hemos llegado.

—Si no me has dejado. Entre doña *Luci* y tú no nos habéis dejado mediar palabra ni a María ni a mí.

Los dos hermanos volvieron a sentarse junto a las dos mujeres, y poco después y tras haber terminado la botella sin el más mínimo síntoma de embriaguez, doña Lucía dio por terminada la reunión.

—Espero que le haya quedado claro lo que le he dicho acerca de las velas a San Judas Tadeo, Delis —dijo doña Lucía como despedida.

Después de la primera cita, Denis y María comenzaron a verse a escondidas,

la mayoría de las veces María tenía que escaparse para encontrarse con él, pero no era difícil, estaba acostumbrada a hacerlo desde niña. La casa en la que vivía estaba un poco destartada y en la ventana de su dormitorio la reja se había soltado del cemento ya agrietado, María podía poner y quitar uno de los barrotes que estaba suelto, eso la permitía colarse y entrar y salir de su habitación sin que su madre se enterara de nada. También es cierto que a doña Lucía la habitación de María nunca le interesó demasiado.

Durante los meses que habían pasado desde que se conocieron, la vida había cambiado completamente para María, por primera vez desde que murió su padre se sentía querida y plenamente feliz. Todo tenía un porqué, levantarse, arreglarse... los días eran bonitos tanto si hacía sol como si llovía.

Pero un día, don Ignacio se presentó en su casa con la intención de hacer una proposición, quería casarse con ella.

Trató el tema directamente con doña Lucía, ya que María era demasiado joven aún como para que su opinión tuviera valor alguno. Doña Lucía sintió que se le abrían las puertas del cielo con la petición.

Cuando la informaron, María se quiso morir. Denis ya ocupaba su corazón por completo y no imaginaba otra vida que no fuera con él. Pero poco a poco fue cediendo al chantaje de su madre, que la convenció de que era lo mejor para las dos. Doña Lucía sabía muy bien cómo hacer que su hija se sintiera en deuda con ella por haberla dejado viuda.

Pasaron los meses y a pesar del amor que María sentía por Denis no fue capaz de negarse al compromiso.

—¡Sé que es un poco pronto! Pero creo que deberíamos elegir ya un día para la boda, todavía faltan seis meses para la primavera, pero hay muchas cosas que organizar. Creo que la primavera sería un buen momento, abril es mi mes favorito —dijo don Ignacio.

—¡Abril es perfecto para una boda! ¿No te parece María? —exclamó doña Lucía con entusiasmo—. ¡María! ¡Hija! ¿Qué estás pensando?

—Perdón. Sí, abril es un buen mes —respondió María con un nudo en la

garganta.

A María se le vino el mundo encima, ella pensaba que tenía una gran responsabilidad con doña Lucía y que casarse con don Ignacio era su deber, pero su corazón, de naturaleza rebelde, luchaba por ser libre y quedarse con Denis. El dilema la mortificaba así que decidió armarse de valor y hablar con su madre aprovechando un momento en el que ambas estaban cosiendo un encargo.

—¡Madre! —dijo—. Tengo que hablar con usted.

—¿Qué quieres?

—No creo que casarme con don Ignacio sea buena idea. Tendría que irme a otra casa y la dejaría sola, ¿quién la iba a ayudar con los encargos?

—No digas tonterías, me las puedo arreglar perfectamente sin ti.

—Madre, yo...

—Cállate y no pierdas el tiempo.

—Pero madre, escúcheme, he pensado que yo podría trabajar más. No me importa estar todo el día cosiendo o planchando, usted puede traer trabajo a casa y yo la ayudaré todo lo que pueda, pero casarme no, por favor madre, casarme no.

—¿Esto no tendrá algo que ver con ese francés, verdad? —dijo doña Lucía sin levantar la vista de su costura—. No debería haber permitido que fueras a aquella cita. Encima tuve que aguantar toda la tarde a su insoportable hermano.

—No, no tiene nada que ver con él —respondió María.

—¿No le habrás vuelto a ver?

—No, madre.

—Eso espero. No me gustaría que estropeases nuestros planes por haberte encaprichado de cualquier haragán.

—No diga eso, no es ningún haragán, trabaja muy duro y muy bien.

—¿No dices que no le has vuelto a ver? ¿Qué sabes tú de cómo trabaja? Te casarás con don Ignacio y no quiero seguir hablando más del tema. Si mi marido estuviera vivo, si no hubiera tenido que subir a ese manzano... pero

estamos solas y somos pobres y eso podemos solucionarlo de una única manera. Te casarás con don Ignacio, no se hable más.



## Capítulo XI

28 de septiembre de 1918

*Esta mañana he pasado por delante de la puerta de la escuela justo en el momento en el que los niños terminaban las clases. Uno de ellos le ha levantado la falda a una niña que se ha dado la vuelta y le ha soltado un bofetón, debían de tener unos diez años. Me ha recordado cuando yo tenía esa edad en Sainte Catherine y con mis amigos Vincent y Laurent, nos escondíamos para ver a las chicas cambiarse de ropa por las noches antes de irse a dormir.*

*Había un cuarto donde se encontraba una enorme caldera y muchos utensilios y trastos que no sabíamos para qué servían. Tenía una puerta con un cristal en la parte superior que comunicaba con las habitaciones de las chicas. Creo que todos los chicos del colegio sabíamos eso, también Jérôme.*

*Una vez Jérôme y sus amigos entraron cuando estábamos nosotros allí y me echó una bronca tremenda dejándome en ridículo delante de mis amigos. Me dijo que aquello era muy peligroso porque nos podíamos caer sobre cualquiera de los trastos cortantes que había en el suelo, o nos podía sorprender una de las monjas y castigarnos encerrados en el sótano durante toda la noche. Yo no podía dejar que me abochornara así delante de los demás chicos, así que me puse un poco chulo y Jérôme también, claro.*

*No sé cómo fue, pero al final nos enganchamos y nos empezamos a pegar como dos salvajes. Por aquel entonces, Jérôme todavía era más alto que yo, así que le di un cabezazo justo en la nariz que no dejó de sangrar en un*

*buen rato.*

*Él al ver la sangre se asustó y me pegó un puñetazo, tuve el ojo morado por lo menos dos semanas.*

*Montamos tal escándalo que se enteraron las chicas y avisaron a las monjas.*

*Terminamos todos castigados, Jérôme, sus amigos, los míos y yo, a cada uno nos pusieron en una esquina de la escuela, de rodillas con los brazos en cruz y sujetando libros en cada mano, no podíamos dejar que se nos cayeran. Así tuvimos que pasar varias horas, antes de poder irnos a dormir.*

*Yo me preguntaba para qué fueron Jérôme y sus amigos allí cuando nos encontraron, pero enseguida me di cuenta de que iban a lo mismo que nosotros y como habíamos ocupado el espacio desde el que se veía el cristal, buscaron una excusa para echarnos y quedarse ellos.*

*Al final a todos nos salió mal. A partir de ese día, las monjas mandaron pintar el cristal y pusieron un cerrojo de la puerta del cuarto de los trastos.*

## ESPAÑA – 1918

—¡Denis! ¿Dónde te habías metido? Llevo un rato buscándote por todo el pueblo —gritó Jérôme exaltado.

—He estado en la cantera, tenía que recoger una pieza de mármol. ¿Qué pasa?

—¡La guerra ha terminado! —dijo Jérôme con evidente entusiasmo.

Denis se quedó paralizado por un instante mirando a Jérôme, como si quisiera ver a través de los ojos de su hermano la paz que tanto deseaban.

—¿Ha terminado? ¡Por fin! —exclamó Denis con la alegría que merecía la ocasión.

—Sí, hermano, prepara tus cosas. ¡Volvemos a casa!

—¿Cómo que volver a casa? ¿De qué estás hablando, Jérôme? Nuestra casa está aquí. —De pronto el semblante de Denis cambió totalmente. Irse de España era algo en lo que no había pensado últimamente.

—Debemos irnos, hermano —insistió Jérôme—. Siempre supimos que nuestra estancia en España acabaría algún día. Tenemos que recuperar a Bérénice.

—Pero aún no hemos concluido lo que nos trajo aquí. No hemos encontrado ninguna pista del Jantung —dijo Denis.

—¡No quiero saber nada del Jantung! ¿Es que aún no te has dado cuenta de que eso es una utopía? Además, ¿cuánto tiempo hace que dejamos de buscarlo? Si realmente desde que llegamos a España no hemos vuelto a acordarnos de esa quimera —dijo Jérôme, que nunca llegó a creer totalmente en la magia de la semilla.

—No puedo irme de aquí, Jérôme. No podría vivir sin María.

—María también es una utopía. ¡Vamos, Denis! Se va a casar con ese don Ignacio y no vas a poder hacer nada para evitarlo.

—¡Sí puedo! Ella a quien quiere es a mí. No voy a permitir que se case con él solo para solucionarle los problemas económicos a su madre. ¡Menuda bruja la Lucía esa! No voy a dejar a María sola con ese par de lobos.

—Escúchame, Denis, atiende a razones. María se casará y tú vas a pasarte la vida sufriendo, viendo que le pertenece a otro hombre. Es el momento de volver a Francia, hay que reconstruir el país, recuperar a nuestra hermana y te vendrá bien cambiar de aires. Sufrirás mucho por esa mujer si te quedas aquí.

—Lo siento hermano, pero no puedo irme. Voy a luchar por María. Pero tú debes irte si es tu elección.

A Jérôme no se le ocurrían más argumentos para convencer a su hermano pequeño, en el fondo sabía que no iba a poder hacerle cambiar de idea y entendía que así fuera.

—Está bien. Hazlo —dijo exhalando un suspiro—. Quédate y lucha por ese amor. ¡Lucha! Y no la dejes escapar. Yo vuelvo a Francia, voy a buscar a nuestra hermana.

Después de esa conversación Jérôme comenzó a prepararlo todo para su viaje de regreso.

11 de noviembre de 1918

*¡La Guerra ha terminado!*

Cuando llegó el momento de su marcha, Jérôme se despidió de su hermano Denis y del pueblo en que tan buenos ratos había pasado. Cruzó los Pirineos, después atravesó toda Francia hasta llegar a la ciudad de Arrás. El viaje de vuelta por su país fue mucho menos complicado que el de salida y menos peligroso, pero Jérôme tenía sensación de vacío, de haber perdido algo irreparable y a medida que avanzaba y veía el estado ruinoso en que había quedado sumida su tierra, se le partía el corazón.

Al poco tiempo de instalarse de nuevo en Francia comenzó a trabajar en una sucursal de la banca *Credit du Nord*. No tardó mucho tiempo en ascender, el secreto estaba en que le gustaba lo que hacía.

Bérénice, junto con sor Piedad y los demás niños del Hogar de Sainte Catherine, regresaron de Suiza y volvieron a instalarse en Arrás. Jérôme iba a visitarla siempre que podía y en algunas ocasiones la sacaba del colegio y se la llevaba a pasear.

Denis al principio echó mucho de menos a su hermano, pero estaba muy adaptado en Montejalón y a su trabajo allí y poco a poco se fue convirtiendo en un buen escultor, su habilidad con la piedra casi superaba a la de su maestro.

Para María, Denis era el primer pensamiento cada mañana al despertar y el último antes de dormir. Durante todo el día recordaba su olor y el tacto de su piel. Una vez, cuando doña Lucía ya estaba dormida, María decidió que esa noche la pasaría con él. Levantó su barrote y se escapó.

Cuando llegó a la pensión, Denis ya estaba dormido, María tuvo que golpear varias veces el cristal de su ventana para despertarle.

—¡María! ¿Qué haces aquí? ¿Estás loca? Te van a ver los vecinos. —Denis la recriminaba, pero la felicidad se notaba en el brillo de sus ojos.

—Tenía que verte, no podía dormir.

—Espera. Ya salgo.

Todo el mundo en la pensión dormía, María pudo entrar sin que la vieran.

Denis comenzó a besarla por el cuello, bajando por la espalda mientras le quitaba la ropa, sintió frío al sentirse desnuda y se le erizó toda la piel. Por la ventana entraba suficiente luz como para dejarla contemplar el cuerpo de su chico, hasta que la dio la vuelta para acariciarle los pechos desde debajo de los brazos, el cuerpo de él pegado a su espalda la hizo entrar en calor. Permanecieron de pie durante un rato, luego Denis le hizo un hueco en su cama. Fue la primera vez que compartía su intimidad y su cuerpo, no podía ni pensar en compartir con otro hombre que no fuera él un momento así.

No quería volver a separarse de él nunca más, pero el amanecer estaba a punto de llegar y María, tuvo que salir corriendo para llegar a su casa antes de que su madre se despertara.

Al día siguiente, Denis, dejó la pensión y se trasladó a un piso de alquiler cerca de donde vivía María. Las puertas de su casa tenían que permanecer siempre abiertas para ella.

## Capítulo XII

ESPAÑA – 2017

—¡Vaya, Miguel! Qué alegría volver a verte por aquí —dijo Alba cuando vio aparecer a Miguel junto con Leo y Andrés—. ¿Has estado enfermo?

—No, bueno... un poco. Es que he estado muy ocupado estos días, por eso no podía venir. Me tendréis que poner al día con los diarios antes de seguir la lectura.

—¡Ya, claro! ¿Ocupado o enfermo? ¿En qué quedamos? —añadió Laura con tono sarcástico.

—Ocupado más bien —respondió Miguel.

—¡Lo sabía! Si es que todos los tíos sois iguales. Unos interesados.

—¿Por qué te pones así Laura? —intervino Andrés.

—¿Qué sabrás tú de los tíos, niñata? —dijo Miguel.

—¡Por favor, por favor, por favor! —dijo Alba—. ¿Qué está pasando aquí? No entiendo por qué tenéis que discutir tanto, de verdad.

—Es culpa de Miguel, me pone de mal humor ¿No se supone que estamos juntos en esto? Somos un grupo, ¿no? Y estamos tratando de llegar hasta el final de esta historia todos juntos. Bueno, pues ahora resulta que aparece su amiguita de Madrid y Miguel pasa de nosotros. Ahora quiere que le hagamos un resumen porque ha estado muy ocupado estos días. Pues no sé qué pensarán los demás, pero por mi parte te quedas sin saber lo que te has perdido.

—Laura, te estás comportando como una niña. No tienes derecho a ponerte así con él — intervino Leo.

—Haced lo que queráis, yo no voy a decir nada mas —dijo Laura un poco

intimidada por la respuesta de Leo.

—No tiene nada que ver con lo que tú crees Laura —dijo Miguel—. Ha sido mi padre el que ha estado enfermo estos días y yo he tenido que hacerme cargo de las vacas. Me he estado levantando a las cinco de la mañana para ordeñar antes de que llegara el camión a recoger la leche. Además, han nacido dos terneros en estos días y he tenido que atender los partos. —Miguel consideró que era mejor dar una explicación a Laura, aunque le avergonzaba un poco contar que algunas veces tenía que trabajar con las vacas de su padre. Hubiera preferido no tener que hacerlo.

—Perdóname, Miguel, lo cierto es que a veces soy un poco estúpida —dijo Laura que en ese momento se sintió completamente ridícula.

—No te preocupes —respondió Miguel.

—¿Y has atendido tú los partos de las vacas? —preguntó Alba con evidente asombro.

—He ayudado a mi padre. Aún está un poco enfermo, pero para esa labor es imprescindible que esté él. Él es el que sabe cómo sacar al ternero si la cosa se complica.

—¡Que increíble! Me hubiera gustado haber estado allí y poder verlo —exclamó Alba.

—Todavía puedes verlo si quieres, tenemos una vaca más a punto de parir.

—¿Otra más? Pero ¿cuántas vacas tenéis?

—No muchas, pero se quedan preñadas más o menos a la vez y los partos son por las mismas fechas. Mi padre dice que es cosa de la luna, bueno y de cuando traemos al semental.

—¿Entonces me avisarás cuando llegue el momento? —dijo Alba.

—Cuenta con ello —respondió Miguel.

—¿Y yo podría ir también? —preguntó Laura que hasta ese momento no se había atrevido a volver a hablar.

—Pues claro, tonta. ¿Cómo no vas a poder? —dijo Miguel.

En ese instante las miradas de Laura y Miguel se cruzaron y durante unos

segundos todos permanecieron en silencio. Entonces Miguel sonrió y Laura sintió cómo se ponía colorada de repente. Rápidamente retiró su mirada de la de Miguel.

—Bueno, podréis acompañarme cuando llegue el próximo parto, pero a cambio me tenéis que contar lo que ha pasado con Denis en estos días.

—Pues te has perdido bastante —dijo Leo.

—¿Y eso? ¿Ya ha dado alguna pista de quién era? —preguntó Miguel.

—Denis era mi bisabuelo —dijo de repente Laura para sorpresa de todos.

—¿Cómo? —preguntaron los chicos al unísono.

—Se enamoró de una chica que se llamaba María, como la abuela de mi padre y se hizo escultor como su abuelo, pues entonces... Es evidente, es mi bisabuelo Daniel, aún no sabemos por qué se cambió de nombre, pero seguro que lo averiguaremos si seguimos leyendo.

—Entonces está claro, ¿no? Por una vez va a tener razón Laura —dijo Miguel mirando a Laura de reojo, pero esta vez no obtuvo respuesta por parte de ella.

—Sí —respondió Laura escuetamente.

—La duda está en que esta María está comprometida con otro hombre, al parecer no va a poder casarse con Denis, además es de un pueblo que se llama Montejalón y eso está bastante lejos de aquí. Pero bueno, voy a seguir traduciendo, a ver qué nos cuentan hoy —intervino Alba.

Todos se disponían a continuar con la lectura, con la esperanza de que esa noche tuvieran alguna pista más acerca de la verdadera identidad de Denis, cuando el teléfono de Miguel sonó.

—Chicos, me ha llamado mi padre, nuestra vaca Margarita se ha puesto de parto.

—¿Margarita? —preguntó Alba.

—Sí, así se llama —dijo Miguel—. Cada una tiene su nombre. Tengo que irme ya. ¿Alguno de vosotros me quiere acompañar?

—¡Yo! —gritaron los cuatro al unísono, al tiempo que se levantaban para



salir corriendo detrás de Miguel.

En poco más de diez minutos todos estaban en la vaquería y listos para echar una mano. Alba y Laura iban a ver nacer un animal por primera vez en sus vidas.

La vaca Margarita estaba tumbada en el suelo, en un recinto acomodado con paja y apartada de las demás. El padre de Miguel les contó que llevaba ya tres horas dilatando y que estaba a punto para el nacimiento. Un líquido como un torrente de agua turbia salió del útero de Margarita, después una especie de huevo gigante de color azul. Era la membrana que envolvía al ternero, se transparentaba un poco y se podían ver a través de ella las patas del animal que estaba naciendo. Cuando la bolsa se rompió el padre de Miguel metió la mano por el útero de la vaca, al mismo tiempo él y Miguel tiraron de las patas del ternero con el fin de facilitarle un poco el trabajo a la vaca. Miguel explicó a sus amigos que tenían que hacerlo con mucho cuidado y solo aprovechando las contracciones de Margarita, tiraban a la vez que ella empujaba, si no, habrían podido causarle daños a la vaca o a su ternero. Todos miraban la hazaña con asombro, especialmente las dos chicas. Cuando el parto terminó, la vaca se levantó del suelo y limpió a su cría con la lengua dejándola reluciente. Poco tiempo después el ternero intentó ponerse en pie sin conseguirlo, a veces se caía de bruces, otras veces se daba una voltereta entera, hasta que finalmente consiguió levantarse.

## ESPAÑA - 1919

Aquel invierno fue uno de los más fríos y devastadores que se recuerdan. Una terrible plaga se extendió por todo el mundo. Se hablaba de ello con terror, los rumores decían que había surgido durante la primavera de 1918 y que a estas alturas ya había matado a más gente que la propia Gran Guerra. El miedo se instaló en los corazones y en las cabezas de toda la población.

Se la conoció con el nombre de «gripe española».

Denis había oído que en Francia la enfermedad era todavía peor, matando

indiscriminadamente, no solo a niños y ancianos, como era habitual en las epidemias de gripe de cada invierno, sino también a hombres jóvenes y fuertes. Él sabía que Jérôme solo tenía un pulmón y que cualquier dolencia que afectara a su respiración podría resultarle mortal.

La idea del Jantung volvió a revolotear entre sus pensamientos. De pronto recordó algo en lo que no había reparado hasta entonces: «Uno de mis hijos tiene las respuestas y lo sabrá cuando crezca». Esas eran las palabras que según don Jean Claude, había dicho su padre cuando los abandonó. Mil veces había pensado en lo que llevaban Jérôme y él aquel día, en las ropas y en un par de juguetes. Había dado mil vueltas en su cabeza a los mismos objetos, buscando las respuestas de las que su padre habló, pero nunca hasta ese momento había pensado en una cosa: la toquilla en la que iba envuelta Bérénice cuando les llevaron a Sainte Catherine. Su propio padre se había encargado de mandársela hacer a una costurera, tenía unos extraños dibujos bordados diseñados por él mismo. Lo vio claro, el hijo que tenía las respuestas no era ni Jérôme ni él mismo, era Bérénice, había que recuperar la toquilla como fuera.

Recientemente habían instalado un teléfono en el ayuntamiento del pueblo, todo aquel que quería utilizarlo podía hacerlo previo pago de unas monedas. Denis y su hermano se comunicaban a través de él y del teléfono del banco en el que trabajaba Jérôme.

Denis le llamó y le contó sus inquietudes y Jérôme inmediatamente hizo una visita a Bérénice.

—¡Hola, mi niña! —dijo Jérôme mientras abrazaba a su hermana—. ¡Dime una cosa! ¿Aún conservas tu vieja toquilla?

## Capítulo XIII

### ESPAÑA 2017

—¡Hola, Miguel! —dijo Laura cuando entró en la vaquería.

—¡Hola, Laura! ¿Así que querías ver al ternero?

—Sí, tenía muchas ganas. ¿Ya tiene nombre?

—No, todavía no. ¿Cómo le podemos llamar? ¿Te gustaría algún nombre en particular?

—No se me ocurre ninguno ahora —dijo Laura.

—Pues a mí se me acaba de ocurrir uno perfecto. La voy a llamar Laura.

—¡Qué gracioso! ¿Por qué no Miguel? Le pega mucho más.

—Porque es hembra —respondió Miguel.

—Buena razón —afirmó Laura—. ¿Y Miguelina?

Los dos chicos se empezaron a reír abiertamente y Laura se dio cuenta de que era la primera vez que se reían así y que, desde el día de la visita al palacio, hasta ese momento no habían vuelto a estar los dos solos.

—¿Tú te encargas de ordeñar todas estas vacas cuando tu padre no está? No me extraña que tengas que levantarte a las cinco de la mañana.

—Sí me encargo, pero no como tú piensas. Las conecto la ordeñadora eléctrica.

—¡Ah claro! Y ¿qué es eso? Parece un biberón. —Laura miraba deslumbrada a su alrededor, no todas las chicas de ciudad tenían la oportunidad que estaba teniendo ella. Solo habían visto animales en las granjas escuela o en los zoos, cuando era niña.

—Es un biberón, a veces ayudamos un poco a alimentar a los terneros.

¿Quieres dar un poco de leche a Miguelina? —dijo Miguel riéndose.

Laura y Miguel le dieron el biberón al nuevo ternero. A Laura ese momento le pareció el más divertido del verano.

—¿Podrás venir esta noche? Estamos a punto de terminar los diarios de Denis.

Miguel, sin responder, se acercó a la boca de Laura y la besó.

Laura nunca habría imaginado que su primer beso sería así, en una cuadra, rodeada de animales y oliendo a leche y estiércol, pero salió de allí como si flotara en una nube, le pareció el lugar más bonito y el beso más romántico que se podía imaginar. Se sintió más feliz de lo que había estado nunca.

## ESPAÑA - 1919

Una tarde, el maestro escultor le dijo a Denis que había tenido noticias de un importante proyecto en Vega de Aragón, un pueblo cerca de la provincia de Soria. Iban a construir un casino, querían hacer un edificio muy lujoso aprovechando que había balnearios en la zona y que estaban yendo muchas personalidades de Madrid a tomar las aguas. Necesitaban marmolistas y escultores que se encargaran de la sillería y los bajorrelieves de la fachada, además querían modernizar uno de los balnearios poniendo bañeras de mármol. La obra podía tardar mucho tiempo en estar terminada, era una gran oportunidad para Denis.

—María, tenemos que hablar —afirmó Denis en tono casi trágico—. Cásate conmigo, María.

—¡Denis! Hemos hablado de esto muchas veces. No puedo, mi madre me ha comprometido con Ignacio.

—¿Ahora ya no es don Ignacio?

—Me ha dicho que si voy a ser su mujer no está bien que siga llamándole *don*.

—No puedes permitirlo, María. Abre los ojos de una vez, tu madre nunca haría nada que te hiciera feliz, ella solo quiere su propio beneficio, tú le

importas muy poco. Tienes que salir de su cautiverio o serás muy desgraciada el resto de tu vida.

—No me hagas esto, por favor, sabes que me gustaría no tener este deber, pero lo cierto es que lo tengo. ¿Por qué tenemos que hablar de esto ahora? Solo estoy feliz cuando estoy contigo, pero si me estas recordando cuál va a ser mi destino me haces sentir desgraciada.

—Tenemos que hablar ahora porque si no, dentro de un mes estarás casada con otro y he tomado una decisión, me voy.

—¿Cómo que te vas? ¿A dónde?

—Probablemente nunca vuelva a Montejalón. ¡Ven conmigo! ¡Te necesito, María!

El mundo se hundió bajo los pies de María, la realidad se presentó de pronto ante ella y vio que lo que había considerado su futuro se estaba convirtiendo en su presente. No había querido pensar mucho en cómo sería su vida con don Ignacio y lejos de Denis, pero se estaba dando cuenta de que, si no le ponía remedio a tiempo, todo dejaría de tener sentido.

Esa tarde María no se sintió con fuerzas de separarse de Denis, era la hora de cenar y sabía que su madre la estaría esperando, pero decidió correr el riesgo y desafiarla una vez más.

Pasaron las horas y esa noche se quedó junto a Denis, pero no lo hizo a escondidas, simplemente no se presentó en su casa, que su madre la buscara si quería. No la tenía miedo, total, ¿qué podía hacerle?: ¿castigarla?, ¿pegarla? Nada de eso le importaba ya, su único temor era que llegara el día en que tuviera que despedirse para siempre de su amor.

Al día siguiente, cuando llegó a su casa, su madre estaba cocinando, olía a guiso de carne. María se acercó a su madre sigilosamente, esperando la reprimenda o el tortazo correspondiente, pero no fue así. Doña Lucía continuó con lo que estaba haciendo, preparando la comida como si no hubiera pasado nada, ignorando a su hija sin más. María de pronto recordó una situación similar que se había dado el año anterior, cuando su madre como represalia

cocinó a su conejo Fermín.

Una idea aterradora le vino a la cabeza: Tristán.

Salió corriendo de la cocina como perseguida por un rayo, bajo a la cuadra y se puso a buscar a Tristán por cada rincón, por el corral, por la calle... le llamó a gritos con todas sus fuerzas, pero Tristán no estaba por ningún sitio.

María volvió a la cocina con desesperación y se dirigió hacia su madre bruscamente.

—¿Qué has hecho, madre? —preguntó en tal estado de desesperación que los ojos parecían los de una enajenada—. ¿Dónde está mi perro? ¿Qué has hecho con él? —María no podía apartar los ojos de la olla mientras su madre le daba vueltas a lo que estaba cocinando con una cuchara de madera.

—¿Te has vuelto loca, niña? ¿Qué barbaridad estás pensando? ¿Crees que soy una salvaje como tú, o una chiflada? Yo qué sé dónde estará tu estúpido perro, búscalo bien. No habrá ido muy lejos.

María salió corriendo, tenía que buscar a Tristán. Se dirigió hacia la plaza, sabía que a veces le gustaba tumbarse en un rincón al sol justo detrás de la iglesia. Y allí estaba, le vio enseguida acurrucado medio adormilado.

Entonces se dio cuenta de la reacción que había tenido contra su madre, no lo había pensado, pero en realidad estuvo a punto de agarrarla del brazo con todas sus fuerzas y empujarla sobre la olla. Fue la única vez que sintió hacia ella un impulso violento. Empezó a pensar que la situación a la que estaba sometida, con la proximidad de la boda y la marcha de Denis, se estaba volviendo insoportable.

Denis llegó a la estación y se sentó a esperar el tren que le llevaría a Zaragoza, desde allí buscaría la forma de llegar hasta su nuevo destino. Llevaba una maleta casi vacía, llegó a ese pueblo con pocas cosas y con pocas cosas se marchaba.

Se encontraba más solo que nunca sentado en aquel banco dispuesto a emprender una nueva vida una vez más, pero sin la compañía de ninguna de las personas a las que quería, cuando sintió el calor de alguien que se sentó tan

cerca de él que casi se le echa encima.

Denis se retiró con desaire, no tenía humor para soportar a nadie, pero cuando se dio la vuelta para mirar a la persona que le comía el terreno la vio a ella.

—¡María! —exclamó Denis sin poder creer que estuviera allí—. ¿Has venido a despedirme?

—No, he venido para irme contigo.

María no podía dejar que Denis se marchara sin ella. Aprovechó que su madre se encontraba trabajando en el hotel, recogió algo de ropa y el dinero que doña Lucía guardaba en una caja metálica de galletas y se fue con él.

Cuando llegaron a Zaragoza se dirigieron directamente a la Seo, Denis tenía claro lo que había que hacer: buscar a don José.

Lo encontraron rezando en una de las capillas.

—Buenos días, padre —saludó Denis arrodillándose en el suelo justo al lado del reclinitorio que ocupaba el fraile.

—¡Hijo! ¡Qué alegría volver a verte por aquí! Ha pasado mucho tiempo. Vamos, vamos... vamos fuera que podremos hablar más tranquilos ¿Has venido solo? ¿Dónde está tu hermano?

—Mi hermano se volvió a Francia cuando terminó la guerra, pero no he venido solo, ella está conmigo, se llama María —dijo Denis mientras cogía a María por el brazo y la acercaba hacia el fraile.

—¡Hola, niña! Eres muy bonita —dijo don José

—Es usted muy amable —respondió María.

—Padre, tenemos un problema —dijo Denis—, queremos casarnos.

Denis explicó al fraile las circunstancias que les habían llevado hasta él. María no tenía autorización de su madre para casarse y era menor de edad.

—¡Vaya! Pues sí que es un problema —dijo el fraile—. A ver cómo solucionamos esto ¡Acompañadme!

El fraile les llevó hasta la vicaría.

—Esperadme aquí. Voy a buscar al párroco, es un hombre compasivo y un

gran amigo mío. ¡Un momento, Denis...! Estoy pensando que lo mejor será que a partir de hoy te hagas pasar por español, tienes un acento muy bueno, recuerdo que tu padre apenas hablaba castellano cuando llegó aquí, sin embargo, de ti nadie diría que eres extranjero. ¿Alguien en Montejalón sabe a dónde te diriges?

—Mi maestro, pero no dirá nada... ¡Espero! —respondió Denis.

—Ya, pero podrían buscaros. Buscarán un francés que se ha llevado a una chica, podrían incluso acusarte de haberla secuestrado. Será más difícil que den con vosotros si os convertís en un matrimonio de españoles. Vas a tener que olvidar tu verdadera identidad y correr un gran riesgo. ¿Estás dispuesto a ello?

—Estoy dispuesto a todo.

—Pues ve pensando un nuevo nombre.

—¿Yo también debería cambiarme el nombre, don José? —pregunto María inocentemente.

—No será necesario hija, las mujeres pasan más desapercibidas en esta sociedad. En fin, dejémoslo así. Cuando vuelva con el párroco prepararemos los papeles para que os case.

—¿Se te ocurre algún nombre para mí? —preguntó Denis a María cuando el fraile salió.

—¿Qué tal Daniel? Empieza por D y tiene una N y una I. Como Denis

—Sí, es un razonamiento aplastante. También tiene una E.

—¿No te gusta? —preguntó María.

—Sí me gusta, es perfecto. Desde ahora me llamaré Daniel.

Poco tiempo después, don José entró en la vicaría acompañado por el párroco. Parecía un hombre muy serio, pero por la manera en que hablaba con el fraile se veía que ambos estaban acostumbrados a saltarse ciertas normas cuando la ocasión lo requería. El párroco no dio el más mínimo síntoma de extrañeza ante la petición nada convencional de don José.

—Él es don Toribio —dijo el fraile—. Él será quien os case.



—Vamos a rellenar el certificado de matrimonio —dijo don Toribio—. A ver muchacho, ¿cuál es tu nombre?

—Me llamo Daniel —dijo Denis.

—¿Y tu apellido?

En ese momento todos quedaron en silencio. No habían pensado en ese detalle.

—¿Cuál es tu apellido hijo? —insistió el párroco.

—¡Martín! —dijo de pronto don José.—. Su apellido es Martín.

—Bien, pues esto ya está. Vamos a preparar el altar para el sacramento, tenéis que firmar los dos este certificado y en poco tiempo estaréis casados.

## Capítulo XIV

### ESPAÑA – 1919

—¡No se hace así! —Una dulce voz interrumpió los pensamientos de María que luchaba desde hacía rato consigo misma tratando de poner en marcha la tejedora.

—Déjame ayudarte, ¡mira! La lana la tienes que sujetar en esta pinza y luego tensarla, así.

María se puso a trabajar en un taller de tejido y confección. En cuanto se enteró de que había un puesto libre lo solicitó, pensaba que ese trabajo le gustaría y que además sabría desempeñarlo sin problemas ya que había aprendido mucho de su madre, cuando le hacía trabajar sin parar cosiendo encargos, pero en su primer día de trabajo no se las estaba apañando muy bien. Sintió un gran alivio cuando una compañera se le acercó para ayudarla.

—Me llamo Rosa, ¿y tú?

—Yo María —dijo.

—No te había visto antes. ¿Has venido a vivir a Vega? —preguntó Rosa.

—Sí, a mi marido le han contratado para las obras del casino. Llevamos poco tiempo aquí —respondió María.

—Deja que te ayude. —Rosa encajó la lana en el bastidor de María con absoluta facilidad.

—Me han cogido para trabajar en este taller, pero me siento un poco inútil. Me parece que me van a despedir el primer día —dijo María.

—¡No, mujer! Tú pregúntame cuando tengas dudas. Para eso estamos las compañeras.

Rosa era un poco mayor que María y estaba esperando su segundo hijo, rebosaba bondad en cada gesto y en la mirada. María se sintió reconfortada sabiendo que podría contar con ella.

—¿Esperas un niño? —preguntó María.

—Sí, ya es el segundo. Pero aún quedan unos meses, lo que pasa es que me gusta comer —Rosa aclaró a María la razón por la que tenía algún kilo de más de lo que correspondía a su embarazo.

—Pues es una buena costumbre —dijo María y ambas se echaron a reír. Pensó que iba a ser muy feliz en ese pueblo junto a Denis, además, ahora tenía una amiga.

Denis, al que ahora llamaban Daniel, ya había empezado su trabajo para las obras del casino, y su vida junto a María comenzaba a tomar forma. Llamó a su hermano al poco tiempo de llegar a Vega de Aragón. Quería decirle que María estaba con él, que se habían casado y trasladado a vivir a un nuevo hogar, darle el nuevo número de teléfono al que podía llamar si necesitaba comunicarse con él y también preguntarle cómo iban las pesquisas con respecto a la búsqueda de la semilla.

—¡Hola, hermano! ¿Cómo va todo por Francia? Tengo muchas novedades que contarte. María está conmigo, se ha escapado. Don José ha arreglado todo para que pudiéramos casarnos en Zaragoza, pero ya hablaremos de eso más despacio, ahora quiero que me cuentes tú. ¿Has averiguado algo?

—Sí. Escucha Denis, hay algo que quería decirte, fui a ver a Bérénice, tengo la toquilla.

—¿Todavía la guardaba? ¡Genial! ¿Y qué has visto? ¿Se conservan los dibujos bordados?

—Se conservan perfectamente, pero no es fácil descifrarlos, tengo que mirarlo con más tranquilidad, le he dicho a Bérénice que me la preste unos días, luego se la devolveré —respondió Jérôme.

—Perfecto, mantenme informado, ¿de acuerdo?

—Lo haré, y ahora cuelga que esta llamada va a costarte mucho dinero.

Escríbeme, cuéntame todos los detalles de tu boda por carta.

—Cuidate mucho hermano, ten cuidado con esta maldita gripe. Cuida también de Bérénice.

—Descuida, lo haré. Estoy muy feliz por vosotros. Os mando un fuerte abrazo.

Unas semanas después, Denis recibió una carta de Jérôme. Había calcado sobre el papel los dibujos que su padre había mandado bordar y se los envió a su hermano.

Parecía evidente que eran números y letras dentro de un laberinto, algo repujados, unos boca arriba, otros boca abajo, pero si se fijaba bien se podían distinguir con claridad, juntando las letras y buscando el orden correcto se podía descifrar la palabra COURRIÈRES.

Denis contó a María lo que acontecía, no había vuelto a compartir ese secreto con nadie que no fuera Jérôme desde que salió de Francia por miedo a que le tomaran por loco, pero el vínculo entre la pareja se hacía más fuerte cada día.

—Mira esté dibujo. ¿No podría ser un mapa? —advirtió María.

—¡Creo que has dado en el clavo, cariño! —exclamó Denis—. No es un laberinto, es un mapa, probablemente de la mina de Courrières. Mañana escribiré a Jérôme, tendrá que ir allí, tal vez mi padre dejó la semilla en el mismo lugar donde la encontró.

## FRANCIA – 1919

Cuando Jérôme recibió la carta de su hermano, contempló el dibujo de la toquilla, a él le recordó las calles de Lens a pesar de que no había vuelto muchas veces por allí desde que se los llevaron a vivir a Arrás.

Se dirigió a Courrières, encontró que habían estado recomponiendo el desastre causado por la explosión. Casi todas las secciones de la mina se habían vuelto a abrir y los mineros estaban trabajando. No había forma de que él pudiera entrar y no sabía qué hacer. Se sentó en el suelo y se quedó

contemplando el lugar en el que su padre había trabajado tanto tiempo y que cambió sus vidas. Sacó de su bolsillo la copia que había hecho del dibujo. Cuanto más lo pensaba, más claro lo veía: era imposible que su padre hubiera devuelto la semilla al lugar donde la encontró, todavía quedaba alguna sección cerrada y el acceso era impenetrable, además su padre era un hombre inteligente, se imaginaría que con el tiempo lo reformarían todo para volver a abrir la mina, por lo que el Jantung quedaría al alcance de cualquiera.

Empezó a llover, pero él no se levantó del suelo. Desde su posición veía una edificación con la inscripción Fosse N° 9-17, entre los números que había podido descifrar en la toquilla había un 9, un 1 y un 7, pero seguía sin encontrar una solución lógica.

Un hombre se le acercó, era un capataz:

—¿Está usted bien, señor? —le preguntó sacándole de su ensimismamiento.

—Sí, sí estoy bien, gracias —respondió al mismo tiempo que se incorporaba.

—Pero ¿qué hace aquí, hombre? Se va a calar hasta los huesos ¿No prefiere sentarse en otro sitio? El suelo no es el asiento más adecuado para un caballero. ¿Busca usted a alguien?

—Estaba buscando un lugar, pero no acabo de dar con él —respondió Jérôme—. A lo mejor usted podría ayudarme.

—¡Dígame! —dijo el capataz.

Jérôme le mostró el papel y le explicó que si juntaba las letras podía formar la palabra COURRIÈRES, por lo que había deducido que se trataba de la mina y los números le llevaban hasta ese punto, pero no veía sentido a que lo que buscaba estuviera ahí.

—¡A ver! Permítame — dijo el capataz. —Pero aquí no pone COURRIÈRES ¡Mire! Hay una sola R, y no hay ninguna O, además la E que está acentuada tiene la tilde en la otra dirección ¿no lo ve? Si invierte las letras... yo creo que lo que pone es ÉCURIES (CABALLERIZAS).

—¡Tiene razón! —exclamó Jérôme con entusiasmo—. ¡Tiene usted toda la

razón! Le estoy muy agradecido. —En ese momento se le vino a la cabeza lo que le habían contado acerca de su padre y de los otros hombres que consiguieron salir del desastre junto a él. Durante los días que estuvieron encerrados se alimentaron con la carne de un caballo. —Pero aquí en Courrières habrá caballerizas, ¿no es así? Tengo entendido que trabajan con caballos.

—Claro que trabajamos con caballos, ellos son los que tiran de las carretas para transportar el carbón. Pero no están en esta zona, tiene usted que buscar donde pone Fosse N° 3. Las caballerizas están detrás de esa sección.

—¡Muy agradecido, señor! —dijo Jérôme mostrando una gran sonrisa.

Se dirigió al punto que le había indicado el capataz rebosante de felicidad.

Las caballerizas estaban numeradas y vacías, en ese momento todos los caballos estaban realizando su labor lo que facilitaba el trabajo a Jérôme. Solo le faltaba descifrar el significado exacto de los números que su padre había mandado bordar y encontraría el tesoro que tantas personas habían deseado. Suponía que uno de los números sería el de una cuadra, pero no tenía ni idea de a qué correspondería el resto, aunque estaba dispuesto a no marcharse de allí sin averiguarlo.

Jérôme entraba y salía de las cuadras y caminaba por los pasillos, cuando de pronto se dio cuenta de que el recorrido que estaba haciendo le recordaba a algo. Parecía un laberinto. Era el dibujo de la toquilla, se trataba del mapa de las caballerizas.

Volvió a sacar el dibujo de su bolsillo para mirarlo detenidamente, tenía que haber alguna pista y por fin dio con ella, un pequeño dibujo en el que no había reparado antes tenía forma de corazón.

Intentó ubicar sobre el terreno el punto en el que se encontraba él y cómo llegar hasta el corazón bordado, según su orientación sería dentro de una cuadra, la número 9. Cuando llegó hasta ella observó con detenimiento todo lo que había a su alrededor y vio que una de las piedras que componían la pared, justo encima del bebedero, tenía un color diferente. Apenas se apreciaba,

había que colocarse en el sitio que ocuparía un caballo para beber. Se trataba de la primera hilera de piedras, la número 1 contando desde el rincón de la pared, y si contaba desde el techo, la que estaba colocada en la fila 7, eran los mismos números del dibujo.

Buscó un objeto para poder mover la piedra, encontró una pala y ayudándose con ella logró quitarla.

Un tenue resplandor salió del interior de la pared...

Jérôme cogió la semilla y se marchó de vuelta a Arrás. Llamó por teléfono a Denis y le contó todos los detalles de su aventura.

—¡Lo tengo, hermano! ¡Lo conseguí! ¡Ya está en mi poder! Pero ahora no sé qué es lo que debo hacer con ella —dijo Jérôme.

—Es una semilla, ¿no? Además, ¿no recuerdas lo que leí en la biblioteca de Arrás? Tienes que devolver a la Tierra su corazón. Tendrás que sembrarla —respondió Denis.

—Tienes razón, no recordaba aquello. Pues voy a hacerlo, ya te informaré cuando haya alguna novedad. Veremos si brota una planta mágica.

Jérôme siguió el consejo de su hermano y puso la semilla en una maceta, pero pasaron los días, las semanas y los meses y no brotó nada. La cambió de la maceta a una enorme jardinera, la regó, le puso fertilizante, hizo todo lo que pudo, pero nunca nació nada de la misteriosa semilla. Hasta que finalmente se dio por vencido y con el tiempo también Denis, que un buen día dejó de preguntarle por ello.

Cada uno siguió felizmente con su vida sin volver a pensar en el misterioso *corazón de la Tierra*.

## Capítulo XV

7 de abril de 1922

*Hoy he recibido carta de Bérénice. Han pasado cinco años desde la última vez que la vi. Ni siquiera pude despedirme de ella cuando Jérôme y yo salimos de Francia.*

*Me ha enviado una foto, esta guapísima, sus ojos me han recordado a mi madre, se está haciendo mayor, va a cumplir dieciséis años y pronto se marchará de Sainte Catherine.*

*Siempre pienso que volveré algún día a Francia, pero todavía no ha llegado el momento. Si queremos hacer el viaje con las condiciones adecuadas, cuesta mucho dinero y María hace un tiempo que no se encuentra con fuerzas como para viajar con incomodidades. Espero que se recupere pronto y podamos emprender ese viaje, tengo ganas de abrazar a mis hermanos.*

## ESPAÑA – 1922

María entró en el taller en el que Denis se encontraba trabajando y le abrazó fuertemente por la espalda.

—¡Daniel! —dijo susurrándole al oído— ¡Tengo una sorpresa para ti!

—¿Qué sorpresa? —Denis se dio la vuelta y la sentó en sus rodillas.

—Coge esto, te va a hacer falta. —María sacó un babero del bolsillo de su delantal y se lo dio.



—¿Esto significa lo que estoy pensando? —preguntó Denis con entusiasmo.

—¡Viene un niño, Daniel! Por fin vamos a tener un niño.

Un niño era lo único que faltaba para que la felicidad de ambos fuera completa. Hacía tres años que se habían casado y lo llevaban esperando desde entonces, pero no venía. María algunas veces pensaba que era culpa de su rebeldía, por haber dejado a su madre de la forma en que lo hizo, Dios la estaba castigando, pero Denis enseguida se las arreglaba para quitarle esa idea de la cabeza.

Comenzaron a besarse y a reír: Denis cogió a María en brazos y se puso a gritar: «¡Un niño! ¡Nuestro niño!», sintiendo que esa alegría no terminaría nunca.

María salía de su trabajo siempre mucho antes de que regresara Denis de la obra en el casino. Algunas veces, cuando no tenía demasiada faena en casa, acompañaba a Rosa y le echaba una mano con los niños, decía que así se iba acostumbrando a tratar con ellos para cuando llegara el suyo propio y al mismo tiempo ayudaba a su amiga que también estaba embarazada, ella por tercera vez y un poco más avanzada que María.

Una tarde un vecino fue a buscarla hasta allí. Le dijo que había alguien preguntando por ella, una mujer ya mayor, que le habían indicado cuál era su casa y la estaba esperando en la calle.

María sintió un vuelco en el corazón y salió corriendo, según se acercaba hasta su casa la ansiedad aumentaba, hasta que al torcer una esquina vio la silueta de la mujer más importante de este mundo para ella.

—¡Madre! ¿Cómo me ha encontrado?

—¿Podemos entrar? Necesito sentarme, he hecho un largo viaje —dijo doña Lucía.

—¡Claro! Pase, ¿quiere comer algo? —respondió María.

—No, solo un vaso de agua.

Durante un momento las dos permanecieron en silencio. María estaba emocionada y a la vez asustada, aún sentía miedo de que doña Lucía hubiera

llegado para llevársela, o de que pudiera meter a Denis en un buen lío. Pero no fue así, doña Lucía miró directamente a los ojos a María.

—¿Estas esperando un hijo? —preguntó.

María se sintió derrumbada, era la primera vez que la miraba a los ojos desde hacía muchos años. Era algo que ella había buscado con tanto anhelo y que nunca, hasta entonces, había conseguido por más que lo intentara. Por fin pudo ver de qué color eran los ojos de su madre, ya no lo recordaba, tenían un tono grisáceo, descolorido por el sufrimiento.

Después de una pausa consiguió responder.

—Sí, estoy esperando, pero ¿cómo lo ha sabido si aún no se me nota?

—Lo he visto en tu mirada. —En ese momento la madre sonrió y su cara pareció más guapa y más dulce.

—¿Cómo me ha encontrado, madre? —volvió a preguntar María.

—No ha sido difícil, el maestro escultor para el que trabajaba tu marido lo fue diciendo por el pueblo. Todo el mundo se enteró de que te habías fugado con él.

—¡Vaya! ¡Y eso que Denis pensaba que era discreto! —exclamó María.

—¿Cómo dices, hija?

—Nada, madre.

—Tuve que soportar ese bochorno durante un tiempo, pero ahora ya es un tema olvidado. Como habrás podido observar también me he enterado de que os habéis casado. En cuanto he preguntado por ti a las gentes del lugar, me han dicho que vivías en esta casa con tu marido Daniel. Por cierto... ¿se ha cambiado el nombre? Me alegro. Nunca me gustó el nombre de Delis.

—Madre, siento que mi decisión la haya podido perjudicar. Nunca tuve intención de hacerla daño —aclaró María.

No debes de preocuparte ahora por eso, hija. En realidad, lo único que importa es que te sientas feliz. Sé que no he sido una buena madre para ti. Siempre quise más a tu hermano y cuando perdí a mi marido y después tuve que separarme de mi hijo, la amargura se apoderó de mi persona. Yo solo

quería que tú fueras fuerte por si alguna vez la vida te ponía en la misma tesitura en la que me puso a mí. Espero que algún día puedas comprender por qué me he comportado así contigo durante todos estos años. La vida es muy dura para una mujer sola, yo solo quería enseñarte a luchar y a defenderte, tal vez no lo hice bien, espero que no me guardes rencor.

—¡Madre! Nunca he sentido rencor hacia usted. Solo amor.

Madre e hija se miraron durante un instante hasta que doña Lucía retomó la conversación.

—El mes pasado vino tu hermano a verme. Tiene una novia, dice que se quiere casar. Me preguntó por ti y me dio esto, es la dirección en la que vive en Madrid por si quieres escribirle. —Doña Lucía sacó un papel de su bolso y se lo dio a María.

—Gracias madre, le escribiré pronto diciéndole dónde estoy. Tal vez algún día quiera venir a visitarme él también.

—Tengo algo más para ti, hija. —Doña Lucía volvió a abrir su bolso y esta vez cogió una pequeña caja de madera con la tapa forrada de terciopelo verde acolchado.

—Tómalo, es un regalo para ti.

—¡Qué bonita caja! —exclamó María.

—¡Ábrelo! Lo importante es lo que hay dentro. Es una joya de mucho valor, perteneció a mi madre, consiguió conservarla y salvarla del espolio que entre sus hermanos y mi padre hicieron del patrimonio familiar. Es la única joya que conservo de mi familia. Quiero que la tengas tú, que tengas algo mío que puedas guardar siempre.

—Madre, le estoy muy agradecida pero no sé por qué hace esto. Es como si estuviera despidiéndose de mí y no quiero. Ahora que ya sabe dónde estoy puede venir a verme y a ver a su nieto también.

—Está bien, hija. Lo haré, vendré a verte y a conocer a ese niño. —Doña Lucía abrazó a María, no lo había vuelto a hacer desde que era una niña.

María se sintió tan reconfortada como entonces. Se sintió una niña otra vez

en los brazos de su madre, pero empezó a toser y tuvo que apartarse.

—Ahora me voy, hija, no quiero que tu marido me vea aquí. Cuídate esa tos, no me gusta, tienes que estar sana para cuidar de la criatura que llevas dentro.

—¡No se vaya! Quédese, no puede viajar ahora, se le va a echar la noche encima.

—No tengo miedo a la noche, ya lo sabes. Cuídate mucho, hija, y cuida a ese bebé. Espero que seas muy feliz.

María no le contó a Denis la visita de su madre, prefirió no compartir ese momento, guardarlo para ella como si fuera un tesoro que nadie comprendería. Además, no quería preocuparle a él con la idea de que algo pudiera enturbiar la armonía en la que estaban viviendo.

A medida que el embarazo avanzaba la felicidad de la pareja crecía también. Pero esa felicidad no duraría mucho. María empezó a sentirse enferma y a toser cada vez con más frecuencia. Al principio pensó que no era importante y que se pasaría aplicando los remedios caseros que todo el mundo utilizaba para los enfriamientos, pero no fue así.

Un día, Denis llegó cansado de trabajar, las obras del casino estaban a punto de terminar. Ya llevaba abierto al público casi un año, sin embargo, tallar los bajorrelieves era un trabajo muy delicado y necesitó más tiempo que el resto de la construcción. Se dejó caer sobre la primera silla que encontró en la cocina. Desde su posición podía ver la escalera que subía al piso de arriba, donde se encontraba María, que al oír llegar a su marido dejó lo que estaba haciendo para ir a su encuentro.

Denis la contempló según bajaba la escalera y pensó que era tan bonita como el primer día que la vio, con sus ojos verdes y su aspecto de duendecillo o de hada más bien. Cuando la sentía cerca todavía se estremecía, a pesar de los quince kilos de más que pesaba por su prominente barriga y de llevar más de tres años casado con ella.

Cuando María llegó al descansillo se paró durante un instante y miró a su marido, le sonrió y con su sonrisa iluminó la estancia. Pero cuando intentó

reanudar su marcha, un golpe de tos la obligo a parar.

Denis se levantó precipitadamente de la silla y fue a socorrerla.

—¿Estás bien? —preguntó con angustia mientras la ayudaba a mantenerse en pie.

—Sí, sí, estoy bien —respondió María—. Es por el embarazo, la criatura me pesa ya mucho y me oprime el pecho.

Pero al separarse de los brazos de Denis vio que le había manchado la camisa de sangre. No quiso preocuparle así que se las arregló para conseguir que se cambiara de ropa rápidamente, diciéndole que estaba ocupándose de hacer la colada y que necesitaba echar a lavar la camisa que llevaba puesta ya que estaba manchada. Sacó la fuerza suficiente para ayudarle a desnudarse, enrollar la camisa y llevársela sin que él llegara a ver la verdadera naturaleza de la mancha.

Los días pasaban y María no paraba de toser cada vez más y su tos iba acompañada de sangre. Ya no pudo ocultárselo a Denis que buscó inmediatamente a un doctor especializado que iba a visitarla con frecuencia a pesar de las protestas de María por el coste de tal atención. Pero no sirvió de nada.

Su embarazo evolucionaba bien, pero ella se debilitaba ante la impotencia de su esposo que veía con angustia cómo su amada empeoraba, hasta que llegó un momento en que apenas podía ya levantarse de la cama.

Denis no podía permitir que le pasara nada, habría sido capaz de cualquier cosa con tal de que María se recuperase, por lo que llamó a su hermano pidiéndole que volviera a España y que trajera con él el antung.

Jérôme atendió inmediatamente a la llamada de su hermano, en el fondo estaba deseando tener una buena excusa para volver a España y las razones que le había dado Denis eran las más fuertes que podía imaginar.

Desenterró la semilla de la vieja jardinera y dos días después se presentó en Vega de Aragón con el mágico remedio.

La idea había sido buena, Denis tenían en sus manos el remedio para curar a

su mujer. Contemplaba el Jantung a cada instante, trató de exprimirlo, regarlo, pasarlo por el pecho de María, rezó con fervor, pero por más que lo intentó, no consiguió ni una sola gota de sustancia que saliera de la semilla, ni una brizna para poder darle a María algo que produjera sobre ella algún efecto de mejoría.

—Es evidente —dijo Jérôme—. Tendría que haber brotado algo cuando la sembré, y no ha sido así. Por alguna razón no funciona. Tal vez no lo haya hecho bien, no lo sé. Lo siento mucho, Denis.

—No lo sientas, tú no tienes culpa de nada —respondió Denis—. No sé qué más hacer. Voy a partirla por la mitad, tengo que saber si hay algo en su interior que pueda ayudarnos.

—¡No hagas eso, hermano! Es una semilla, algo vivo, si la partes, perderá su propiedad para que algo pueda brotar de ella y entonces sí que no servirá de nada.

—¡Tengo que hacer algo! Si no María morirá. No puedo permitirlo. —Denis empezaba a perder el control sobre sí mismo, viendo cómo se le escapaba lo que más quería en el mundo. Daba vueltas por la casa como una fiera enjaulada, subía las escaleras, las bajaba, entraba y salía. Se le ocurrió tapiar la ventana de la habitación de matrimonio en la que reposaba María. Se culpó de no haberlo pensado antes, la corriente de aire que se formaba entre esa ventana y el balcón que había en el mismo cuarto, no favorecía nada a la salud de su esposa. Pero no tuvo tiempo de cerrarla del todo, el momento de parto llegó precipitadamente.

La matrona hizo un gran trabajo, consiguió traer al mundo a un niño sano y robusto a pesar de la debilidad de la madre. Cuando lo dejó en los brazos de Denis, este sintió una emoción indescriptible, mezcla de orgullo y alegría por su hijo y miedo y desesperación por el estado en el que se encontraba María, que había perdido el conocimiento debido al esfuerzo y la fiebre.

Poco tiempo después despertó y la matrona le puso el niño en los brazos. Sonrió, no quería que su marido la viera triste y tenía que hacerse fuerte para

él, para no hundirle más. Fuerte, tal y como su madre le había dicho.

Puso a su hijo junto a su pecho y éste empezó a mamar lo que calmó su llanto. En ese momento, Denis recuperó la esperanza, pensó que si María tenía suficiente fuerza para alimentar a su hijo, probablemente también la tendría para vencer la enfermedad. Pero la tos volvió de nuevo. La matrona cogió al niño bruscamente y le alejó de su madre todo lo que pudo, por miedo a que pudiera resultar contagiado.

A María le hubiera gustado ver a su hijo crecer, tenerle entre sus brazos, estar siempre ahí para él. Pero nada de eso fue posible.

## Capítulo XVI

25 de noviembre de 1922

*«Acabo de apagar el cigarrillo contra el cenicero tratando de formar su imagen con el último aliento de humo que quedaba en mi boca, pero su imagen no quiso asomar, se quedó dentro jugando con mis pensamientos».*

*Una vez leí estas frases, no recuerdo dónde ni cuándo ni por qué. No recuerdo quién era el autor, solo recuerdo que pensé que debía de tener un sentimiento muy fuerte hacia la persona para la que lo escribió y que me gustaría sentir alguna vez algo así.*

*Desde la primera vez que te vi lo tuve, amor mío. Desde la primera vez que te vi, lo supe. Supe que no me separaría de ti jamás. Y así va a ser. Te quedarás dentro jugando con mis pensamientos, como el humo del cigarro de aquel hombre. Como mi sangre, bajo mi piel.*

*No te vas. No te preocupes, amor mío, porque no te vas.*

## ESPAÑA – 1922

Denis tenía entre sus manos la pieza de mármol más pura y perfecta que había podido encontrar, cogió su cincel y comenzó a trabajar sobre ella, a tallarla con más concentración y esmero del que había tenido nunca. La lijaba, la acariciaba, imaginaba una flor o una rama cubierta de hojas y la plasmaba en la piedra con una asombrosa facilidad.

Las horas pasaban, pero Denis no cesaba, un golpe, una caricia, una letra



detrás de otra, solo en su taller. Solo con su obra.

Las manos le sangraban, tal vez algún corte con el cincel o alguna esquirra de la piedra, pero no sentía dolor, ni frío, ni hambre, ni sed, no sentía nada, solo le importaba esa piedra y su trabajo, golpe tras golpe, caricia tras caricia.

Por fin terminó, no sabía cuánto tiempo había estado allí encerrado, tal vez horas, tal vez días. Se alejó para tener perspectiva y contemplar en lo que había estado trabajando. Entonces tomó conciencia de la realidad, una lápida como en las que tantas otras veces trabajaba, pero esta vez había grabado en ella el nombre de su mujer:

*«MARIA fallecida el 25 de noviembre de 1922»*

De repente sintió un fuerte golpe directamente en el alma y sintió frío y sed y un terrible dolor en las manos.

Se arrinconó y se puso a llorar. Acababa de ser consciente de ello, había perdido a su María y no volvería a verla. Esa lápida con sus letras repujadas entre flores y hojas talladas le apartaría de ella para siempre.

## ESPAÑA – 2017

¡No puede ser! —dijo Alba con gesto de desagrado—. Aquí termina el último cuaderno.

—¡No puede ser! —dijo Laura.

—¡Ya! Eso mismo he dicho yo. ¿Y ahora qué hacemos?

—Pues no lo sé, pero me ha resultado muy triste la muerte de María. No estoy segura de querer saber más. Vámonos a dormir y ya pensaremos algo, tal vez lo mejor sea dejarlo aquí y no darle más vueltas. De todas formas, el verano está acabando y en dos días nos volvemos a Madrid, no habríamos tenido tiempo de leer mucho más.

La tristeza de Laura era evidente. Se sentía triste por María y también porque el verano terminaba y pronto tendría que volver a Madrid, eso suponía

separarse de su padre y sobre todo dejar de ver a Miguel., pero a Antonio se le ocurrió una idea para que su hija se sintiera un poco más contenta. Ya tenía pensado hacía tiempo que si Laura aprobaba todo le gustaría hacer un viaje con ella y sabía el sitio perfecto.

—¡Cariño, ya sé lo que podemos hacer!

—¿Qué, papá? —preguntó melancólica Laura.

—Si apruebas las cuatro asignaturas que te han quedado podemos ir a Arrás en septiembre, antes de que empieces el próximo curso. ¿Recuerdas que te prometí hacer una escapada si aprobabas? Pues puede ser allí si quieres, pero tienes que aprobar todo, es una condición innegociable. ¿Estás de acuerdo?

—¿Estás hablando en serio? —El semblante de Laura cambió al oír la proposición de su padre.

—¡Completamente! Tal vez si viajamos hasta Francia podamos encontrar alguna pista de lo que pasó con Denis y averiguar al fin por qué se fue de Vega. Además, este verano has trabajado duro, no has faltado ni un solo día a clase.

—He trabajado, sí y creo que voy a aprobar. Voy a hacer todo lo que pueda, ya veras, a partir de hoy no quiero saber nada de otra cosa que no sea estudiar. Pero, papá... estoy pensando que podríamos invitar a mamá. No es por nada, es solo que a ella no se le da mal hablar francés. Podríamos necesitarla, es la que hizo de intérprete cuando viajó con sus amigas a Paris.

—Haz lo que quieras. Y ahora vete a dormir, mañana te toca madrugar otra vez.

## ESPAÑA – 1922

Desde entonces Denis no volvió a ser el mismo, la tristeza se fue convirtiendo en depresión. Ahora tenía un niño, pero no podía criarle, sin la leche de su madre habría muerto sin remedio de no haber sido por Rosa, que había tenido su tercer hijo hacía dos meses y se ofreció para alimentarle.

Rosa y María se habían hecho grandes amigas desde el día en que se

conocieron en el taller y era la candidata perfecta para criar al niño, al cual pusieron el nombre de Pedro.

Pedro necesitaba alimentarse cada tres horas por lo que a Rosa y su marido se les ocurrió que la única manera de hacerlo era llevárselo a vivir con ellos. Denis estuvo de acuerdo, apenas podía ocuparse de sí mismo, aún menos podía hacerlo de su hijo.

Decidió no volver a escribir en su diario. Preparó unos cajones que encontró por casa untándoles cera por dentro y metió los cuadernos, luego clavó las tapas y los depositó en el hueco de la ventana que estaba tapiando en el momento del parto. Después terminó de cerrarla, pensó que de esa forma sería como si enterrara así su propia vida.

Tanto Jérôme como Rosa y su marido hacían todo lo posible por ayudarle, cuidaban de que comiera y de que saliera de casa para distraerse y tomara el aire, pero Denis no encontraba consuelo, se pasaba horas encerrado en su taller esculpiendo piezas de mármol, solo de esa forma se olvidaba de su desesperación.

Todos sentían un poco de culpa por la muerte de María. Denis pensaba que tal vez no había cuidado lo suficiente de ella, Rosa creía que no había prestado la atención que debería a la enfermedad que resultó ser mortal y Jérôme era el que más culpable se sentía de todos, por no haber sido capaz de hacer florecer la planta del Jantung, además de no dejar que Denis lo partiera y tratara de sacar de él lo que fuera que pudiera haber ayudado en algo. Sujetó la semilla en sus manos, la observó durante mucho tiempo, su resplandor y su forma, podía notar su latido y pensó que no era justo que el corazón de la Tierra latiera y el de María no. Buscó un cuchillo entre los utensilios de la cocina y una maza y partió el Jantung en dos. En el interior no había nada, tal y como él sospechaba, era sólido y compacto exactamente igual por dentro que por fuera, excepto por la especie de cáscara que lo envolvía. Al cabo de unos segundos se fue apagando su luz y poco a poco dejó de latir. Empujó ambas mitades con el dorso de la mano y las dos cayeron al suelo, eso le hizo

sentirse mejor.

—Denis, pronto tendré que regresar a Francia, necesito saber que cuando me vaya estarás bien —dijo Jérôme.

—Lo estaré hermano, no te preocupes —respondió Denis.

—Sé que estás enfadado con el mundo, pero el dolor pasará ya lo veras. Nunca la olvidarás, pero llegará una mañana en la que veras que el sol brilla de nuevo, que tu hijo crece y se ríe y eso te hará sentir mejor.

—No quiero hablar del mañana, Jérôme. No quiero saber nada de lo que pasará en mi vida a partir de hoy. Solo quiero saber por qué si existe un milagro, un remedio para la enfermedad, para la muerte y nosotros lo encontramos, no ha servido para salvar la vida de mi mujer.

—No lo sé, Denis, no tengo la respuesta que necesitas. Yo nunca creí mucho en la magia, ya lo sabes. Pero tal vez ayudó, a lo mejor si no hubiera sido por el Jantung no habría llegado a nacer Pedro. María estaba muy enferma y muy debilitada, apenas podía respirar, sin embargo, aguantó hasta el parto y el niño nació fuerte y sano. Algunas veces la vida nos somete a pruebas muy duras, Denis.

Una tarde, antes de que se marchara Jérôme, el marido de Rosa fue a buscar a los dos hermanos, era fiesta y había un teatro en una carpa que habían montado a las afueras del pueblo. Denis no tenía humor para salir, pero no quería disgustar más a su hermano, sabía que pronto regresaría a Francia y que estaba sufriendo por él, así que, haciendo un gran esfuerzo, les acompañó.

No consiguió prestar atención al espectáculo, pero veía que la gente a su alrededor se reía y aplaudía y se alegró por Jérôme.

Cuando llegó el momento del descanso, los tres salieron a estirar las piernas y a tomar un poco el aire.

Andaban merodeando entre los carrmatos de los artistas cuando se les acercaron tres forasteros, habían ido hasta Vega de Aragón por la fiesta y ya llevaban unas horas calentándose gracias al vino del lugar.

—¿Me das un cigarrillo? —dijo uno de ellos dirigiéndose a Jérôme.

—No tengo, no fumo —respondió Jérôme.

—¿No fumas? Vas muy elegante y no fumas, ¿eres marica?

Jérôme hizo el amago de acercarse a él y los otros dos forasteros se pusieron en guardia.

—Déjalo, Jérôme —dijo Denis—. Déjalo, vámonos de aquí.

—¿Jérôme? ¡Pero si es francés! ¿Habéis visto, amigos? Un *franchute* — insistió el forastero.

—No queremos *franchutes* aquí —intervino otro de ellos.

—¿Tenéis algún problema con los franceses? —preguntó Denis.

—¡Dejadlo, chicos! —dijo el marido de Rosa tratando de poner paz—. Vamos adentro que el espectáculo continúa, ya está todo el mundo en su sitio. ¡Vamos!

Hicieron la intención de marcharse, pero los tres forasteros les cortaron el paso.

—Yo a ti te conozco —dijo a Denis el que primero se había dirigido a ellos y que de los tres parecía ser el líder—. Me acuerdo muy bien. Te vi el año pasado, te recuerdo porque ibas acompañado por una moza muy guapa. ¿Qué ha pasado? ¿Te ha cambiado por otro? ¡Vaya zorra! ¡Qué pena me das, amigo! El año pasado acompañado por una zorra y este año por un marica.

De repente Denis sintió como si una vena le estallara dentro de la cabeza y tuvo la sensación de que la sangre circulaba por su cuerpo más caliente, tanto que ardía. Se fue a por él y empezó a golpearle y golpearle sin ser consciente de ello. Todos gritaban tratando de pararle, pero Denis no atendía a razones y acostumbrado a golpear el mármol no supo medir su fuerza. Cuando quiso darse cuenta le había matado.

## ESPAÑA – 2017

—¡Oye, princesa! ¿Has llegado a hablar con tu madre? —preguntó Antonio a Laura.

—¡Papá, tengo una sorpresa para ti! ¡Viene mamá! —respondió Laura.

—¿Cómo que viene mamá?

—Viene a recogernos a Alba y a mí y de paso se quedará un par de días.

—Vaya, pues qué bien —dijo Antonio sin mucho entusiasmo al mismo tiempo que salía de la habitación.

—¿Tú estás segura de que es buena idea que venga tu madre? —preguntó Alba.

—¡Segurísima! Y esto es solo el primer paso, de aquí a Francia que seguro que la convenzo para que se venga con nosotros. Estos dos acaban juntos otra vez, te lo digo yo —aseguró Laura.

—¿Y qué pasa con el chico con el que sale tu madre últimamente?

—¡Va! Eso son tonterías, con mi padre estaría mucho mejor.

Al día siguiente llegó Victoria.

—¡Bueno, mi niña! Qué ganas tenía de verte, tienes que contarme tantas cosas. ¿Cuándo voy a poder conocer a ese Miguel?

—He quedado con él esta tarde a las cinco en la puerta de la iglesia... ¡Pero prefiero que no vengas! Ya te lo presentaré en otro momento. Mientras tanto podrías aprovechar la tarde para dar un paseo con papá. Dile que te enseñe el pueblo y que te lleve a hacer una excursión.

—¿Hacer una excursión? ¡Esa es una buena idea! —exclamó Victoria.

—¿Hasta qué día vamos a quedarnos? —preguntó Laura.

—¿Hasta qué día? Pensaba que nos iríamos esta misma tarde.

—¿Esta tarde? No, mamá, eso es muy pronto. Yo no tengo que examinarme hasta la próxima semana y tú tienes vacaciones estos días, ¿no? Por lo menos nos tenemos que quedar un par de días más.

—¿Dos días con tu padre? No creo que pueda soportarlo —dijo la madre.

—Mamá, no digas eso, además si quieres hacer una excursión podríais ir hasta la cueva de la Tabarnera. Alba y yo estuvimos con los chicos y es impresionante, pero para eso necesitas un día entero, está a unos kilómetros de aquí y el camino es difícil, volvimos a casa muy cansados.

—Eres un poco lianta, ¿lo sabías? Está bien, dos días. Pero habrá que

consultarlo con tu padre. ¿Y Alba qué dice de quedarnos?

—Alba estará encantada, con su Leo aquí, no creo que tenga ningunas ganas de volver a Madrid.

—Así que estáis las dos enamoriscadas, ¿eh? —preguntó Victoria.

—Precisamente de eso quería hablarte, mamá — dijo Laura.

—¿De vuestro enamoramiento?

—No exactamente. Sabes que, si apruebo las cuatro, papá me va a llevar a Francia, ¿no?

—Sí, claro que lo sé. Pero primero tienes que aprobar.

—Ya, ya, con eso cuento. El caso es que había pensado que podías venir con nosotros.

—¿A Francia? — preguntó Victoria con sorpresa—. ¿Qué estás planeando hija?

—Verás, es que creo que cuando se acabe el verano, papá se va a quedar un poco solo y vosotros os lleváis bien. Tal vez podíais intentar algo, no sé, una relación. —Laura vio la cara que puso su madre y tuvo la sensación de que, de un momento a otro iba a empezar a echar humo por las orejas.

—¿Te has vuelto loca? Deja que te tome la temperatura, creo que tienes fiebre, estás delirando.

—Este verano he estado mucho tiempo con él y me parece que es un buen tío, además ¿no le ves atractivo? ¿Qué opinas de hacer un viaje juntos los tres?

—Hija, parece que intentas venderme una enciclopedia.

—¿Venderte una enciclopedia? ¿Qué quiere decir eso? —preguntó Laura.

—Nada, es una expresión que... ¡Que no te hagas líos!

—Pero mamá, ¿no te parece una buena idea? Podríamos pasar unos días geniales en Francia los tres, y luego ya veríamos.

—Para, para, cariño. ¿De dónde te has sacado esa idea? Aprueba tus exámenes y haz ese viaje con tu padre. Lo vas a disfrutar mucho, ya lo verás, y olvida esa tontería de embaucarme a mí —concluyó Victoria mientras se daba la vuelta y se alejaba como huyendo de la idea de su hija.

—*Voilà!* —dijo Laura un poco decepcionada, dando por terminada la conversación.



## Capítulo XVII

3 de septiembre de 2017

*Ya estoy de vuelta en Madrid, mañana tengo el primero de los cuatro exámenes. En los tres próximos días me examinaré de las cuatro asignaturas y el lunes me darán las notas. Estoy tan preocupada por aprobar... Me juego mucho, no solo el curso, también el viaje y poder volver a Vega, porque si tengo que repetir, mi madre no me va a dejar salir de casa en todo el curso y entonces adiós a volver a ver a Miguel.*

*Acabo de llegar y ya le echo de menos, tengo tantas ganas de volver a verle, pero estoy segura de que pronto va a ser así.*

*Pues nada más, querido diario. Hasta aquí ha llegado el verano. Ahora los exámenes y dentro de nada a empezar un nuevo curso. Ojalá podamos hacer ese viaje a Francia y descubramos algo más acerca de mi bisabuelo Daniel, mejor dicho, Denis.*

## ESPAÑA – 1922

—¡Daniel, vámonos de aquí! ¡Vámonos! —dijo el marido de Rosa.

—¡Lo he matado! ¡He matado a un hombre! ¡Lo he matado! —repetía Denis desconsoladamente una y otra vez.

—¡Déjalo, Denis! Vámonos, ya no tiene remedio —dijo Jérôme.

Los otros dos forasteros intentaban reanimar a su amigo, revoloteaban a su alrededor:

—¡Lo vas a pagar! ¡Esto lo vas a pagar caro! —repetían ambos agachados tratando de incorporar el cadáver.

—¡Daniel, vámonos! Sus amigos se encargarán de él —insistió el marido de Rosa.

Después de varios intentos consiguieron arrancar a Denis de la situación y echaron a correr. Cuando los forasteros reaccionaron les habían perdido de vista.

Al primer lugar al que se dirigieron fue a casa de Rosa que ya se había ido a dormir, pero la despertaron con el alboroto que organizaron y salió sobresaltada de su habitación.

—¿Qué ha pasado? ¡Dios mío! ¿Por qué venís así? —dijo echándose las manos a la cabeza.

Le contaron lo sucedido e intentaron pensar con frialdad, pero no tenían mucho tiempo, sabían que los forasteros pronto darían parte a la Guardia Civil y que si permanecían allí se llevarían a Denis.

—Nos volvemos a Francia. Iremos a tu casa para que recojas lo que necesites, aprovecharemos la noche para avanzar —ordenó Jérôme.

—Bien, pero me llevo a Pedro. ¿Dónde está? —dijo Denis al tiempo que se asomaba por las habitaciones buscando a su hijo desesperadamente.

—¿Te has vuelto loco? No puedes llevarte al niño —gritó Rosa.

Cuando Denis le localizó trató de cogerle de su cuna, pero Rosa se le adelantó.

—¡No te llevarás al niño! —dijo aferrándose a él con tal fuerza como si de su propia madre se tratara.

—Rosa, por favor, dame a mi hijo —dijo Denis con toda la serenidad y la calma que pudo dadas las circunstancias—. No me marchare sin él.

—Ni lo sueñes. *¿Y cómo piensas alimentarle? Le pondrás en peligro. Tú haz lo que quieras, pero el niño no se mueve de aquí.*

—¡Escucha, Denis! Rosa tiene razón —dijo Jérôme—, el niño estará mejor aquí y nosotros avanzaremos más deprisa si se queda. Tienes que dejarle.

—¡Márchate, Daniel! Estas perdiendo mucho tiempo —dijo el marido de Rosa—. No te preocupes por Pedro, le cuidaremos como si fuera nuestro propio hijo, ya lo sabes.

—¡No puedo dejarle! ¿Qué pensaría María? No me iré.

—¡Daniel! Vete, no te preocupes por eso —dijo Rosa—. Estoy segura de que sería lo que María querría. Vete durante un tiempo, mientras tanto nosotros le criaremos y cuando todo esto se olvide un poco podrás volver a por él. Estará bien, te lo aseguro.

Finalmente consiguieron convencer a Denis, que abrazó a su hijo despidiéndose de él *con la* amarga sensación de que le perdía para siempre.

Su hermano y él fueron a la casa para preparar un petate con ropa y comida. Cuando iban a salir Jérôme reparó en una luz que salía desde debajo de un mueble de la cocina. Recordó que cuando partió el Jantung tiró los dos trozos al suelo y que no volvió a verlos desde ese día, se agachó y vio que debajo del mueble de la cocina no había una luz, sino dos.

Jérôme no entendía lo que había ocurrido, supuestamente la semilla estaba muerta tras haberla partido, pero ahora ambos trozos parecían tener vida por sí mismos, emitían luz y latían y la cáscara había crecido de forma que cubría por completo ambas mitades. Jérôme pensó que les vendría bien su luz para avanzar en la oscuridad. Cogió las dos mitades y se las llevó.

Caminaron durante toda la noche, Jérôme le dio una mitad de la semilla a Denis y cada uno utilizó su trozo a modo de linterna. Tomaron un camino lleno de zarzas, se llenaron de arañazos brazos y piernas, después atravesaron un terreno pantanoso que les cubrió de barro hasta las rodillas. Fue una prueba muy dura para Jérôme que tenía limitada su capacidad respiratoria.

Empezaba a amanecer cuando vieron una cueva medio oculta entre la vegetación, justo a un lado del cauce del río.

—Nos ocultaremos en esa cueva —dijo Jérôme—. Nos esconderemos de día y continuaremos por la noche, aquí no nos encontrarán, cruzando el río es imposible que sigan nuestra pista.

Justo en el momento en el que ellos entraban, entraron también los primeros rayos de sol, atravesando las gotas de agua que se filtraban del río y produciendo un efecto arcoíris que llenó la cueva de colores.

—Vamos a adentrarnos un poco más. Si nos metemos por ese agujero estaremos más seguros —dijo Jérôme refiriéndose a un hueco completamente oscuro, al que se podía acceder subiendo por una sucesión de piedras que formaban una especie de escalinata.

Pasaron varias horas cuando oyeron voces fuera de la cueva. Les estaban buscando y habían llegado hasta ella, pero no la vieron, les pasó desapercibida.

Cuando se fueron volvió el silencio más absoluto hasta que fue roto por Denis.

—Escucha, hermano. He estado pensando y he tomado una decisión —dijo bajo la expectante mirada de Jérôme.

—¿Qué estas tramando?

—Me vuelvo a Vega, voy a entregarme.

—¡Denis! —dijo Jérôme cerrando los ojos y bajando la cabeza al mismo tiempo—. ¿Por qué quieres hacer eso? Saldremos de esta, ya lo verás y dentro de un tiempo podrás volver a por Pedro si es eso lo que te preocupa.

—No, no quiero irme, le estoy abandonando. Además, te estoy poniendo en peligro a ti. Mejor será que nos separemos aquí, si yo me entrego, a ti no te buscarán.

—Razona un poco, si vuelves podrían condenarte a muerte, ¿habías pensado en eso?

—No, eso no va a pasar, estoy seguro —dijo Denis.

—En cualquier caso, pasarás años en la cárcel, no podrás estar con tu hijo igualmente, y con respecto a mí... Verás, haremos una cosa, acompáñame hasta Francia, ayúdame a atravesar los Pirineos, solo no podré hacerlo y ahora soy tan prófugo como tú. Si tú te entregas seguirán buscándome, no sé por qué piensas que no lo harán y acabaré en la cárcel también. Cuando pasemos los

Pirineos si quieres te das la vuelta.

Después de esa conversación Jérôme consiguió convencer a Denis, pasaron el resto del día ocultos sin que nadie consiguiera dar con su paradero.

Cuando llegó la noche, salieron de la cueva y retomaron el camino rumbo al norte. Llevaban un rato caminando cuando Denis se percató de que no tenía consigo su mitad del Jantung.

—Espera un momento, Jérôme ¡He perdido el Jantung, creo que se ha quedado en la cueva! —dijo Denis.

—Pero ya nos hemos alejado mucho, ¿quieres regresar a por él? Podemos hacerlo.

—No, no te preocupes, de todas formas, no me ha servido de nada cuando más lo he necesitado. ¡Sigamos adelante!

—Yo tengo la otra mitad, con ella será suficiente para los dos —respondió Jérôme.

A veces caminando y otras veces colándose en alguna carreta sin que nadie les viera o entre los vagones de algún tren, consiguieron hacer todo el camino hasta cruzar los Pirineos sin ser detenidos. Una vez allí Denis no volvió a nombrar la posibilidad de entregarse y atravesaron toda Francia hasta llegar a Arrás ya sin la preocupación de ser capturados por la Guardia Civil.

Durante mucho tiempo Denis vivió su propio infierno. Tenía pesadillas todas las noches y sus gritos podían ser escuchados incluso por los vecinos.

Pero ayudado por su hermano y con la alegría de Bérénice, el tiempo fue curando sus heridas y un día, pasados los años, sin saber cómo, se dio cuenta de que había vuelto a reír de nuevo.

## Capítulo XVIII

11 de septiembre de 2017

*¡Querido diario! ¡Queridos todos los que algún día leáis esto! ¡Lo he conseguido! He aprobado las cuatro. Hoy sí que puedo decir que me siento satisfecha conmigo misma, por el trabajo que me ha llevado llegar hasta aquí y por las personas con las que me he relacionado este verano, incluido mi padre. Solo me falta conocer algo más de mi bisabuelo Daniel. Lo primero que voy a hacer es llamar a mi padre para decirle que vaya sacando los billetes a Francia no vaya a ser que se le olvide.*

### ESPAÑA – 2017

—¡Papá! ¡Tengo una noticia muy importante! ¡He aprobado las cuatro! ¿No te parece increíble?

—¡Cuánto me alegra oír eso! —respondió Antonio.

—Vas a tener que ir preparando el viajecito.

—Estoy en ello. Sabía que no me defraudarías. He estado mirando billetes, tenemos dos opciones, ir hasta Bruselas o hasta Paris, a Bruselas sale *más barato*, allí alquilaremos un coche y tardaremos unas dos horas en llegar hasta Arrás, luego tenemos cinco días por delante para recorrer la zona y ver qué encontramos.

—¡Bien! Eres el mejor padre del mundo. ¡Te quiero. papá! —afirmó Laura con entusiasmo.

—Y yo a ti, princesa. ¡Corre! Ve preparando las maletas, salimos mañana por la tarde.

## FRANCIA - 2017

Dos días después Laura estaba pletórica caminando por las calles de Arrás, la ciudad donde vivió su bisabuelo.

Aprovecharon para hacer un poco de turismo y visitaron las *Boves* de las que tanto había escrito Denis en sus diarios. Los *subterráneos*, que se extendían bajo el centro de la ciudad, se habían convertidos en bares y restaurantes e incluso en alguna discoteca. Vieron la Plaza de los Héroes con su torre y su reloj y se la imaginaron destruida, tal y como Denis la describió, convertida en una ruina después de los bombardeos, Laura sintió un escalofrío cuando esa imagen le vino a la cabeza.

Al día siguiente, visitaron Lens y lo que quedaba de las minas de Courrières. Era tan emocionante estar allí, y no solo para Laura, Antonio se estremecía paseando por esas calles y pensando que su abuelo había nacido en ese lugar. Le parecía increíble no haber sabido nada de sus raíces hasta ese verano.

Recorrieron todos los lugares que pudieron, incluso llegaron hasta la bahía del Somme y pasaron por los mismos lugares por donde había pasado Juana de Arco.

Y por fin llegó el momento: el tercer *día* fueron a conocer Sainte Catherine.

Continuaba siendo un colegio, pero ya no era internado ni de beneficencia, como lo había sido a principios del siglo XX, ahora se había convertido en un colegio muy caro para chicos cuyas familias podían pagar una buena cantidad de dinero al año para que estudiaran allí. Seguía estando regentado por religiosas, pero el profesorado era seglar.

Antonio y Laura, ayudados por el traductor automático de *Español-Francés* de sus teléfonos móviles, se las arreglaron como pudieron para preguntar por sus familiares que vivieron allí antes y durante la Primera Guerra Mundial.

Uno de los conserjes que vigilaban los pasillos, les invitó a pasar a una sala

con grandes sillones y tapices en las paredes, les hizo entender que esperaran ahí sentados porque había una persona que les podría ayudar.

Al cabo de uno tiempo entró en la estancia una mujer anciana con un hábito de monja que solo dejaba ver su cara y sus manos.

—¿Son ustedes los nietos de Denis? —preguntó en español.

—Sí, somos nosotros —respondió Antonio—. ¿Y usted es...?

—Yo soy sor Aurélie, *monsieur*. Mi madre fue una de las huérfanas que vivió en este colegio en los tiempos de la Primera Guerra Mundial. Ella era muy amiga de su tía Bérénice y me contó muchas cosas acerca de su familia — la anciana hablaba muy despacio, se notaba que no practicaba el castellano desde hacía tiempo, además de que su edad le daba un aire de calma.

Antonio y la monja estuvieron hablando durante mucho tiempo. Antonio le contó cual era la razón que les había llevado hasta allí. Le habló de la casa en Vega de Aragón y de cómo habían encontrado los diarios de Denis, del desconocimiento que había tenido de su abuelo hasta entonces y del interés que despertaba, tanto en él como en su hija, la continuación de la historia. Querían saber el motivo por el cual Denis abandonó a su hijo y qué fue de él después, así como de Jérôme y Bérénis.

Sor Aurélie les dijo todo lo que recordaba de la historia que su madre le había contado y lo que ocurrió aquella dramática noche en la que la fatalidad llevó a Denis a matar a un hombre. Cuanto más conocía Antonio de su abuelo, más se sorprendía.

—Denis se fue recuperando poco a poco hasta que salió de su depresión ayudado por sus hermanos, que no le dejaban solo ni un momento. Pasaron años hasta que se sintió lo suficientemente fuerte como para regresar a España, entonces fue a buscar a su hijo, tenía la intención de traérselo a Francia y emprender una nueva vida junto a *él aquí*, pero le resultó imposible. Para Pedro, Rosa era su madre y los hijos de esta sus hermanos, era feliz con ellos. Para Rosa habría sido terrible que le arrebataran a Pedro y a la inversa. Denis no pudo permitir que Pedro perdiera una madre por segunda vez, arregló todos



los papeles para cederle la casa de Vega y se volvió a Francia, pero sin él, aunque nunca dejó de estar pendiente del chico —relató sor Aurélie.

Antonio y Laura escuchaban a la anciana sin perderse ni una palabra.

—¿Y Jérôme? ¿Qué fue de él? —preguntó Antonio.

—Jérôme nunca se casó. Mi madre decía que tuvo miedo después de ver la experiencia que había vivido Denis con María. Nunca le faltaron las mujeres, era muy seductor, pero no llegó a entregar su corazón totalmente. Siguió con su trabajo en el banco hasta que después de la crisis del veintinueve empezó a invertir en bolsa y ganó mucho dinero, entonces se fue y estuvo viviendo en diferentes países.

—¿Llegó usted a conocerles? —preguntó Antonio.

—Conocí a Bérénice, ella era una mujer muy peculiar —respondió sor Aurélie.

—¿Peculiar? *¿Qué quiere decir con peculiar?*

—Tenía unos enormes ojos azul turquesa, recuerdo que de niña me llamaba la atención por eso.

—¿Qué fue de ella? ¿Se casó? ¿Tuvo familia? Tal vez tengo primos aquí, en Francia y no lo sé.

—Lo último que supimos es que se trasladó a vivir a Lille, la gran ciudad del norte. A partir de ese momento, mi madre perdió toda la relación con ella, antiguamente las comunicaciones no eran fáciles como ahora. Siempre pensamos que Bérénice volvería un día u otro, pero no fue así. No llegamos a saber qué pasó con su vida después. Pero tengo algo que les pertenece.

Sor Aurélie metió su mano en el bolsillo que tenía oculto bajo su hábito y sacó una carta, el papel estaba amarillento, pero se conservaba en perfecto estado.

—Es una carta de Bérénice dirigida a su hermano Jérôme. Es del año 1936, se la envió a su hermano justo antes de marcharse de aquí a Lille. Envío esta carta a la dirección en la que él vivía en Túnez, pero fue devuelta. Al parecer cuando la carta llegó, Jérôme ya había cambiado de dirección o incluso puede

que de país. Mi madre la guardó para dársela a Bérénice cuando la volviera a ver. Pero ya ven, todavía sigue aquí.

—¿La devolvieron aquí? ¿A Sainte Catherine? —preguntó Antonio desconcertado.

—Sí, tanto Bérénice como mi madre y muchas otras niñas, trabajaron aquí de mayores, ya después de haber cumplido la edad de abandonar el hogar.

Antonio cogió la carta con mucho cuidado, tenía la impresión de estar sujetando un tesoro. La abrió, pero estaba escrita en francés.

—¡Vaya, que contrariedad! —dijo Antonio—. No puedo entender lo que dice. Sor Aurélie, ¿podría usted traducirla?

—¿Yo? ¿Quiere que se la lea yo? —preguntó sor Aurélie con asombro.

—Sí. ¿Quién mejor que usted? ¿Nos haría el favor?

—¡Déjemela! —A sor Aurélie se le iluminó la cara. Cogió la carta, sonrió y comenzó a traducirla de la mejor manera que pudo:

27 de agosto de 1936

*¡Querido Jérôme! Tengo tantas cosas que contarte.*

*Lo primero que quiero que sepas es me voy de Sainte Catherine. ¿Recuerdas a Philippe, el chofer del que te hablé? Pues hemos formalizado nuestra relación, él vive en Lille, como ya te expliqué en cartas anteriores. Resulta que la familia para la que trabaja quiere contratar a una persona que hable español para que les enseñe el idioma a sus hijos y Philippe ha intercedido por mí. Tengo que incorporarme a mi nuevo trabajo antes de septiembre por lo que te envió mi nueva dirección para que, cuando me escribas de vuelta, te dirijas ya allí: 72 RUE DE LA ROCHER —59325 LILLE*

*¿Sabes una cosa, hermano? El otro día fui a Paris con Philippe y en el escaparate de una librería vi un libro que se llamaba El Jantung. Entré inmediatamente y lo compré. En él explica la historia que tú me contaste, ¿la recuerdas? Os la leyó a Denis y a ti aquella mujer, la que me regaló el*

*abrigo cuando era niña y también explica cómo hay que sembrarlo: primero tiene que estar en contacto con el agua, luego con el fuego, después con el aire y finalmente ponerlo en la tierra una noche de luna llena, antes de amanecer. Solo espero que el hecho de que haya sido partida por la mitad no sea un inconveniente, ya que al recuperar su estado latente y su luz doy por supuesto que no llegó a morirse y que conserva su condición de semilla. Parece ser que esa es la razón por la que Denis y tú no llegasteis a conseguir que brotara, porque hay que seguir un proceso.*

*Te estoy muy agradecida por habérmelo regalado, es junto con mi toquilla, el único recuerdo que tengo de nuestros padres. Bueno, de nuestro padre porque madre, la pobre, no nos dejó nada, pero moralmente te pertenece a ti y si consigo obtener de él algún resultado, eres tú quien debe tomarlo, porque en el libro no explica nada más, no dice si se convertirá en una planta que dé varias recolecciones, ni tampoco si dará un fruto que tenga a su vez otra semilla de características idénticas, pero siempre hace referencia a ello en singular, así que cuando el Jantung germiné, sea lo que sea, lo guardaré para ti, pero tendrás que volver pronto, antes de que se marchite.*

*Por último, tengo que contarte otra cosa, he esperado hasta el final de la carta porque no quiero que te disgustes, pero te lo tengo que decir: Denis se ha ido. Supongo que desde allí estarás al tanto de las noticias y sabes de la guerra civil que estalló en España hace poco más de un mes.*

*Denis estaba muy preocupado por Pedro, decía que pronto cumplirá catorce años y hay posibilidades de que se aliste, tiene todavía la idea en su cabeza de la Gran Guerra, cuando en Francia los chicos se alistaban con esa edad. Yo he intentado convencerle de que en España no va a ser así, pero lo cierto es que no tengo ni idea de cómo van a ser las cosas en España.*

*El caso es que hace más de veinte días que se fue y aún no he sabido nada de él. He removido todo lo que he podido para hablar con Vega de Aragón por si alguien podía darme noticias de él o de Pedro o Rosa. Pero con la*

*guerra las comunicaciones están cortadas por completo. Estoy preocupada, Jérôme, no te lo voy a negar.*

*En fin, no quería que tú te preocuparas también, pero no puedo ocultarte algo así.*

*Espero poder verte pronto en Lille, hermano, te echo de menos.*

*Te mando todo mi cariño y un fuerte abrazo.*

Bérénice

Cuando sor Aurélie terminó de leer la carta, todos permanecieron en silencio durante unos segundos, hasta que la monja la volvió a guardar en el sobre y se la entregó a Antonio.

—Entonces, ¿Denis volvió a España? —preguntó Laura sorprendida.

—Por lo que dice esta carta sí, así fue —respondió Antonio.

—¿Y nadie en Vega de Aragón ha podido informarme de si Denis llegó a encontrarse con Pedro? ¿Ni siquiera su padre, el propio Pedro, le dijo nada al respecto *monsieur*? —preguntó sor Aurélie.

—No hermana, nunca me habló de mi abuelo. Yo creo que no se llegaron a encontrar. En la guerra civil española mucha gente desapareció y Denis tendría que haber atravesado una zona muy conflictiva para llegar hasta Vega. Muchas familias se separaron porque cuando estalló la guerra, algunos de sus miembros se encontraban en ese momento fuera de sus casas y les sorprendió el conflicto estando en la zona del bando contrario. Ya no pudieron volver a su hogar hasta tres años después, cuando todo terminó, y muchos no volvieron nunca. No creo de Denis pudiera llegar hasta su hijo, seguramente moriría en el intento.

—¡Lo siento mucho, *monsieur*! —se lamentó sor Aurélie.

—¿Y ahora qué hacemos, papá? —preguntó Laura.

—Pues solo nos queda una cosa por hacer. ¡Sor Aurélie! ha sido usted muy amable, le estoy muy agradecido por haber guardado esta carta durante tantos años y por la traducción.

Antonio se levantó y tras él sor Aurélie y Laura. Antonio abrazó a la monja, y después Laura hizo lo mismo.

—Ha sido un placer conocerles a ambos —dijo sor Aurélie sonriendo, feliz de haber podido entregar por fin la carta a su legítimo propietario.

En cuanto estuvieron fuera de Sainte Catherine Laura volvió a preguntar a su padre que iban a hacer, ya que aún no había obtenido respuesta.

—Tenemos la dirección de Bérénice en Lille. Podemos ir hasta allí, no está lejos, tal vez encontremos a alguien que la recuerde, o incluso es posible que tuviera hijos. ¿Qué te parece si mañana nos vamos a Lille?

—¡Claro, papá! ¡Qué gran idea! Ya estoy deseando que llegue mañana.

La casa de la dirección que venía en la carta era muy señorial, un palacete de dos plantas. Antonio pensó que era demasiado elegante para que una chica humilde, llegada desde Arrás para trabajar de profesora con unos niños, pudiera vivir en ella, a no ser que fuera propiedad de la familia para la que iba a trabajar y que tuviera una habitación en las dependencias del servicio.

De todas formas, ya estaban allí, por lo que no perdían nada por preguntar.

Llamaron a la puerta varias veces, pero nadie contestó, después repararon en que todo estaba demasiado cerrado y el aspecto que daba era el de no estar habitada.

La vecina de enfrente salió para preguntarles si les podía ayudar. Antonio recurrió al traductor de su teléfono móvil y le contó que estaban buscando información acerca de una mujer que llegó a vivir a esa casa en el año 1936. La vecina le dijo que para entonces ella ni siquiera había nacido, además solo llevaba cuatro años viviendo en esa calle, pero que, efectivamente, ahí vivía una mujer muy anciana, sola y que en el vecindario se comentaba que llevaba en esa casa toda la vida, por lo que era muy posible que en 1936 ya estuviera.

—¿Conoce usted el nombre de esta señora? —preguntó Antonio—. La mujer por la que preguntamos se llamaba Bérénice.

—No, no sé cómo se llama, lo siento —respondió la vecina—. Es una mujer muy solitaria, no se junta con nadie de por aquí, su única compañía es una

joven de unos treinta o treinta y cinco años, que cuida de ella, viene a verla todos los días y pasa aquí muchas horas. Pero excepto esa señorita, aquí nunca venía nadie.

—¿Y sabe dónde está ahora? Parece que hubieran cerrado la casa —dijo Antonio.

—Se marchó hace unos días. Desde hace ya varios años los inviernos los pasa en una residencia para ancianos, no muy lejos de aquí. Pero esta vez se ha ido antes, en cuanto terminó el mes de agosto se fue. Es muy mayor, y tal vez ya no vuelva.

—¿Y esa residencia..., sabe usted si podríamos ir a visitarla?

—*¡Oui, monsieur!* Está a las afueras de la ciudad, pero cerca. Cuando salga a la avenida principal pregunté por la residencia *Lumière de L'aube*, allí le indicaran.

Antonio y Laura se despidieron de la vecina agradeciéndole su colaboración y se dirigieron hacia el coche. Estaban dispuestos de llegar hasta el final del misterio.

—*¡Pardon, monsieur!* —La vecina dio una voz cuando ya estaban casi dentro del coche, entonces Antonio se volvió hacia ella y se acercó de nuevo.

—*¿Oui, madame?* —dijo Antonio con un sorprendente perfecto acento francés, que solo le duró esa frase porque, inmediatamente, tuvo que volver a utilizar su traductor automático para saber lo que la mujer le estaba diciendo.

—¿Dijo que la mujer por la que preguntan se llamaba Bérénice? —preguntó la vecina.

—*¡Oui, madame!* Así es.

—Ahora que lo pienso, yo he oído ese nombre antes. Tal vez esta señora se llame Bérénice.

## Capítulo XIX

### FRANCIA - 1936

Bérénice entró en la casa de Denis con su propia llave, sabía que le encontraría trabajando en el taller y no quería molestarle.

—¡Soy yo, hermano! —dijo dando una voz desde la puerta.

—¡Pasa, Bérénice! Estoy terminando un trabajo.

—Cuéntame, ¿qué estás haciendo hoy? ¡Qué bonito!

—¿Te gusta? Es un reloj, es piedra caliza, mucho más fácil de trabajar, pero no luce tanto como el mármol. Los propietarios quieren que marque la hora en la que murió la persona a quien va destinado. Es para una sepultura.

—Ya, me lo he imaginado, por la forma. Ya sé que las sepulturas son las que te dan más dinero, pero ¿no preferirías trabajar en algo más alegre?

—Me da igual, lo importante para mí es crear, convertir una piedra en algo hermoso, no me importa el uso que mis clientes le den después. Además, los monumentos funerarios han tenido mucha importancia a lo largo de la historia.

—Pues sí, en eso tienes razón —asintió Bérénice—. ¡Mira! Quiero que veas esto. El otro día el jefe de Philippe le mandó a Paris a llevar un paquete para un amigo suyo y como hacia el viaje solo, aprovechamos la ocasión y me fui con él. Mira lo que encontré en una librería de Montmartre. Lo vi en el escaparate y entré a comprarlo. Sentí como si me llamara, como si siempre hubiera estado ahí esperando a que yo pasara y lo rescatara.

—¿*El Jantung*? ¿De dónde has sacado esto? —preguntó Denis.

—Te lo estoy diciendo, de una librería en Montmartre. Tenía una mezcla de libros esotéricos y antigüedades —respondió Bérénice—. Échale un vistazo.

—¡*La leyenda del Jantung!* Esta es la historia que nos leyó Corinne a Jérôme y a mí en casa de don Jean Claude, cuando Jérôme estaba convaleciente de su herida.

—¡Y mira lo que dice aquí! —Bérénice cogió el libro de las manos de Denis y lo abrió por una página que tenía marcada previamente—: Aquí explica la manera en que hay que sembrarlo para que brote, tiene hasta dibujos, ¿lo ves? Fuego, agua, viento y tierra, hay que bañar la semilla en los cuatro elementos y esperar a la luna llena. Por eso Jérôme no consiguió que brotara. Por eso no pudisteis salvar la vida de María.

Denis se estremeció cuando oyó el nombre de María y los dos hermanos permanecieron en silencio durante un instante.

—Hay otra cosa —dijo Bérénice rompiendo el silencio—. Aquí no aclara si dará más de un fruto o si producirá una enorme cosecha para alimentar a un ejército. Pero mira, lee esto. En todo momento habla del corazón que dará el preciado tesoro de la vida a aquella persona que tenga la fortuna de encontrarlo. No dice explícitamente que solamente dará un fruto, pero lo insinúa, siempre habla de ello en singular. Solo uno y con él una persona podría prolongar su juventud y su salud durante mucho tiempo.

—Eso no es lo que decía don Jean Claude —respondió Denis—. Él me dijo que incluso se podría ganar la guerra dándoselo a comer a todos nuestros soldados.

—Pues te engañó —afirmó Bérénice—. Tal vez lo quería para él.

—Sí, puede ser y decir que lo compartiría era solo una manera de convencerme para que lo buscara —dijo Denis.

—Lo que no sabemos es si ese fruto tendrá a su vez otra semilla. ¿Tú crees que con la mitad que me regaló Jérôme será suficiente para que brote? —preguntó Bérénice.

—Solo hay una manera de saberlo —respondió Denis—. Siébralo siguiendo exactamente las instrucciones de este libro.

Denis se levantó de su banqueta dando por terminado el trabajo del día y



propuso a Bérénice dar un paseo, dijo que tenía que estirar las piernas. Era un precioso día de julio, caluroso para la temperatura que suele hacer en esa zona incluso en pleno verano. Bérénice le miró con sus enormes ojos azules, tuvo el presentimiento de que su hermano quería decirle algo importante. Ella también tenía que darle una noticia.

Caminaba cogida del brazo de Denis, era la única familia que tenía cerca, Jérôme hacía tiempo que no iba por Arrás, siempre estaba viajando de un lado para otro. También pasaba mucho tiempo en Túnez, en una casa que alquilaba por largas temporadas. Las finanzas eran su fuerte y tras la gran crisis de 1929 comenzó a interesarse por la bolsa, pero no fue hasta 1932 cuando se decidió a invertir, al intuir que la corriente que estaba tomando la economía mundial tenía por fuerza que ser ascendente. Con sus ganancias en bolsa y una pensión que le otorgaron por mutilado de guerra no tenía la necesidad de permanecer atado a un trabajo.

A Jérôme, el clima de Túnez le sentaba muy bien. Con un solo pulmón el frío intenso de los inviernos en el norte de Francia suponía un gran riesgo para su salud, pero a partir de 1934, con la aparición de un nuevo partido -el NDP-, Túnez comenzó su carrera por la independencia. Aunque continuaba siendo una colonia francesa, Jérôme empezó a sentirse incómodo y en el verano de 1936 decidió abandonar la casa para buscar un hogar menos hostil. Por esa razón no llegó a recibir la carta que le envió Bérénice.

Bérénice tuvo un fugaz matrimonio. Se casó a la edad de veintidós años con un comerciante que no supo manejar bien su negocio y que desapareció de la noche a la mañana dejándola con un montón de deudas. Jérôme se ofreció a ayudarla, pero Bérénice prefirió salir adelante por sí sola y solicitó trabajo en Sainte Catherine donde la aceptaron sin dudarle ni un momento. Se trasladó a vivir allí, por lo que pudo ahorrar su pequeño sueldo e ir, poco a poco, pagando el despilfarro de su marido.

No tuvieron tiempo de tener hijos y ahora ya había cumplido treinta años, tenía la sensación de que se le había hecho tarde para eso.

Cuando conoció a Philippe empezaron a salir, pero él era mucho mayor y ella seguía legalmente casada por lo que tuvieron que desestimar la idea de matrimonio hasta que ella consiguiera su divorcio.

—Denis, yo he venido a verte porque tengo que contarte una cosa importante —dijo Bérénice.

—¡Tú dirás! —respondió Denis.

Bérénice se sentó en un banco e invitó a su hermano a hacer lo mismo.

—Me voy a trasladar a Lille. Philippe ha encontrado un buen trabajo para mí allí y así estaremos cerca. Podremos estar juntos todos los días. Tampoco voy a estar lejos de ti, puedes venir a verme siempre que quieras, yo también vendré a verte con frecuencia.

—¡Me parece una idea estupenda, hermanita! Te mereces ser feliz y Philippe es un buen hombre.

—¿De verdad te parece bien? —preguntó Bérénice.

—¡Claro que sí! Además, eso me tranquiliza porque yo también tengo que contarte algo.

—¡Lo sabía! Sabía que algo te rondaba la cabeza, lo he notado por tu reacción cuando te he enseñado el libro del Jantung. No te ha impresionado tanto como yo esperaba, y también cuando has dicho que necesitabas pasear. Sea lo que sea, no estoy de acuerdo, no me parece bien.

—¡Tranquila, mujer! —dijo Denis soltando una carcajada. Ya hacía algún tiempo que Bérénice conseguía hacerle reír—¿Has oído las noticias de España? Se han declarado en guerra, ¿lo sabías?

—Sí, claro que lo he oído. Hace tres días, no se habla de otra cosa —respondió Bérénice. —¿Qué estás pensando Denis?

—Me voy a España, hermana. En cuanto termine el trabajo que tengo pendiente me voy a buscar a Pedro.

—¿Lo ves? Te lo dije. ¡No me gusta! ¡No es una buena idea! —dijo Bérénice.

—Es mi obligación, cariño. No le voy a dejar allí en esta situación, bastante

lo he abandonado ya. Voy a ir a por él y me lo voy a traer aquí. A salvo, con su familia. Además, ¿quién sabe? Tal vez encuentre la otra mitad del Jantung.

—Sí, claro... Denis, Pedro ya tiene una familia en España, pero si es lo que quieres, adelante. En realidad, su verdadero padre eres tú. ¿Y realmente crees que va a ser posible entrar y salir de España tal y como están las cosas allí?

—Por eso quiero irme cuanto antes. Antes de que se complique todo más. Tengo que hacerlo, María no me lo perdonaría si no lo intentara.

—María murió hace mucho tiempo Denis. ¿Aún piensas en ella?

—Todos los días de mi vida.

## FRANCIA - 2017

Antonio y Laura se subieron al coche y pusieron rumbo a la residencia de ancianos que les había indicado la vecina.

Laura estaba tan nerviosa que no podía dejar de mover las piernas.

—Papá, ¿tú crees que encontraremos a Bérénice? —preguntó.

—¡No lo sé! Pero vamos a llegar hasta la residencia y allí preguntaremos, tal vez nos aclaren algo más.

—¿Acerca de la anciana?

—¡Claro! Por lo menos saber quién es esa señora, ¿no te parece? Si no es Bérénice a lo mejor sabe lo que fue de ella.

—Pero ¿cuántos años tendría Bérénice ahora? ¿No sería demasiado mayor? Quiero decir... para seguir viva —preguntó Laura.

—Si no me fallan los cálculos, tendría que tener ciento doce años —aclaró Antonio.

—¡Entonces es imposible que siga viva, papá!

—¡No lo es! Ha habido gente que ha llegado a esa edad. Además, si esa historia del Jantung fuera cierta, podría haberse mantenido joven durante mucho tiempo.

—Pero en la carta ella dijo a Jérôme que solo daba un fruto y que le pertenecía a él.

—No decía eso, decía que tal vez solo diera un fruto. Además, te recuerdo que Jérôme nunca llegó a leer esa carta —afirmó Antonio.

Cuando llegaron a la residencia y aparcaron el coche, estaba tan nervioso el padre como la hija. Enseguida fueron atendidos por una señorita con uniforme de enfermera que les indicó que la señora procedente de la casa en *72 RUE DE LA ROCHER* se encontraba leyendo en la sala de recreo que había al final del pasillo.

Al entrar en la sala, Antonio observó a las personas que había. Una pareja jugaba al ajedrez, una señora hacía punto y otra estaba sentada junto a una ventana y tenía un libro entre las manos.

—¡Es aquella! Es la única que tiene un libro, los demás no están leyendo —dijo Antonio a Laura mientras se acercaban precipitadamente hasta ella.

—¡Buenas tardes, señora! ¿Habla usted español? —preguntó Antonio.

La anciana levantó la cabeza y les miró sonriendo.

—¡No es ella! —afirmó de repente Laura—. Papá, ¿no recuerdas lo que dijo sor Aurélie? ¿Lo de sus ojos? No tiene los ojos azules.

—¡Buenas tardes! Sí, hablo español ¿Quién no soy, jovencita? —dijo la anciana en castellano.

—¡Perdone! Yo no... —respondió Laura tapándose la boca con las manos. No había reparado en que la señora la iba a entender.

—Disculpe a mi hija —dijo Antonio—. Estamos buscando a una persona, la hermana de mi abuelo y pensábamos que podría ser usted. Pero nos hemos equivocado.

—Pues lamento mucho no ser quien esperaban —dijo la anciana.

—Aunque tal vez usted nos pueda dar alguna información. Mi tía vivió en la misma casa que le pertenece a usted ahora. Ella llegó allí en el año 36, se llamaba Bérénice.

—¡Oh, mi querida Bérénice! Ella fue quien nos enseñó a mi hermana y a mí el idioma español. Mis padres la contrataron en el año 36 con ese fin. Yo tenía siete años cuando ella llegó. Siempre ha cuidado de mí desde entonces, y aún

lo sigue haciendo. ¿Qué hora es? Tiene que estar a punto de llegar.

Tanto a Antonio como a Laura se les vino a la cabeza la misma idea: la anciana tenía demencia senil o tal vez alzhéimer y estaba empezando a decir incongruencias. Probablemente confundía a la joven de la que les habló la vecina, la mujer que visitaba a la anciana cada día, con la propia Bérénice que la cuidó de niña.

Ahí terminaban sus pesquisas, ya no podrían saber qué pasó realmente con Bérénice. Su tiempo en Francia se acababa y al día siguiente volverían a Madrid, no habían encontrado a ningún familiar descendiente de alguno de los tres hermanos, pero por lo menos habían tenido la ocasión de averiguar cuál había sido el destino de los tres y que Denis se vio obligado a separarse de Pedro por un lamentable acontecimiento.

Ambos se despidieron amablemente, procurando que no se les notara que se sentían un poco decepcionados.

—¡Pero no se vayan! Bérénice está a punto de llegar—dijo la anciana.

—Se nos está haciendo un poco tarde. Tal vez volvamos en otra ocasión —se excusó Antonio.

Padre e hija acababan de salir de la sala de recreo, cuando a un paso de la puerta se cruzaron con una mujer con aspecto de no tener más de treinta y cinco años.

—¡Buenas tardes! —dijo Antonio.

—¡Buenas tardes! —dijo la mujer en perfecto castellano. Un segundo después Antonio y Laura pararon en seco al reparar en que no les había contestado en francés y se volvieron a mirarla. Se dirigía directamente a la anciana.

—¿La has visto bien, papá? —preguntó Laura—. ¿Has visto sus ojos?

Antonio y Laura entraron de nuevo en la sala.

—¡Bérénice! —gritó Antonio. La mujer se volvió a mirarle. Tenía unos enormes ojos de color azul turquesa.

—Sí, soy yo. ¿Quién es usted?

## Epílogo

Vega de Aragón (España 2017)

Siempre hace buen tiempo en esta época del año, parece que el verano no quiere abandonarnos y se aferra a esta parte del planeta con más intensidad y fuerza que muchos de los días de agosto.

Era un fin de semana perfecto para hacer una excursión. Los niños del pueblo ya habían empezado la escuela, pero todavía el curso les permitía alguna licencia antes de que la losa de los exámenes les cayera encima para no liberarles ya hasta la primavera.

Los chicos fueron en sus bicicletas hasta el límite en el que ya no se podía avanzar más. Luego tuvieron que continuar andando y se dirigieron hacia el norte, a unos kilómetros de distancia, casi en el término colindante con el pueblo vecino. Habían oído hablar a sus padres y a sus hermanos mayores de la cueva de la Tabarnera con sus estalactitas y la maravilla de color, provocada por la luz del sol y su efecto en el agua.

Decidieron adentrarse un poco más y subieron por una escalinata tallada en la piedra, se metieron por un agujero que llevaba a otra estancia más oscura.

—¡Chicos! ¡Chicos! —gritó uno de ellos—: ¡Mirad lo que hay ahí!

La tierra de la cueva se había removido con las pisadas, uno de ellos resbaló y trató de clavar la bota en el suelo para no caer, arrancando guijarros, arenilla y todos los demás sedimentos que tenía el suelo. Ese movimiento de tierra dejó al descubierto un secreto que llevaba enterrado más de noventa años.

—¿Qué es eso? Es una luz —dijo uno de los chicos.

—¡Es la serpiente de un solo ojo! ¡Corred!

Si te ha gustado

*Los cuadernos del chico francés*

te recomendamos comenzar a leer

*Un amor para siempre*

de *Priscila Serrano*





## Capítulo 1

El despertador sonó, el que sintió como si le golpeará la cabeza con un martillo. Alice se levantó cabreada y, con los ojos aún cerrados, le pegó bruscamente con el cojín para que por fin cesara el sonido.

—¿Por qué sueñas si es sábado?! —gritó a pleno pulmón.

Entonces se dio cuenta del motivo por el que la noche anterior ella misma lo había puesto en hora para que sonara este a las nueve de la mañana. Sonrió abiertamente y, sin importarle su pelo enmarañado y sus ojos pegados por no haberse lavado la cara aún, salió de su habitación a toda prisa y entró en la de su hermano Rood gritando como una posesa.

—¡Feliz cumpleaños, grandullón! —lo felicitó y se tiró encima de él, sorprendiéndolo, pues él seguía dormido.

—¡Alice! Joder, me asustaste, mocosa. ¿Sabes la hora que es? —refirió este cabreado, pero poco le duró el enfado cuando vio la sonrisa de su hermana, feliz por su día.

—Oh, Rood. No seas quejica... Solo son las nueve de la mañana. —Rood abrió los ojos exagerando—. Además, si no hubieras llegado anoche tan tarde, por estar con tus amigotes de fiesta y comiéndote la boca con Dios sabe quién, ahora no estarías así —exclamó Alice reprimiendo las ganas de preguntar por Ryan.

—Vaya, ¿eso es lo que piensas que hago? —Ella asintió—. Pues te equivocas, señorita...

—No me digas «señorita». Me haces más pequeña —replicó indignada.

Rood se acercó un poco más a ella, cogió sus manos y la miró a los ojos. Ambos parecían gemelos, aunque él fuera mayor por tres años. Los dos eran rubios con los ojos azules. Y cómo no, si tenían genes alemanes. Su madre era de Alemania y su padre, de Londres, donde vivían desde que tenían uso de

razón.

—Siempre serás mi pequeña, aunque tengas treinta años —declaró con dulzura.

Alice lo abrazó con ese gran cariño que se tenían; aunque a veces la sacase de sus casillas, amaba a su hermano.

—Me parece bien, pero no me digas «pequeña» —susurró ella.

—¿Por qué?

—Porque eso solo me lo dice Ryan —respondió sintiendo como sus mejillas se ponían rojas por la vergüenza.

Menos mal que, al estar abrazada a Rood, este no se daría cuenta de cómo estaba en ese momento. Si la viera... La sonrisa que se le dibujaba al pensar en Ryan evidenciaba que algo sentía por él, pero... Siempre hay un *pero*. Ella solo tenía catorce años y Ryan, dieciocho, lo que lo convertía en inalcanzable, en el sueño de toda chica de su edad.

—¿En serio solo él puede? Al final me voy a poner celoso de mi mejor amigo —exclamó Rood riéndose.

—No seas tonto... También es mi amigo, no lo olvides. —Se separó de él y caminó hasta la puerta para por fin irse a su habitación y poder ducharse y vestirse. No fuera a ser que llegase Ryan y la viera así.

—Espera, Alice. —La paró y se acercó a ella—. Gracias por despertarme así. Siempre eres la primera en felicitarme... Te quiero —dijo abrazándola, le dio un beso en la cabeza y la dejó salir.

Alice se dirigió a su habitación y, por consiguiente, se metió en el baño para ducharse. Estaba muy nerviosa, ya que ese día iba a ser muy emotivo, pues tenía preparado algo especial por el cumpleaños de su hermano.

Mientras Rood y ella se duchaban y arreglaban, sus padres estaban en la cocina preparando el desayuno favorito de su hermano y, para qué negarlo, también el de Alice. Hasta en eso se parecían. Los gustos eran casi iguales. Tenían el mismo carácter, aunque ella era un poco más terca, claro que lo achacaban a la edad, pues con catorce años, ¿cómo querían que fuera?

Terminó de arreglarse. Se puso un pantalón vaquero ajustado, unas botas de montaña y un jersey de lana, pues, en octubre, aunque estuvieran en otoño, en Londres ya hacía bastante frío. El pelo decidió dejarlo suelto, se lo secó con el secador, formando hondas, para que se viera más brillante. Se miró al espejo y se aplicó un poco de *gloss* en los labios, y salió de su habitación.

Caminó hasta las escaleras y bajó. En ese momento, Ryan subía y se encontraron en la mitad del camino.

—Buenos días, pequeña —la saludó él con una sonrisa.

«¿Por qué será tan guapo?», caviló ella sin dejar de mirarlo.

—Alice, ¿estás bien? —Tocó su hombro mientras movía una mano delante de sus ojos, de arriba abajo.

—Eh, sí. Perdona, estaba pensando en el regalo de mi hermano —mintió, se había quedado embobada mirándolo, pero cómo no hacerlo si Ryan era guapísimo: era alto, castaño y con unos ojos color miel que hacía que se derritiera cuando la miraba.

Todas tenemos en el corazón a ese chico que sabemos que no es para nosotras, pero el hecho de soñar con él, de verlo día a día, de recibir una sonrisa por su parte... Solo eso te hacía feliz.

Ryan, en cambio, no sabía por qué, pero por Alice sentía un cariño tan grande, tan fuerte. Siempre decía que la cuidaría como si fuera su hermana, y así la veía él, como una hermana.

—¿Estás preparada para hacerlo? —Ella asintió avergonzada, y él la miró con cariño—. No me creo que aún te sigas sonrojando cuando hablas conmigo... ¿Ves por qué te digo «pequeña»? —se burló de ella para hacerla de rabiar.

—No comiences, Ryan —replicó levantando el mentón.

Sería pequeña, pero en ese cuerpo menudo le cabía bastante orgullo. Y así, mirándolo con descaro, bajó las escaleras para dirigirse de una vez a la cocina; se moría de hambre.

Ryan se quedó pasmado, viendo como su pequeña había sacado ese carácter

que tanto le gustaba de ella. Sonrió y negó mientras subía las escaleras para ir hasta la habitación de su mejor amigo Rood. Llegó, tocó en la puerta y, una vez que su amigo le dio permiso, entró.

—Hola, hermano. Feliz cumpleaños —saludó Ryan y le dio un abrazo.

—Gracias, pero ya me felicistaste anoche. ¿Cuántas veces piensas hacerlo, cabrón? —Ambos soltaron una carcajada y, mientras Rood terminaba de recoger la ropa sucia, él se sentó en la cama.

Ellos se llevaban muy bien, casi como hermanos. Por eso, todos decían que Alice tenía dos y no uno. Sus amigas se burlaban, sobre todo Mila, que era con la que más hablaba de lo que sentía por él, aunque no decía toda la verdad.

—Las veces que haga falta —respondió divertido—. ¿Estás preparado para la fiesta de hoy? Ya sabes que vendrá Caroline. —Rood se dio la vuelta y le sonrió a su amigo, asintiendo.

—Y Laura —afirmó Rood.

—Otro como mi padre. ¿Cuándo os vais a enterar de que no me gusta? No voy a negar que la chica está muy bien, pero de ahí a tener algo con ella. Ni loco... Por el momento estoy bien solo, gracias —sentenció.

Rood no le dijo nada más, pues el tema Laura era así, como un poco tabú, y no quería discutir con su mejor amigo por eso. Bueno, ni por eso ni por nada. Cuando por fin Rood terminó de recoger su habitación, cosa que, como no lo hiciera, su madre lo mataría, salieron de esta para desayunar, todos en familia.

Fueron directo a la cocina, pero allí no había nadie. Entonces caminaron hacia el salón, donde encontraron la mesa servida y a sus padres y hermana sentados a esta. Había tostadas, huevos, *bacon* y zumo de naranja. Sí, podría ser un desayuno normal, pero a él le encantaba.

—Ya era hora, guapo —exclamó Alice.

—Calla, Alice —la regañó su madre mientras abrazaba a su hermano y lo felicitaba. Después, su padre hizo lo mismo y volvieron a sentarse.

—¿Por qué siempre me mandas a callar? Ha tardado demasiado y me muerdo de hambre —insistió la pequeña rubia.

—Vamos, mocosa. Deja de fastidiar, que no me dejas desayunar —replicó Rood.

—Serás...

—¡Niños, por favor! Ni en tu cumpleaños podéis parar —gritó su madre, molesta.

Todos se callaron y, después de un silencio incómodo, comenzaron a desayunar tranquilamente, como si no hubiera pasado nada. Eran de esas familias unidas, de las que, cuando hay un problema, los solucionan juntos. Estaban muy unidos.

Por la tarde, Alice junto con Mila y su madre comenzaron a preparar los bocadillos y las bebidas para el cumpleaños. Alice fue la encargada de invitar a todos sus amigos, con lo cual irían, al menos, unos diez adolescentes. Mila, Laura, Brad, Caroline y Daniel. Esos habían sido los que Alice invitó por su parte, que también eran amigos de su hermano.

—Vamos, vamos... Que todos están a punto de llegar —las apresuró su madre al entrar a la cocina para coger dos bandejas más, llenas de bocadillos.

Alice y Mila se miraron y rieron al verla tan alterada. Esperaron a que saliera de nuevo para hablar, pues su madre era muy cotilla.

—No sé qué hará tu madre el día que Rood se case —refirió su amiga riéndose.

—No me lo quiero ni imaginar. Si lleva preparando esta fiesta dos semanas...

—¿Critizando a tu madre? —preguntó Ryan.

Alice se puso nerviosa, y Mila la miraba reprimiendo una gran carcajada. Este se acercó y le quitó a Alice, de entre las manos, un bocadillo de mantequilla y mermelada, sabiendo que ese era de ella, pues le encantaba. Bajo su atenta mirada, le dio un bocado, y esta se cabreó tanto que cogió el vaso que tenía lleno de zumo, se lo tiró a la cara y lo dejó aún más dulce si podía.

—¿Estás loca?! —gritó él cogiendo papel para secarse.

—Eso te pasa por quitarme mi bocadillo —respondió ella con altanería.

Entonces su hermano entró en la cocina y se encontró con el problema de lleno. Miró a su amigo con el pelo pegado por el zumo de naranja, mientras su hermana lo miraba con rabia, pero también con ganas de reírse, se le notaba en los ojos. Mila, bueno, ella sí estaba carcajeándose como ella solo podía hacer, como una hiena. Rood se acercó a su amigo y, poniéndose delante de él, le dijo:

—Le quitaste su bocadillo, ¿verdad? —Ryan asintió muy cabreado—. ¿Por qué lo haces? Conociéndola como la conoces, no sé cómo tienes el gusto de hacerlo. —Y esa afirmación provocó que Alice soltara por fin la gran carcajada que estaba reprimiendo desde hacía unos minutos.

Seguidamente, Rood y Ryan se unieron a ella. Este último se acercó a Alice y, sin que ella se diera cuenta, la abrazó y la llenó de la pringue que tenía pegada en su ropa. Alice se quedó bloqueada y le dio igual que la llenase de lo que fuera si con eso conseguía estar entre sus brazos. Rood seguía desternillándose a la vez que Mila.

—¡Suéltame, Ryan! —gritó ella temblando.

—No hasta que me pidas perdón —exclamó.

—¿Cómo? Tú eres quien tiene que pedirme perdón por quitarme mi bocadillo.

—Y tú me llenaste de zumo...

—Ya, venga. Suéltala, hermano —intervino Rood algo cabreado, y este se separó de ella.

Por mucho que fuera una broma, no le gustaban todas las que se hacían. Y por mucho que fuera su mejor amigo, no podía evitar tener celos de él por tener esa relación con su hermana, cuando él quería tener la misma. Ryan lo miró y se dio cuenta de que Rood se había enfadado.

—Lo siento —susurró Ryan cuando pasó por su lado. Rood negó y sonrió a su hermana, que también se había quedado un poco bloqueada.

—Puedes ir a mi habitación y cambiarte, aunque creo que también necesitas una ducha. ¿No pensarás ponerte ante Laura con esas pintas? —preguntó mirando a Alice.

Ella agachó la cabeza y salió de la cocina como alma que lleva el diablo... Su hermano lo hizo para que se diera cuenta de que Ryan nunca se fijaría en ella, para que dejara de soñar con alguien que jamás tendría. Y ella no pudo evitar la punzada de celos al escuchar eso. Alice subió las escaleras a toda prisa, entró en su habitación y se metió en el baño para ducharse de nuevo. Estaba pegajosa.

Una vez que se duchó y se vistió de nuevo, salió de su habitación algo más serena. No quería estar nerviosa para poder darle a su hermano el regalo que, con tanto amor, había preparado. Mientras bajaba las escaleras, iba escuchando las voces de los invitados. Ya habían llegado todos. Entró en el salón y buscó a Ryan con la mirada. Lo vio y la vio. Se miraron y él le sonrió.

Las horas iban pasando y la fiesta cada vez estaba más animada. Alice no dejaba de mirar como Laura babeaba alrededor de Ryan y como este no hacía nada para apartarla, aunque no podía quejarse, pues Brad no la dejó sola en todo momento. Él era un compañero del instituto al que iba, aunque era mayor que ella por un año, siempre se unían en los descansos y se llevaban muy bien. Ella sabía que le gustaba y, aunque Brad era bastante guapo, a ella quien le gustaba era otro.

Estaban hablando animadamente cuando Ryan se acercó y le susurró algo en el oído a Alice, esta asintió, se fue con él y dejó a Brad solo y cabreado. Al menos podría haberle dicho algo. Nadie sabía lo que ella había preparado, solo Ryan, y él había sido quien la ayudó a prepararlo. Fueron a la cocina para coger la tarta.

—Estoy nerviosa —dijo ella.

—Lo harás genial.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro de ello. —Le dio un beso en la mejilla—. Alice, quería

pedirte perdón por lo de antes... En serio, ya sabes que te quiero muchísimo y que nunca te haría daño —expresó mirándola a los ojos—. Eres como mi hermana pequeña.

—Claro... No te preocupes —respondió ella sintiendo una punzada en el corazón.

Nunca olvidaría esa frase: «Eres como mi hermana pequeña». Miró hacia otro lado, concentrándose en lo que tenía que hacer, y, después de encender las velas y avisar de que apagasen las luces, salieron de la cocina y se dirigieron al salón, donde todos esperaban.

Le cantaron y Rood sopló las velas, cerca de sus padres y de su hermana. Ella lo miró y caminó hasta el centro del salón. Había una canción que Rood siempre le pedía que ella le cantase, pero siempre se negaba para no hacer el ridículo, y ese día se la cantaría, aunque ella no era la única, pues Ryan la ayudaría en algunos momentos. Ese era su gran regalo, cantarle su canción favorita delante de todos: *When I was your man*, de Bruno Mars.

Alice no pudo evitar emocionarse mientras miraba a su hermano. Este la miraba con cariño mientras se sentía muy orgulloso de ella. ¿Cómo no iba a querer a su hermana si era todo un amor? Siempre le decía eso a sus amigos cuando se quejaban de no dejarlos solos cuando estaban reunidos.

Cuando terminaron de cantar, Alice fue hasta Rood y lo abrazó fuerte.

—Te quiero, mocosa.

—Y yo también, grandullón.



**Laura, una adolescente de Madrid, pasa sus vacaciones de verano en una casa que pertenece a su padre en un pueblo de Aragón. Allí descubre un gran secreto familiar a través de unos antiguos cuadernos, escritos a principios del siglo XX por un chico francés.**



La historia de Denis, el autor de los cuadernos, comienza en 1916, cuando en plena Guerra Mundial en el norte de Francia, se ve obligado por edad a abandonar el hogar de acogida en el que, junto a sus hermanos, ha sido criado.

Tras una serie de adversidades él y su hermano mayor, Jerome, consiguen llegar hasta España en busca de un misterio relacionado con su propio padre.

En España es donde Denis conocerá al gran amor de su vida y pasará sus momentos más felices... y también los más amargos.

**Soledad Enrique Gaitán.** Nació en Madrid en agosto de 1965, donde ha vivido hasta el 2015. Es divorciada y ha trabajado en banca desde 1989 hasta 2013, pero nunca le gustó esa profesión, por lo que un día aceptó una oferta y se retiró con una buena cantidad de dinero. Tras una operación de alto riesgo lo perdió todo y se vio obligada a vender su casa y, con lo poco que le quedó, su hija y ella decidieron emigrar. Actualmente vive en el norte de Francia y está tratando de levantar una pequeña empresa de comida española.

Edición en formato digital: agosto de 2018

© 2018, Soledad Enrique Gaitán

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-33-3

Composición digital: leerendigital.com

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

# Índice

Los cuadernos del chico francés

## I. Lens (Norte de Francia)

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

## II. Montejalón (Norte de España) 1917

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

Epílogo

Si te ha gustado esta novela...

Sobre este libro

Sobre Soledad Enrique Gaitán

Créditos